

OLGA MURO

# nosotras *imperfectas*



**NOSOTRAS**

*Imperfectas*

**Olga Muro**

Sello: Independently published

Título: NOSOTRAS IMPERFECTAS

Olga Muro © 2024

Cubierta: Leila Amado Gómez

Corrección y maquetación: Sandra García. @correccionessandrag

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

*Dedico este libro a la sanadora fuerza de la amistad, esa que resiste tempestades y te recuerda  
que los amigos son familia.*

# Capítulo 1



## *Encuentros*

—Yo café con leche y un mini bocata de jamón salado —dice Silvia.

—Pues yo café con leche, con leche natural, corto de café y azúcar moreno. Ay, perdona y en vaso —dice Vera toda exigente.

Espera que aún no ha terminado...

—Los cruasanes son con mantequilla o normales... Odio la mantequilla, huelen a vaca.

La camarera, algo azorada, responde diligente:

—Sí, son con mantequilla, pero si lo prefiere los hay de chocolate normal.

—No, paso, pon un mini bocata también de jamón salado y queso, mucho queso.

Bueno, parece que por fin me toca, así que pido mi desayuno, pago lo de las tres y nos sentamos en una mesa tanto escondida de la cafetería. El lugar, llamado Café La Bohème, está un tanto masificado debido a la hora y a su ubicación enfrente del Parc de Catalunya en Sabadell. Es acogedor, pero no demasiado. Tiene lámparas colgantes en forma de candelabros grandes y ostentosos, de color dorado, de esas que entran ganas de subirse y hacer una escena de película de aventuras. Las paredes son en color crema, con unos ridículos y a la vez divertidos dibujos de tacitas de café. Las mesas, redondas y de diferentes tamaños, acogen a diversos grupos de personas que beben y comen a toda prisa para volver a sus trabajos o a sus estresantes vidas de adultos; vamos, todo menos un remanso de calma y relax...

Suena una canción de moda en el hilo musical, aunque da lo mismo, ya que creo que nadie la escucha. Solemos ir allí muchas veces, ya sabéis, bueno, bonito y barato. Las camareras tan agradables también influyen mucho.

—Oye, ¿sabéis quién se ha muerto? —dice Silvia.

—No, cuenta, cuenta... —pide Vera.

—Ostras, chicas, parecemos señoras mayores hablando de quién la ha palmado en el barrio... —comento con cara de espanto.

—A ver, veinte años tampoco tenemos y qué quieres que te cuente, yo sí quiero saberlo... —dice Vera de nuevo.

—Pues Puri, la peluquera, la mujer de Roberto, aquel que trabajó con nosotras un verano para

cubrir la baja de Manuel, el jefe de ventas —cuenta Silvia.

—Ostras, ¿qué me estás contando...? Qué fuerte me parece... ¿Estaba enferma? —pregunta Vera.

Yo pongo los ojos en blanco, esperando que acabe esta gratificante conversación.

—Pues parece ser que tenía un amante chino o algo así y... —dice Silvia.

—No jorobes, pero no dicen que los orientales la tienen, ya sabes, un poquito... —añade Vera, mientras hace un gesto evidente con las manos y deja escapar una risita tonta.

—Por favor, ¿podemos acabar ya con esto? —solicito yo fingiendo dignidad e intentando mantener la compostura.

—Pues que le dijo a su marido que se iba a Cuenca a una convención de peluquería...

—A Cuenca, tiene miga la cosa, no había más ciudades en España... —bromea Vera aguantando la risa floja.

—Déjame acabar, Vera... Pues que le dijo lo de la convención y en realidad se escapó a un retiro de sanación espiritual de chacras o no sé qué rollo con su amante, vamos a llamarle Juan...

—En serio, ¿Juan? —digo yo—. ¿Por qué no Luis o Paco?, si total...

La pareja de la mesa de al lado finge no escuchar nada, pero la señora de gafas de color vino tinto parece estar tan perpleja como yo. Tampoco me extraña.

—¿Puedo acabar de una vez? —Silvia comienza a perder los nervios, los cotilleos le chiflan y no poder ser ella quien le ponga la pimienta a la historia la desquician.

—Sigue, sigue...

—Pues que en ese retiro les dieron unas setas alucinógenas para la purificación y no sé qué rollos más y parece que a Puri se le fue de las manos y se intoxicó. Vamos que la palmó, la espichó, se fue al otro barrio y no al chino... —termina Silvia con cara compungida.

—Madre mía, pobre mujer, bueno, pobre Roberto... Enterarse así de que tu mujer te pone los cuernos... —dice Vera.

—Y con Juan, el chino del barrio... —comento yo pensativa.

—Ahora sí se llama Juan, ¿no? —indaga Silvia riéndose como una tonta.

Acabamos las tres ahí sentadas riéndonos de lo cómico de la situación hasta que suena un mensaje en el móvil de Vera. Es su hija María, una adolescente guapísima, temperamental y algo desconfiada, que le está dando unos años complicados desde aquel incidente en el centro comercial.

—¿Todo bien, Vera? —pregunto yo, a sabiendas de la tensa relación que mantienen últimamente.

—Sí, sí... —responde con la boca pequeña y un gesto que evidencia lo contrario.

Nos conocemos desde el instituto, así que no es fácil engañarnos con dos monosílabos. Ella siempre ha sido la fuerte del grupo, la que no se calla ante nada, la que no pregunta, la que da la cara por su gente, la que actúa y ya si eso después pide disculpas; vamos, como su hija. En cambio, Silvia siempre fue la líder, la hermana mayor por así decirlo, la que da buenos consejos, la que siempre te reconforta, esa persona que siempre está para ayudarte. Luego está Martina, tan loca, tan sexy, tan decidida pero tan insegura a la vez. Es de esas personas que tiene luz propia. Siempre en busca del amor. Siempre intentando agradar a todos. Y Ana, nuestra adulta correcta, madre a tiempo completo, del club de costura del casal del barrio y amorosa con todos. Y en último lugar estoy yo, a veces introvertida, a veces demasiado extrovertida, soy la amiga que nunca falla, la que pone el punto de cordura al grupo, pero también el de la locura. La escritora frustrada que dejó de perseguir sus sueños para poder pagar sus deudas como una adulta responsable.

—Bueno, chicas, estamos hoy aquí para hablar sobre el regalo sorpresa de Martina. Se acerca la fecha de su boda y tenemos que terminar de pulir lo del camping —digo yo, haciendo aspavientos con las manos a lo presentadora del tiempo.

—Tranquila, Olivia, está todo controlado, ya me conoces. Soy la reina del control. Ana y Alana también están ya informadas.

—Pues porque te conozco lo digo, Silvia, eres capaz de llevarnos a Las Vegas en vez de a un camping en Salou como dijimos.

—Bah, tonterías. Me he ceñido al plan. Y mira que ganas de hacer una locura no me ha faltado la verdad, una no se casa todos los días.

—Entonces la reserva es oficial, ¿no? —Vera quiere asegurarse, le ha costado un mundo poder cuadrar fechas con su ex para estar al cuidado de su hija María.

—Que sí, chicas, qué pesadas estáis hoy, la reserva en el camping Costa Sol de Salou está realizada para dentro de dos semanas. ¿Contentas?

—Habrás cogido un bungalow con aire acondicionado, ¿no? —dice Vera con cara de pocos amigos.

—Ostras, repito, cómo estamos hoy... Que sí, nenas, bungalow para seis personas, con aire acondicionado, lejos de la piscina para no escuchar los gritos de los niños y con fecha de entrada del 5 de junio y con salida el 11 de junio. Vamos, seis noches. ¿Correcto?

—Por mí, sí —digo más relajada viendo que por fin empieza a tomar forma el plan secreto de la despedida de soltera/escapada de amigas.

—Pues por mí todo mal —suelta Vera a bocajarro.

—¿Qué pasa? Si lo teníamos todo hablado ya, Vera.

—Silvia, dijimos el día 6 de junio, no el 5 de junio.

—No, 6 de junio.

—No, 5 de junio. Lo recuerdo perfectamente.

Yo ya huelo el drama en el ambiente. Se masca la tragedia...

—A ver, Vera, seguro que no es para tanto, mujer, 5 o 6 de junio solo varía un día...

—¿¿¿¿¿Perdona???????? —exclama Vera fuera de sí.

—Un momento por favor. ¿Podemos hablar de forma tranquila por una vez? —intento mediar entre las dos.

—Silvia, calla que te veo venir —le digo mirándola de forma inquisidora. Ahora voy a por Vera—. Vera, supongo que el problema es tu hija María, te va mal por tu ex y cambiar de repente los planes te agobian, ¿verdad?

Nos mira, nos mira mucho rato, fijamente. Creo que sopesa la respuesta. La música del local se entremezcla con las voces de la gente, el entrechocar de tazas y el ruido de la máquina de café que trabaja a un ritmo frenético.

—No os preocupéis, el 5 de junio nos vemos en la estación de Sants. A las ocho estaré ahí.

Dicho lo cual se calla y se concentra en su café y su bocata. Está claro que algo no anda bien, pero no quiero agitar el avispero, así que finjo dejarlo pasar. Cosa que Silvia aprovecha para soltar su frase legendaria...

—Acordaos de depilarse bien la patatona y llevar ropa interior decente, nunca se sabe lo que puede pasar.

—Silvia cari, estáis casadas, no sé si te acuerdas —le digo.

—Vera y tú no. Y si yo pillo a un millonario dejo a mi marido en casa cuidando de los niños y de los perros —me contesta divertida Silvia.

—Lo dices con la boca pequeña, estás muy enamorada de tu cari, tu David. No disimules,

florequilla. A veces hasta dais asco de lo empalagosos que os ponéis —suelto riéndome y casi atragantada con el bocata.

Silvia pone cara de circunstancia, pero no dice nada.

Estamos un rato más, comentando qué llevarnos, los disfraces de la despedida, lo que haremos, dónde comeremos y ese tipo de cosas que planeas cuando sabes que vas a la aventura de tu vida. Realmente lo necesitamos. Estar juntas nos hace fuertes y fuertes somos mejores.

Nos despedimos entre besos y abrazos y con la promesa de pasarlo genial en la despedida de Martina.

Lo que no imaginábamos, es que ese viaje que emprenderíamos en pocos días cambiaría por completo nuestras vidas y la de los que nos rodeaban.

Señoras y señores, que empiece la función.

## Capítulo 2



### ***Pasajeros a bordo...***

Llega tarde. Como no. No falla. Es su *modus operandi*. Me pregunto si lo hace a posta o le sale de forma natural lo de ponernos a todas de los nervios. Bendita paciencia... Ahí estamos las tres, plantificadas como estatuas, observando el reloj de la estación de Sants. Silvia empieza a resoplar, yo miro el móvil de manera compulsiva, Ana, bueno, Ana creo que ni frío ni calor, con tal de salir de casa es capaz de ir a cualquier lugar y a cualquier hora. Lleva una vida tan aburrida en casa con su marido Luis y sus mellizos que lo más emocionante que suele hacer es echar una mano los viernes por la mañana en la ferretería que dirige su marido. Y pensar que, una vez, fue monitora de deportes de riesgo y de karts...

—Si en cinco minutos no aparece por esa puerta, me la cargo. Así, placa placa... —Gesticula con las manos en el aire como si Daniel Sam en *Karate Kid*.

—Tranquila, no hace falta que vayas a la cárcel, Silvia, Vera viene por allí con una maleta que parece que se va a Groenlandia en vez de a Salou.

—Pues no me extraña esa pedazo de maleta, ya que parece que no va a viajar sola. —Observa Ana con cara de se avecinan curvas.

Efectivamente me fijo que Vera viene acompañada de su hija María, y no precisamente con cara de alegría desenfrenada. Algo huele mal. Y tiene toda la pinta de tratarse de su ex. Ya sabía yo que el otro día le pasaba algo. Este viaje promete y mucho.

Se acerca a toda velocidad, con cara desencajada y con pinta de no haber pegado ojo en toda la noche. Lleva una coleta de la que le resbalan varios mechones de su corta melena. Ella es morena, bajita y algo desgarrada, pero emana fuerza y sexapil. Sus ojos negros hoy no tienen brillo sino más bien unas ojeras que afean su redonda cara. Su ropa demuestra que no sabía si

venir o no. Pantalón vaquero, sus viejas *Converse* y su camiseta vieja de los Rolling Stone. Su mochila gastada de Tous completa el *look*.

—¡Aleluya, Vera! —exclama Silvia mirando al cielo—. Qué pasa que no tenías nada mejor que ponerte o es que el rollito despreocupado que llevabas en la universidad se pone de nuevo de moda —suelta ella que lleva un vaporoso vestido de verano con escote *halter* que resalta su espectacular busto. Lo complementa con unas cuñas en color tierra de Porronet. Perfecta como siempre.

—Mira, Silvia, no me toques las palmas que me conozco. He tenido un percance y María se viene con nosotras. Eso o no puedo ir. Vosotras mismas.

—Tranquila, fier... no te pongas a la defensiva. Ya sabes que Silvia está como loca con la despedida de Martina y no quiere que falle nuestro plan sorpresa. ¿Qué ha pasado? ¿No se quedaba con María tu ex, Jorge? —pregunto en tono neutro.

—Pues claramente no —suelta Ana entre risas.

—Tengamos la fiesta en paz, ¿eh, Anita?

—Frena el caballo, Vera. Si por algo me llamáis la pacificadora. —Parezco un árbitro en un partido de fútbol.

—Hola, chicas, mi padre, que al final no llega a tiempo de su viaje a Burgos por trabajo así que me tengo que apuntar —dice María para zanjar de raíz el tema—. Bueno qué, pillamos ya el tren o qué... lo digo porque estoy reventada, ayer salí de fiesta y vengo de empalme. Tengo ganas de echar una cabezada.

—Ahora entiendo la cara de lechuga que traes, Vera.

—Gracias, Silvia, qué maja eres.

—Y también explica lo de la ropa.

—Gracias a ti también, Ana, siempre tan agradable.

De repente anuncian por megafonía el tren con destino Salou y emprendemos una carrera desenfadada escaleras abajo en busca del andén. Yo me choco de frente con un chico de mi edad que parece un muro de lo fuerte que está, le tiro todo lo que lleva dentro de una especie de bolsa y le pido disculpas sin ni siquiera mirarle. No tengo tiempo. Gritar un lo siento me libera de toda responsabilidad.

Bajamos por las escaleras cargando con las maletas y saltando los escalones de tres en tres, vamos para matarnos. Al llegar abajo, al andén, doy gracias por seguir viva y entera.

Conseguimos subirnos al tren y dejar todas las maletas y las bolsas como buenamente podemos. En cuanto nos sentamos María, la hija de Vera, cae traspuesta en su asiento. Bendita juventud y la extraordinaria facilidad para dormirse en cualquier parte...

Durante los primeros veinte minutos del trayecto permanecemos en silencio las cuatro. Vera con cara de pocos amigos, masculla algo entre dientes mientras mira por la ventana. La dejo. Sé que algo grave ha pasado con Jorge y prefiero esperar para poder hablar con ella de manera más tranquila. Ana, en cambio, está jugueteando con el móvil entre las manos, creo que, contándole al club de costura del Centro Cívico del barrio, que se ha ido de vacaciones... Si la conoceré yo. Es más, nos hicimos amigas en el *esplai* trabajando en verano, cuando ella echaba unas horas por la tarde para pagarse el curso de monitora de karts. Siempre fue una persona organizada, metódica, algo despistada, pero con una creatividad fuera de lo normal. En busca de cosas nuevas decidió ser instructora de karts en destinos de vacaciones. Qué loca. Creo que teníamos unos veinte años más o menos. Ella soñaba con ser una gran artista de las telas. Diseñaba sus propios bolsos, sus vestidos y todo tipo de complementos. Tenía talento, pero le faltó valentía, supongo que igual que a mí. También era una apasionada de los coches y del mundo del motor.

Sin embargo, conoció a Luis, su marido y fue amor a primera vista. Ella ya daba clases en el circuito de karts de Lloret de Mar, él era su cliente. La familia de Luis tenía una ferretería enorme y decidieron casarse y seguir con el negocio familiar cuando acabasen los estudios superiores. Ella lo dejó todo por él... Todo. Ella es una mujer morena, de pelo corto y liso, muy liso, con flequillo y gafas lilas. Cuarenta años. Representa la familia y el amor incondicional.

Y Silvia, ay, Silvia. Alta, pelirroja, pelo rizado y largo. Guapa. Atrevida. Cómo no quererla si ella representa la unión de todas. Es la mami del grupo, la jefa. La que tira de nosotras. Siempre dispuesta a ayudar. Tiene ese punto de locura que a veces asusta por sus arranques excéntricos que nos ponen más de una vez en riesgo. Casada, madre de dos hijos y de unos pomeranias monísimos. Un matrimonio casi perfecto, un trabajo totalmente perfecto y con un sueldo más que razonable para vivir sin sobresaltos económicos. Sé que esconde algo, pero no sé lo que es. Es desde hace algún tiempo. Ella nunca lo admitirá porque no le gusta contar sus problemas ni mostrar que no es tan fuerte ni tan independiente como nos quiere hacer creer. La conozco demasiado. Como a todas, pues soy muy observadora y la psicóloga. Su mirada absorta la delata. Y yo... Bueno, luego estoy yo que casi ni me entiendo. No sé si será la crisis de los treinta y cuatro o qué, pero estoy en un punto de mi vida en el que necesito cambiar de rumbo. El trabajo, mi exnovio, la casa, todo lo que pasó... Mi vida cambió radicalmente... Mi metro sesenta y dos, mi talla treinta y ocho, mi cabello largo y muy ondulado en color castaño, acentúan ese rollito hippie *chic* que me encanta llevar. Siempre con pulseras hechas a mano y anillos artesanos creados por Ana.

—Tierra llamando a la nave nodriza, hola, están ahí, ¿alguien me recibe? —suelta Silvia de pronto.

—Tú estás muy mal de lo tuyo, lo sabes, ¿verdad? —responde Vera riéndose.

—Lo sabe ella y todo el mundo que la conoce —afirmo yo volviendo de mis pensamientos.

Ana, como una niña pequeña la cual está a punto de hacer una trastada, nos hace una foto con *flash* que casi nos deja ciegas. Luego empieza a parlotear sobre TODO lo que haremos en las vacaciones. Madre mía, que alguien la calle...

Silvia pronto termina de sacarme de mis pensamientos cuando carraspea y se pone en plan ejecutiva de ventas.

—Bueno, la hora estimada de llegada a la estación Port Aventura de Salou es sobre las 11:00h. Allí cogeremos un autobús lanzadera... y finalmente llegaremos a nuestro destino, el camping Costa Sol de Salou. Luego nos darán el bungalow y sobre las 12:00h, nos prepararemos para recibir a Martina. No están permitidas ni las quejas, ni el aburrimiento, ni el yo paso de esto, ni la ropa hortera y poco favorecedora que lleváis puesta hoy. Sobre todo, algunas.

—Madre mía, esto parece un plan de negocios, no una despedida sorpresa de soltera...

—Calla, Vera, siempre igual con la negatividad...

—Solo veo un pequeño inconveniente —digo yo interrumpiéndolas.

—¿Cuál? —preguntan al unísono las tres.

—En serio, ¿solo yo he caído en que la hora de entrada suele ser sobre la una o las dos?

—Bah, tonterías, eso seguro que no pasa...

—Silvia, nos veo cambiándonos como las locas en un baño del camping y lo sabes...

—Por no decir que no sabemos ni de qué puñetas nos tenemos que disfrazar —comenta Vera con gesto de disgusto.

—Chicas, haya paz... —suelta Ana con cara de niña buena.

—Claro, Ana, como a ti todo te parece estupendo, pues venga a lo loco y sin frenos. —Está claro que hoy Vera tiene el día cruzado y lo paga con la primera que puede y Ana se lo pone

fácil.

Tras un cruce de palabras algo tenso entre todas, finalmente decidimos que lo mejor es esperar a llegar y no adelantar acontecimientos. Eso y que María, la hija de Vera, se ha despertado y nos ha mandado callar a todas en el acto.

Tiene genio la niña...

## Capítulo 3



### *Si se veía venir...*

—A ver, estamos aquí disfrazadas de socorristas sexys con sombreros de flamencas en pleno sol y con las maletas... ¿Era este tu maravilloso plan, Silvia?

—Evidentemente no, Vera. ¿Quieres que me fustigue con un látigo?

—Mejor con el flotador que lo tienes más a mano y es menos llamativo, si es que lo de llamar la atención es algo que podemos evitar a las 12:30h de la mañana en medio de un camping petado de familias y trabajadores que nos miran como si viniésemos de borrachera.

—Relaja la raja, Vera... Últimamente estas un poquito estreñida...

—¿Por qué no te vas un poquito a tomar por...?

—¡¡¡¡¡Ya está bien puñetas!!!! —digo yo harta de verlas pelear como dos niñas pequeñas.

—Sí, por favor, bajemos un poco la intensidad y empecemos a disfrutar de la escapada de chicas. Hacía años que no salía de la rutina de mi casa y la familia y pienso disfrutar esto a toda costa.

—A ver, que esto no va a ser Resacón en las Vegas, Ana... —dice Vera.

—Veraaa..., justamente Ana a dado en el clavo. Ya tenemos todas claro que hace bastante calor para ser principios de junio, que estamos disfrazadas y un pelín ridículas y que las maletas las tenemos que cargar porque no nos dan el bungalow hasta las dos... pero... estamos juntas y lo vamos a petar.

—Olivia, tu rollito apaciguador estaría bien si no fuese porque mi hija María está colgando las fotos que nos hace en Instagram, burlándose del grupo llamándonos no sé qué de las *boomer* de Salou...

—Es que sois unas *boomers*... —confirma arqueando las cejas María.

—En todo caso seremos la generación X, niña... o la *Millennials*... —dice Silvia visiblemente ofendida.

—María preciosa, para ya un poco, anda, no ayudas nada a relajar el ambiente —pido con una sonrisa falsa y poco creíble.

—Madre mía, no se puede una ni reír un rato. Qué pasa, que estáis con la menopausia o qué...

—Vale, Vera, o se la das tú o se la doy yo la torta que se está rifando... —dice Silvia con cara de loca.

—María, para empezar ninguna está con la menopausia, tenemos treinta y cuatro años todas, bueno, no, Ana ya tiene cuarenta y que yo sepa no tiene la menopausia... pero eso no tiene nada que ver ahora que me lío... Lo que quiero decir es que TODAS y digo TODAS nos vamos a sentar en el bar de la piscina, nos vamos a tomar un mojito de fresa y vamos a esperar a Martina que no tardará en llegar junto a Alana —suelto de manera contundente y sin opción a réplica mientras camino cargando mi maleta con decisión hacia una de las mesas.

—Entendido, Oli... —Ana sonríe.

—Amén, hermana, me gusta tu estilo.

Silvia se ríe y me sigue con sus cosas. El resto decide hacer lo mismo.

Llegamos a las mesas del bar y nos sentamos ante las miradas de la gente que se está bañando en la piscina. El bar, bastante bonito y acogedor imita a un local del Caribe, con plantas y enredaderas que le dan al lugar un toque exótico muy logrado. Tiene unas lucecitas colgando de manera estratégica por varios sitios que imagino que se deben de encender por las noches para crear un ambiente más íntimo.

La música que suena es la que marca la tendencia del verano del momento. Una nueva de reggaetón de Rauw Alejandro que está arrasando.

La piscina es enorme, tipo lago, con palmeras y cascadas en un lateral, dejando un hueco perfecto donde se esconden los niños. Para ser junio hay bastante gente bañándose, aunque no me extraña dado las altas temperaturas que se están registrando en los últimos días. Hay también bastantes hamacas y una caseta que imagino es la del socorrista por el dibujo de una cruz roja y unas letras pintadas que dicen SOS.

El camarero se acerca y nos saluda amablemente. Yo le pido cuatro mojitos y una Coca-Cola, pero María refunfuña exigiendo su mojito también.

—Has dicho mojitos para todas.

—María, creo que ayer ya bebiste suficiente...

—Mami, bonita...

—No, Coca-Cola y punto como ha dicho Oli.

—Paz y amor, chicas.

—Ana, para o pillas tú también —suelta Vera.

—Bueno, ahora que veo que ya estamos sentadas y tranquilas por fin, tenemos que pensar qué haremos con las maletas...

—Pues las podríamos dejar en consigna —propone Ana.

—Sí, creo que es lo mejor. Total, solo serán un par de horas —comenta Silvia decidida—. Chicas, en cuanto llegue Alana con Martina empieza la Semana de la Despedida de Soltera... En una hora nos vamos de paseo al centro de Salou, a enseñar nuestro estilismo y a comer una paella en el restaurante Saporedimare. La reserva es para las dos.

—Espero que al menos la comida sea buena, me muero de hambre.

—Lo mejor son los mejillones y el tiramisú casero... —informo leyendo las reseñas del lugar.

Pasamos unos minutos debatiendo sobre la comida hasta que me fijo que uno de los dos

socorristas de la piscina nos observa con gesto divertido. Tal vez piense que le hacemos la competencia o simplemente ver a un grupo de mujeres de treinta y tantos vestidas rollo Los Vigilantes de la Playa, la serie norteamericana de los años 90 le produzca cierto repelús.

De repente pasa un niño corriendo como un loco perseguido por otros dos cargando pistolas de agua que consiguen mojarnos y volcar parte de los mojitos de Vera y de Ana.

—Cuidado, diablillos... —grita Vera levantándose de golpe y terminando de volcar el contenido de los vasos—. ¡Como pille a esos niños los ahogo con mis propias manos en la piscina!

—Pues menuda socorrista estás hecha tú entonces, monada...

De pronto, el socorrista que nos estaba observando antes está al lado de Vera con una sonrisa de oreja a oreja. Calculo que debe tener unos veinticinco años más o menos. Un metro ochenta y cinco y un cuerpo bastante atlético todo hay que decirlo.

—Perdona, ¿me hablas a mí, chaval? —contesta Vera con cara de pocos amigos.

—Pues sí, justamente a ti, la socorrista morena, de mirada intensa y bañador rojo perfectamente aj...

—Cuidado con lo que vas a decir, no tengo buen día y el bañador se me mete por la raja del culo.

—Tienes genio, ¿eh, guapa? Me gusta.

Durante unos segundos se retan con la mirada. Se palpa la tragedia, pero yo decido intervenir antes de que lo haga Silvia que ya se está riendo como una adolescente junto a María. La paro con la mano y hablo rápidamente.

—Hola, soy Olivia y estas son mis amigas Silvia, Ana y, por supuesto, Vera, la morena con carácter que no tiene buen día y no está en su mejor momento para hacer amigos nuevos.

—Encantado, chicas, soy Hugo, el mejor socorrista del camping y un chico impresionante que no impresionable.

—Joder, este no tiene abuela... —Ríe abiertamente Silvia.

—¿Que estáis de vacaciones?

—Eres todo un sabueso, ¿eh, Hugo? ¡Zas! —suelta Vera con una mirada nada amigable mientras echa a caminar como un rayo por el borde de la piscina cuando de repente, resbala y cae de espaldas dentro del agua para sorpresa de todos.

Nos quedamos congeladas ante lo que acaba de suceder, mientras María saca de nuevo su móvil y se pone a grabar de nuevo entre risas. Hugo, el socorrista buenorro y nada impresionable según él, se tira a sacarla del agua ante la atenta mirada de todos los presentes.

Vera, que emerge del agua como poseída chillando insultos de todo tipo, se ve de pronto en los brazos de Hugo que la levanta como si nada y la saca de la piscina por la parte de las escaleras donde la altura del agua apenas si llega por las rodillas. Es como una escena de película, tío bueno incluido.

—¡¡¡¡Que me sueltes, hostias!!!! —grita Vera como loca—. ¡¡¡Ahora!!!

—Tú lo has querido. —Y acto seguido la suelta cayendo de culo de nuevo dentro de la piscina, provocando así la risa general de todos los presentes. Yo intento controlarme, pero reconozco que la escena es tan surrealista que acabo llorando de la risa junto a los demás, mientras Ana la ayuda a levantarse.

—Ya hemos dejado las maletas en consigna. Ahora a esperar a Martina y Alana que deben de estar a punto de llegar.

—Me niego a seguir con el bañador puesto.

—Mujer, si está ya casi seco y te queda muy bien, boba, sino pregúntale a Hugo.

—Silvia, no me toques las narices anda, bonita.

Caminamos en silencio hasta la entrada del camping, donde vemos acercarse un taxi. El ambiente está un poco enrarecido debido al momento acuático de la piscina. Yo haciendo gala de mi estilo conciliador y como ya he contado antes de psicóloga del grupo como les encanta llamarme, intento relajar el ambiente ante la inminente llegada de Alana y Martina.

—Bueno, chicas, estoy muy contenta de estar aquí todas juntas y espero que disfrutemos y no discutamos más. Esta despedida de soltera es una excusa para poder estar todas unidas y solas sin parejas, maridos ni hijos así que hagamos un esfuerzo por sonreír y disfrutar de estas vacaciones, ¿entendido?

—Qué bien habla la hija puta...

—Esa boca, Silvia...

—Perdón, sor Ana...

—Chicas... ¿Qué acabo de decir...? Venga, que esas son ellas fijo, el taxi ha parado en la puerta.

Y justo cuando acabo de decir esto último se bajan del coche ellas dos. Son mujeres maravillosas, y no lo digo porque sean nuestras amigas sino porque lo son. Alana es toda dulzura. Simpática, un tanto friki y generosa a más no poder. Nos conocemos desde niñas, éramos vecinas en el barrio y la amistad surgió en cuanto la defendí de unos niños que querían obligarla a comer barro con seis años. Ella ahora vive en otra ciudad y no nos vemos tanto como queríamos, pero cuando la amistad es verdadera parece como si no pasara el tiempo cada vez que nos vemos. Es bajita, de pelo corto y flequillo algo desfilado. Algo regordeta y de cara redonda. Tiene una mirada soñadora. Trabaja como monitora de niños con necesidades especiales en un *esplai* de Esplugues.

Martina es otro cantar. Está rotundamente loca de atar. Tiene treinta años. Es alta, delgada, rubia, alegre y muy risueña. Es una auténtica monada. Siempre he dicho que parece Campanilla la del personaje de Peter Pan. El día que la conocí supe que seríamos amigas. Solo dos locas se reconocen entre ellas, aunque yo intente parecer la cuerda del grupo. Ella es profesora de baile y de yoga en el gimnasio de mi barrio y no puedo faltar a ninguna de sus clases o me mata. Es pura dinamita. Es sexy y lo sabe y por eso le gusta gustar. Esta boda suya va a ser un cambio en su vida. Le va a dar la serenidad que necesita. Su prometido es un bendito.

—Ayyyyyyyyyy...¡¡¡¡¡Ya estamos aquí!!!! Pero bueno... ¿se puede saber que lleváis puesto? Esto no era un fin de semana... —dice Martina entre gritos y aspavientos con las manos.

—Pues no, ¡¡¡bienvenida a tu despedida de soltera!!! —suelto mientras la abrazo sonriendo como una tonta.

—No me lo puedo creer, si estáis todas y con unas pintas... ja, ja, ja...

—Lo de las pintas se lo dices a Silvia, la organizadora. —Vera y su tono mordaz.

—Pero te encanta y lo sabes, Martina, así que calla y vete a poner tu bañador y tu corona de penes con lacitos, es tan *cuqui*... Tan tú.

Se acerca Alana con las maletas de las dos después de haber pagado al taxista. Aunque le resbala el sudor por la cara debido al esfuerzo y al intenso calor, ella no pierde la sonrisa.

—Madre mía, Martina, qué se supone que llevas en la maleta, ¿piedras? Menos mal que te dijo Olivia que era un fin de semana, sino miedo me da saber qué hubieses metido dentro.

—Calla, tonta, solo llevo cuatro trapos, ja, ja, ja...

—Venga va, poneros estos bañadores de una vez que nos va a dar una insolación aquí paradas —comenta Silvia deseosa de empezar con la diversión.

—Pero ¿dónde se supone que nos tenemos que cambiar? —pregunta Alana.

—Eso que te lo diga aquí la organizadora de eventos... —Vera y su energía positiva.

—Anda, Vera, afloja, cariño.

Ana y su buen rollo general consiguen que Vera se calme, cuente hasta tres y sonría. Silvia se lleva de la mano a Martina entre prisas y risas. Alana las sigue como puede mientras nosotras Ana, Vera y yo las esperamos bajo la sombra de un enorme árbol. Ya os digo que el viaje va a traer cola. Entre confesiones de unas, romances de otras y experiencias que nos van a cambiar a más de una, se conseguirá formar un huracán que ni Roberto Braserio se lo verá venir. He avisado, luego no digáis...

## Capítulo 4



***¡¡¡Que comience la fiesta!!!***

Mientras caminamos por las calles de Salou, mi cabeza me traiciona y empieza a recordar mis últimos meses. Es cierto que a veces la vida te sorprende, no para bien, y no sabemos cómo vamos a reaccionar. Cuando todo pasó me desestabilicé de tal forma que pensé que jamás volvería a ser yo. La que ama las pequeñas cosas de la vida. La que se ríe a carcajadas de ella misma. La que no le importa mostrarse como es porque es fiel a sí misma. La mujer que cuando quiere a alguien lo hace con todo su corazón, aunque luego no la amen de igual forma.

He cambiado mucho desde entonces, antes era más confiada, ahora no me fio de las primeras impresiones. Caerse es muy duro, tocar fondo, creer que lo has perdido todo. Pero tener el valor de levantarse de nuevo más fuerte que antes y con una metamorfosis digna de una mariposa en todo su esplendor es simplemente de guerreras... y de esas, señoras y señores, hay muchas, yo me rodeo de ellas cada día y supongo que algo se pega.

—Cinco euros por tus pensamientos, Oli...

—¿Solo cinco?

—Valen más, pero no llevo suelto. —Alana me coge de la mano y me la aprieta fuerte mientras nos miramos sin decir nada más. A veces no necesitas que te pregunten cuando ya saben la respuesta. La conexión que yo tengo con ella y con Silvia es tan fuerte que me conocen tanto o más que yo a ellas.

Como un grupo de locas de atar, que es lo que parecemos, vamos paseando por las calles llamando relativamente la atención. Salou es un lugar con mucho turismo y muy diferente. Desde grupos de jovencitos locos y fiesteros que van todo el día en bañador y quemados como una

gamba a familias enteras que alquilan apartamentos o se van de camping como nosotras.

Cuando llegamos a Plaça Europa un grupo de chicas de unos veinte años, se nos quedan mirando fijamente en la puerta del supermercado, mientras cuchichean algo y se ríen sin pudor ninguno. Supongo que nuestro estilismo a lo Vigilantes de la Playa de los 90 ha llamado su atención.

Martina y Ana han decidido entrar a por unas bebidas frías en el supermercado Michelangelo. Hace tanto calor que hasta llegar al restaurante se nos hace un mundo.

Vera, que se da cuenta, se las queda mirando con el mismo descaro que ellas están utilizando.

—Cari, déjalas, que miren... es lo que tiene estar tan buenas como nosotras.

—Silvia, sabes que no nos miran por lo pibones que somos sino por...

—Pues que nos miren, Vera, de eso se trata. ¡Arriba las Vigilantes de Salou!

—Eso es, Silvia, ¡arriba las vigilantes! —exclamo yo para reivindicar nuestro estilismo y demostrar que no existe ni la vergüenza ni la falta de ganas de marcha.

—Esas crías que van con los vaqueros de braga ancha se creen mejores que nosotras. Como les suelte una de las mías se quedan tiesas como la bandera del camping.

En esas salen Martina y Ana del supermercado con varias Coca-Colas frías. Nos las dan y emprendemos de nuevo la marcha hacia el paseo marítimo camino al restaurante Saporedimare. Está lleno de grandes palmeras que sirven para resguardarnos algo del calor. Durante el trayecto de ida nos vitorean, nos hacen fotografías y despertamos las risas de más de uno. Al llegar, estamos eufóricas y hambrientas. Solo queremos comer y descansar un rato fresquitas con el aire acondicionado.

—Hay un problema con la reserva.

—¿Cómo dice? —exclama Vera.

—Pues que la reserva que dicen tener hoy está apuntada para mañana a las dos...

—Ahora sí que me cargo a alguien... tengo más hambre que el perro de un ciego...

—Mantengamos la calma, por favor, seguro que tenemos alguna alternativa, ¿verdad? —suelta Silvia con sonrisa fingidamente amable.

—Pues para hoy va a ser que no... está todo lleno.

—¿Quién puñetas hizo la reserva?

Todas nos miramos con cara de disgusto y sin saber qué hacer cuando Martina, se adelanta y saca su mejor arma...

—Hola, soy Martina, encantada... ¿Estás seguro de que no se puede hacer nada? Es mi despedida y venimos de tan lejos, estoy segura de qué tú eres la persona que puede ayudarnos. —Ella le mira con esa cara de niña buena que no ha roto un plato pero que es capaz de cargarse la vajilla entera con un movimiento de melena, cosa que hace mientras habla con él y se muerde el labio. Pestañea rápido y sonrío seductora.

El camarero revisa el libro de reservas y le sonrío en plan gallito.

—Ahora está todo lleno en el restaurante, pero si quieren pueden comer en el *chillout* de la playa, está justo enfrente, tenemos una mesa libre, digan que van de parte de Marco, ese soy yo.

—Muchísimas gracias, Marco, ya sabía yo que un chico tan guapo como tú no podía dejar a un grupo de mujeres como nosotras desvalidas.

—Qué triste tener que mover el culo para conseguir algo... —refunfuña Vera.

Avanzamos hacia el chiringuito del restaurante que está enfrente en la arena, contentas y riéndonos cuando Ana se decide a hablar.

—Fui yo, Vera, lo siento, tal vez me equivoqué con el día al reservar. —Ana la mira con cara de perrillo abandonado. Qué pena, si es que a mí me tiene en el bote...

—Anda calla, tonta, que al final vamos a poder comer y beber como si no hubiese un mañana.  
—Ana y Vera se abrazan y caminan juntas. Se quieren mucho precisamente por lo diferentes que parecen a simple vista.

Al cabo de una hora ya estamos comiendo y bebiendo relajadamente en el chiringuito de la playa. Eso sí, fresquitas, lo que se dice fresquitas no... Vera y Ana comen y beben efectivamente como si no hubiese un mañana. Martina se siente la protagonista de todo, algo que le encanta por supuesto. Silvia y Alana discuten acerca de donde ir después de la comida. Yo tengo claro que voy a amortizar este disfraz de socorrista que se me mete por la raja del culo como bien dice Vera, así que un baño en el mar no me lo quita nadie. María, la hija de Vera, lleva un rato con el móvil en modo paso de todo, pero come como la que más.

La comida transcurre bien, sin sobresaltos, todo está bastante bueno, aunque no es la paella que queríamos, sino tapas junto al mar. De postre comemos una tarta de chocolate especial de la casa, está bastante buena, aunque con un toque algo diferente. Pagamos y propongo ir a darnos un chapuzón, pues estamos sudorosas y algo achispadas, así que nada mejor que refrescarse y relajarse a la orilla del mar.

Al acercarnos al agua, un grupo de chicos jóvenes nos aplauden y nos vitorean con fervor. Madre mía, he perdido ya la cuenta de cuánta gente nos ha dicho algo de nuestros disfraces. Aunque no me extraña, ver a un grupo de seis mujeres vestidas con bañadores rojos y sombreros flamencos es como poco llamativo. Martina se quita la diadema de penes, la banda y se lanza al agua chillando como una colegiala. Nos llama a voces para que entremos al agua con ella. Yo la imito y me lanzo también, pero al hacerlo compruebo que el agua está congelada. Los pezones se me ponen tan duros que podría partir el hielo con ellos... Hago aspavientos con las manos y cara de espanto. Al segundo se meten Alana y Silvia y por sus caras veo que les pasa igual que a mí.

Vera se tumba en la arena y se queda traspuesta en cero segundos. Ronca como un jabalí en celo. María se pone a coquetear con un grupo de chicos de la orilla, a sabiendas de que su madre ahora está fuera de combate. Ana, que observa la jugada, se pone alerta en plan madre protectora. Sor Ana la llamamos.

Pasadas unas horas estamos ya agotadas de tanto bañarnos y reírnos. Al secarnos un poco con el sol de última hora de la tarde, decidimos ir a tomar unos cócteles a una coctelería que hemos visto cuando veníamos del camping. Antes de ello, decido despertar a Vera. Al mirarla, descubro con horror que su cara, sus brazos y su pecho se han quemado y ahora parece una gamba de lo roja que está... Ay...

La despierto y sin atreverme a decirle nada la ayudo a incorporarse, creo haberme salvado cuando de pronto Silvia la mira y grita horrorizada y desternillándose de la risa que se mire en un espejo.

—Qué pasa, qué pasa... Olivia, dime qué pasa ahora mismo.

—Hija, a ti ni dormir te cambia el humor —Alana lo suelta así, tal cual le viene.

—Pues que te has quemado un poquito... —le digo fingiendo naturalidad ante su mirada escrutadora.

—Un poquito dice la muy jodía, si está más roja que mis bragas de Noche Vieja, eso cuando me las pongo claro, ya sabéis a qué me refiero.

Se avecina de nuevo dramaaaaaa...

—Vale, sí, Vera, estás superquemada, has estado mínimo dos o tres horas, ahí dormida, pero nos sabía mal despertarte sabiendo que no habías dormido nada la noche anterior. Lo siento.

—Que lo sientes... ¡¡¡¡¡YO SÍ QUE LO SIENTO!!!! No me puedo fiar de ninguna... ni de ti Ana, y eso que eres la MADRE SUPERIORA del grupo...

—Al menos vas conjuntada con el bañador rojo de socorrista de Los Ángeles.

—Me cago en todo, joder, mierda, ¡¡¡¡¡os odio a todas!!!!

—Ay, qué cabreo se ha pillado mi madre... mejor, así ya no me toca más a mí tener que aguantar sus cambios de humor.

—Vera, vamos a la farmacia y te compras una crema, en un par de días como nueva... —le recomienda Ana apaciguadora.

Justo cuando Vera está a punto de rendirse, descubre a dos socorristas y un chico mirándola fijamente. Uno de ellos la saluda con la mano y le sonríe. Creo y sé que no me equivoco que es el mismo socorrista del camping. Madre mía... Esto va de mal en peor. Solo espero que no le dé por acercarse...

—Chicas, ese no será el gilipollas de la piscina, ¿verdad? —dice Vera con cara de espanto.

—Si te digo que no, ¿te lo crees?

—Joder, Olivia... que viene hacia aquí... Y con otro tío que también está buenísimo. —Vera mira a su alrededor en busca de ayuda.

De repente Martina le saluda como una loca y hace aspavientos como una niña pequeña. Mira que la quiero a rabiar, pero a veces lo de querer ser la protagonista le puede... Si no la mata Vera, la mato yo. El tal Hugo viene caminando junto a otro chico, mayor que él, creo que de mi edad o algo menos. Es guapo, no lo voy a negar.

—¡Hola, chicas! Os acordáis de mí, verdad, soy Hugo, el socorrista del camping.

—¿Quién dices que eres? —dice Vera sin creérselo ni ella y ocultándose la cara con la banda de la novia.

—Hola, Hugo, la verdad es que ya nos íbamos —responde Ana intentando tapar a Vera y haciendo ademán de comenzar a caminar.

—Pero por qué tanta prisa, estáis de vacaciones. Os quiero presentar a un amigo mío, se llama Manu.

Cuando miro hacia el que dice ser su amigo, siento como que le conozco de algo, me resulta familiar, pero no consigo saber ubicarlo. Manu, su amigo, es alto, moreno, piel canela, de complexión fuerte, pero no demasiado, de mirada escrutadora, pero intensa y guapo, sí, es guapo, ya lo he dicho dos veces. Hay algo en él que hace que me ponga nerviosa y se me acelere la respiración... La cosa es que sé que él también me reconoce...

—Encantado, chicas, soy Manu, el mejor y único amigo de Hugo.

—Qué gracioso eres... tengo más colegas, pero es que me paso todo el verano currando como socorrista nueve horas al día. No me da para más vida social.

—Yo soy Silvia, la tremendamente divertida del grupo, esta es Martina, la novia, aquella es Alana, la responsable del grupo, la que está escondida es Vera, el enano gruñón de Blancanieves, la que le cubre es sor Ana, la chiquilla de quince años es María, hija de Vera y la que está a mi lado con cara de espanto es Olivia, la escritora frustrada.

—Te habrás quedado a gusto, ¿verdad? —suelto yo con mala cara.

—Mujer, un poco de humor, nos estamos conociendo...

—Tienes suerte de que no creo en la violencia que, sino... —dice Alana riéndose.

—Un día me la cargo por mucho que la quiera... será cabrita la tía. — Se oye decir a Vera por lo bajito.

Hugo se ríe con una risa franca y sincera, parece buen chico y creo y no me equivoco que le gusta Vera por cómo la busca con la mirada. Lo malo es que ella no ve más allá de sus problemas con su hija y su exmarido Jorge.

Se hace un silencio incómodo y yo para salir del paso propongo ir a tomar algo o comer unas

hamburguesas. Tanto bañarnos en el mar y con las cuatro tapas que nos hemos comido estoy famélica.

—Por nosotros genial —dice Manu mirándome directamente a mí con sus ojos verdes.

Me está poniendo nerviosa lo confieso, qué manera de mirarme, por favor, qué intensidad.

—Pero lo primero es comprar una crema regeneradora para la cara color tomate de Vera. —Hugo no tiene miedo a morir y eso me hace reír, pero Vera sale de su escondite y le fulmina con la mirada.

—Como sigas por ese camino no llegas a mañana, chaval. —Vera echa humo por las orejas.

—Venga, corta el rollo *Kill Bill* y vamos a tomar algo, tengo la garganta seca y el bañador me aprieta horrores por el pecho, después cada mochuelo a su olivo. —Silvia es tan diplomática como un mono con una metralleta.

La noche cae mientras caminamos de vuelta por el paseo marítimo. Encontramos una farmacia 24h y compramos la cremita para Vera, la gamba humana. La temperatura es maravillosa por fin. La tensión se rebaja, nos reímos, hacemos bromas, y por fin nos dirigimos a un bar de bocatas cerca del paseo marítimo, el día está siendo de todo menos aburrido... La verdad no me extraña que la gente nos pida fotografiarse con nosotros mientras vamos caminando, pues entre nosotras de socorristas sexys y Hugo con su uniforme real de socorrista somos todo un *show* andante. En serio, parecemos los de la serie norteamericana, pero en versión *typical spanish*.

Y hacerme caso, que de aquí en adelante nada volverá a ser igual, luego no digáis que no os he avisado y por segunda vez. De estos viajes de amigas nunca sale nada a derechas.

## Capítulo 5



### *Una de Bravas, por favor...*

Nos sentamos en Dogos, un bar de *frankfurts* que hay justo enfrente del paseo marítimo. El lugar, con una salchicha gigante encima del local y en colores rojo chillón, no pasa desapercibido. Yo, ansiosa como estoy por comer, me acerco a la barra y pido un combo de hamburguesa con patatas fritas, aros de cebolla y bebida. El camarero me dice que hay dos tamaños a elegir, el XL o el normal. Estoy tan hambrienta que, cómo no, elijo el más grande y completo y se me hace la boca agua. Estoy enfrascada en mi momento top, cuando de repente noto unos ojos clavados en mi espalda y una mano en mi hombro que me susurran...

—Veo que no eres de las que se alimenta a base de lechugas.

Es Manu, el tío bueno de ojos verdes que me pregunta si como igual que una osa antes de invernar.

—Yo de ti no juzgaría a una mujer a punto de saciar su apetito carnívoro. Algunas como yo mordemos.

—Tranquila, no quería ofenderte, es más, me voy a pedir lo mismo que tú. Soy de los que disfruta comiendo y veo que tú también. Perdona, ¿puedes poner otro combo igual para mí? Gracias.

Manu termina de pagar lo suyo y nos sentamos a la mesa. El resto hace lo propio. Silvia, que es mucha Silvia, aprovecha que Vera está en modo esconderse para pedir por ella y por Ana. Al final, acaban las tres comiendo salchipapas entre caras de resignación y de confusión. Ana mira la comida espantada, no es partidaria de ese tipo de comidas y siempre come cosas que necesiten cuchara o tenedor.

El resto pide bravas y perritos calientes.

—¿Qué pasa, Olivia? —me pregunta Alana bajito.

—El tal Manu, creo que lo he visto antes, pero no recuerdo dónde...

—¿Y por qué no le preguntas? Digo, a lo mejor él sí sabe decirte de qué os conocéis. La verdad es que no para de mirarte de una manera tan... tan... no sé... ¿Cómo si quisiera comerte? —susurra Alana.

—Sí, ¿verdad...?

—¿Qué cuchicheáis las dos aquí, loquitas? —Martina nos pilló y como no le gusta ni nada un buen chisme, nooooo...

—Nada, es que creo que conozco a Manu de algo, pero se me escapa de qué...

—Manuuuuuu.... Sí, yo, la rubia guapa de la despedida. —Se levanta de la mesa haciendo aspavientos con las manos y rápidamente capta su atención y la de medio local claro.

La mato, a esta la mato, la quiero, pero la ahogo en el mar a la que pueda. Manu, que estaba hablando con su amigo Hugo, se la queda mirando y escucha con atención él y todo el bar porque del grito que ha dado para que la mire creo que hasta en Cambrils la han escuchado.

—Dice Olivia que te conoce de algo, pero no sabe de qué... Es tan pava que no se atreve a preguntarte.

Ya es definitivo, esta no llega a la boda, qué digo a la boda, no llega viva al camping. Trágame tierra.

—Sí y no, Martina. Nos cruzamos esta mañana a primera hora en la estación de trenes. Ella iba corriendo como una loca cargando la maleta cuando ha chocado conmigo y me ha tirado por los suelos mi bolsa con todos mis documentos y ropa. Era ella, te lo aseguro. Nunca olvidó una cara bonita ni a una chica tan descarada.

Mi cara pasa de blanca a roja en décimas de segundo. Qué vergüenza, por favor. Era él. Si casi ni le he visto. Le he tirado todo por los suelos y él como si nada.

—Lo siento muchísimo, de verdad, soy un poco patosa, por no decir que mucho —me disculpo mientras él me sonríe sin dejar de mirarme fijamente.

—Te perdono si mañana venís con nosotros a una competición de motos acuáticas que hay en la playa que estábamos ahora. Es a las nueve.

—Chachi... nos apuntamos. —Martina se apunta a lo loco, sin consultar nada.

—Pues lo siento, pero mañana tenemos planes para todo el día... así que otra vez será. —Esa es mi Vera, me ve en apuros y me rescata.

—Sí, es cierto, mañana estamos a tope de planes con la despedida, en otra ocasión será —digo yo con una sonrisa de niña buena.

Hugo y Manu aceptan las excusas y se resignan. Lo que queda de cena nos dedicamos a hablar de tonterías como las playas, las discotecas, el camping y a hacer bromas sobre los socorristas. Nos despedimos con dos besos y cuando me toca a mí dárselos a Manu, su olor, ese olor que emana de su cuerpo, me eriza la piel y hace que me sonroje. Él lo nota y esboza una sutil sonrisa de medio lado. Al separarse de mí, roza mi cintura con descaro y tiemblo jadeante.

No sé qué me pasa con este chico, pero me pone nerviosa. Hay una química brutal y eso me asusta. Nunca me había pasado algo así. Nunca. ¿Será un flechazo? ¿O que necesito que me empotren?

Por fin llegamos al camping. Estamos agotadas después de todo el día de playa, paseos y comidas. Nos dirigimos a la oficina de recepción y pedimos la llave de nuestro bungalow. Nos registramos correctamente, nos dan las pulseras y pedimos las maletas que se guardaron en consigna. Las traen todas, o casi todas. Falta la de Vera. ¿Tenía que ser justo esa? Silvia se parte de la risa y contagia a Martina y a María. En cambio, Ana, mira para el suelo resignada ante los

gritos y las blasfemias de Vera. Alana y yo intentamos calmar los ánimos con la chica de recepción y con Vera. Parecemos un tablao flamenco entre aspavientos de manos, patadas en el suelo y grititos de «oleee, no pasa nada alegría, alegría que son dos días».

—Bungalow número 14. El nuestro. Venga, todas para dentro. Podéis elegir las camas. Daos una ducha, pijamas puestos y nos vemos en el porche con unos mojitos de fresa.

—Métete el mojito por el culo, Silvia, me voy a dormir y voy a ponerme lo que me dé la gana de la maleta que me dé la gana.

—Por favor, Vera, menuda boca. Venga anda que voy contigo a la cama, estoy destrozada, será la falta de costumbre, digo yo. Te dejo un pijama mío. —Ana coge del brazo a Vera y se la lleva para dentro.

—Bueno, no le hagáis caso, ya sabéis que no puede mojarse, es como los *gremmlins* se transforma con el agua. Mañana después de dormir estará como una rosa.

—Silvia, a veces te pasas, en serio —le digo de manera reprobatoria.

—Ha perdido su maleta, yo en su lugar también me hubiese mosqueado —Alana lo suelta mientras se sienta en el porche.

—Yo voy un momento a buscar los mojitos al bar, ¿me acompañas, María? —Martina tiene una energía desbordante, por eso es monitora en el gimnasio.

—Paso, me voy a duchar y me meto a la cama. Aún estoy de resaca de anoche. Aparte quiero hablar un rato con el móvil con... bueno... que paso.

Se despide de nosotras con un beso y un «buenas noches». Esta María ya no es la niña que conocíamos. Ahora es una mujercita preciosa y de carácter fuerte. Aunque ella no se dé cuenta, se parece bastante a su madre y eso es algo que hace que a mí me derrita el corazón de orgullo.

Silvia y Martina van por las bebidas al bar del camping entre canciones y bailecitos. La gente con la que se cruzan las miran como si estuviesen locas. No me extraña. Todas lo estamos. Era algo imprescindible para formar parte de las *All Star*, como nos llamamos. Somos un club de locas del coño como diría Silvia, y ella sería la matriarca del clan, ¿a qué no había dudas?

Mientras las otras vuelven del bar y el resto se ha metido a dormir, podemos aprovechar para darle a la húmeda... Alana no pierde el tiempo y se sienta a mi lado.

—Comienza a hablar, pero ya. ¿Cómo estás?

—Estoy, que ya es mucho. Pero no hemos venido aquí a contarnos penas, sino a disfrutar con Martina y el resto en esta despedida de soltera algo descafeinada.

—Olivia, sácalo. Siempre intentas hacer ver que estás bien, que no pasa nada, pero no es verdad y no es malo admitir que a veces la vida es una mierda.

Miro las estrellas en el cielo y suspiro estruendosamente mientras cierro los ojos con fuerza. Sigue doliendo un poco todavía admitir ciertas cosas. Alana me aprieta fuerte la mano y me abraza. Saber que no estás sola en este mundo, ayuda y mucho.

—No me creo ni yo la gran suerte que tengo contigo y con el resto. Sois mi familia, mi elección.

Alana me sonríe y me aprieta fuerte la mano por segunda vez mientras me besa en la mejilla.

—Pues mañana, hace dos años que perdí mi casa, mi novio y mis ahorros. Ah... y mi independencia. Vivir con mis padres con casi treinta y cinco años y tener que rendir cuentas de todo lo que hago como cuando era una adolescente es algo a lo que no me acostumbro. ¿Quién crees que ha preparado mi maleta? Sí, mi madre.

—La Conchi es mucha Conchi. Ella te quiere y no se da cuenta de la edad que tienes y que solo estás de paso en su casa. Dale tiempo.

—¿Más? Hace dos años que me volví a casa de mis padres. Al menos mi padre va a su rollo y

me deja espacio, pero mi madre... Mi madre me va a volver loca. Me plancha hasta las bragas. Por no decir que me lleva un vaso de leche a la cama todas las noches, que me obliga a beber delante de ella como cuando tenía cinco años...

—Por supuesto, muy importante el descanso nocturno.

—Alana...

—Olivia...

—Mira, si lo que quieres escuchar es que por fin he conseguido pasar página de lo mío con Eric, quédate tranquila, ya no me duele ni nombrarlo, lo que me duele es el dinero que perdí por él... Sacar la rabia interior que aún siento es lo que llevo peor. Gracias que hago boxeo en el gimnasio que si no...

Nos miramos una fracción de segundo y decimos al unísono:

—PEDAZO GILIPOLLAS.

Nos reímos con ganas durante unos minutos hasta que acabamos con lágrimas en los ojos. La risa es tan curativa.

—Lo peor es que más que la traición en sí, con aquella tonta de su compañera de trabajo, cómo se llamaba, ¿Lucía?, es que fui tan tonta como para poner mi dinero para su mierda de proyecto como autónomo y no para mi propio libro. Encima salió todo mal, lo perdió todo y se fue dejándome sola, frustrada y lo peor arruinada.

—Tu único problema fue estar enamorada y anteponerle a él por encima de ti misma.

—De los errores se aprende, nena.

—Pues sí, si no mírame a mí. Cuando por fin dejé aquella relación tan tóxica que tuve con Álvaro de más de cinco años y que decidí vivir a mi manera, estoy más feliz que nunca. Tengo un trabajo que me encanta, unas amigas maravillosas y un nuevo novio guapo y tierno que me trata como quiero que lo haga. Soy la dueña de mi vida.

—Y se nota, Alana, se nota tu felicidad. Y yo estoy en el camino. Solo necesito que mi libro vea la luz y triunfe. Con eso ya me puedo morir tranquila.

—Deja de decir tonterías... Escribes maravillosamente bien y solo necesitas que te digan que sí, en una editorial, solo eso.

—Solo eso...

—Recuerda que no estás sola, juntas somos más fuertes.

—Lo sé. Sea como sea, pienso disfrutar a tope de este viaje.

—¿Con Manu? He visto como chispas entre vosotros. Las cosas claras, está de toma pan y moja y tú llevas tanto tiempo soltera que hasta telarañas tendrás ahí abajo. ¿Qué tal un rollito de verano?

—Qué tonta eres, ya estás como Silvia... yo paso de hombres. No necesito ninguno para ser feliz.

—Y me parece estupendo, pero solo digo que una noche loca... no le hace daño a nadie, tonta.

Silvia y Martina aparecen cantando a pleno pulmón, con una bandeja de mojitos de fresa y riendo como pavas. Son mis chicas, mis locas favoritas, mis amigas del alma.

—Vamos a seguir la fiesta... No tengo nada de sueño. ¡¡¡Arribaaaa!!!

—Silvia, estás más desatada de lo normal, ¿no? —dice Martina mirándola de soslayo.

—Como siempre... solo quiero que lo pasemos genial, chicas. ¿Algún problema con eso?

—No, pero... —le dice Alana.

—¡¡¡Pues a seguir la fiesta se ha dicho!!!

—Anda, calla y dame un mojito... —Le cojo uno de la bandeja. Cierto es que a Silvia le pasa algo y tengo que descubrir qué es. No para de decir burradas, bueno más de lo normal. Y tiene

una expresión rara en los ojos...

Durante dos horas nos reímos, bebemos y disfrutamos recordando el día de hoy. Todo va genial hasta que sale un señor de un bungalow cercano y nos manda callar de muy malas maneras. Pobre, se estará cagando en nosotras y no me extraña, ya que son cerca de las dos de la madrugada. Nos metemos a dormir entre abrazos y risas bajitas y en la soledad de mi cama me prometo a mí misma tres cosas: que voy a ser la dueña de mi destino como bien ha dicho Alana y voy a ir a por mis sueños cueste lo que cueste, que voy a disfrutar como una loca de mi libertad esta semana y que voy a descubrir que le pasa a Silvia. Palabrita de *All Star*.

## Capítulo 6



### *Una fiesta en la piscina*

Amanezco algo cansada después de los mojitos y de dormir en una postura rara en la cama. Abro los ojos lentamente. La habitación está iluminada por una débil luz y sé que es de día, pero muy pronto todavía. Decido seguir durmiendo, pero el ruido de una puerta me pone alerta y vuelvo a abrir los ojos, bruscamente. Decido levantarme de la cama y cojo un cepillo del pelo como arma arrojadiza por si fuera necesario. No sé a lo que me enfrento.

Me levanto sigilosa y me veo reflejada en el espejo del pasillo del bungalow... Madre mía, qué pelos de loca llevo... entre eso y el churrete de máscara de pestañas del ojo derecho estoy hecha un cuadro. Veo la puerta abierta y salgo saltando como si fuese una ninja mientras estoy blandiendo el cepillo con mi mano derecha al grito de «¡Quién anda ahí!».

—Soy yo, Olivia, relaja la raja... Casi me da un infarto, leñe.

—Joder, Martina, pero qué hora es...

—Son las siete de la mañana y hace un día precioso, así que, ya que te has levantado, ponte conmigo a hacer yoga. Te sentará estupendamente para llenarte de buena energía y liberar tensiones.

—Soy más de boxeo y de gritar dando patadas al aire, tú lo sabes perfectamente, eres mi monitora preferida del gimnasio.

—Venga, Oli, hazme caso. Ten, hazte una coleta y doma ese pelo de loca que llevas.

—Vale... está bien... por dónde se supone que empiezo, pesada, que eres una pesada.

Ponemos unas toallas en el césped del jardín y empezamos a estirar. Comenzamos con los saludos al sol, la postura del perro, la cobra, la montaña extendida, etc., hasta que de pronto veo otra toalla a mi lado. Es Silvia que nos ha visto y ha decidido unirse al número matutino del

Circo del Sol.

—Hola, nenas, puedo unirme, ¿¿¿verdad???

—¿Qué haces despierta solo son las 7:20 de la mañana? —indago mirándola recelosa.

—No podía dormir, últimamente duermo poco...

—Ya, ya... ¿Estás bien? —pregunto inquisidora.

—Mejor que tú, loca del coño, que llevas unos pelos que echan para atrás...

—Venga, menos charlar y más estirar, chicas. —Martina se lo toma en serio.

Pasamos alrededor de una hora en el jardín haciendo posturas imposibles entre miradas divertidas de los abuelos del camping y de los trabajadores que pasan por allí. Somos un *show*, está claro. Dos, en pijama de los Minions, despeluchadas y a cuál más ridícula y otra, perfecta con sus mallas ceñidas y su top apretadito a juego.

De pronto se escucha una risa y un carraspeo a mi espalda y del susto que me doy, pego un traspíe y caigo de bruces contra el suelo de manera bochornosa. ¡Qué hostia, madre mía!

—¡iii! Ostras, ¿estás bien, Olivia?!!!!— Manu me ofrece su mano para levantarme y yo la rechazo dándole un fuerte manotazo de mala manera. Casi me rompo un diente al caer de boca.

—Gracias, estoy perfectamente bien —afirmo brusca y avergonzada a la vez. Escupo el césped que me he tragado al caer.

—Perfectamente horrible querrás decir... qué pelos... ¿Has metido el dedo en un enchufe? —se burla Manu.

Al levantarme, veo a Manu y a Hugo aguantando la risa. Silvia está sentada en el césped junto a Alana que se acaba de levantar. ¿Por qué ellas tienen mejor aspecto que yo recién levantadas? No es justo la verdad. Martina corta el momento incómodo y habla para atraer la atención hacia ella.

—¿Qué pasa, chicos, no hay más lugares en Salou para pasear o qué?

—A ver, yo trabajo aquí de socorrista, así que...

—Sí, pero son las 8:30h, la piscina no abre hasta las diez... ¿O tal vez quieres ver a alguien? —Martina le sonríe con malicia y con la mirada pícara.

—Normalmente, somos de madrugar y aquí se está tranquilo para desayunar. Además, últimamente la compañía es muy buena por aquí. —Manu me mira fijamente mientras lo dice y no sé por qué, pero agacho la mirada nerviosa. No sé qué me pasa con él. Quiero aparentar indiferencia, sin embargo, me atrae irremediablemente.

—¿Qué os parece si nos apuntamos todas a desayunar? ¿Vais al bar de la piscina? —Martina sonríe mientras se acaricia el cabello.

—Sí, veniros. Hacen sándwiches y cafés.

—Yo va a ser que paso, prefiero desayunar sola y aprovechar para escribir un rato. —No estoy de humor para aguantar chorradas tan de mañana y así también evito tentaciones.

—¿Escribes? No lo sabía —pregunta Manu incrédulo.

—No me conoces de nada, cómo lo ibas a saber —suelto un poquito arisca y a la defensiva.

—Llevo la bandera blanca, nena. Veo que eres peleona, me gusta... —Manu me sonríe mientras pone los brazos en alto en señal de rendición.

—De nena nada, monada.

—Ufff... Se corta la tensión con un cuchillo. Bueno, los que tengamos hambre podemos irnos con ellos. Oli cari, quédate sola, tranquila y come *Allbran*, son cereales para cagar, seguro que lo tuyo es estreñimiento. —Silvia me sonríe y me guiña un ojo.

—¿Cómo dices? —Le miro incrédula mientras se van todos riéndose a carcajadas por el sendero que va hacia el bar. Cuando acabe el viaje me habré quedado sin amigas, porque a esta

también la mato.

Se van y por fin me quedo sola. Me visto rápido y voy por unos bollos. El camping comienza su actividad normal con los trabajadores y los clientes que comienzan a inundar sus calles de ruidos, risas cómplices y perros que te ladran al pasar cerca de sus caravanas. Hay una panadería muy cerca, a tan solo cinco minutos. Entro, compro y regreso al camping. A mi vuelta veo que Vera y Ana ya se han levantado. Están sentadas en el porche con los móviles en la mano.

—Nena, ¿dónde están todas?

—Yo comprando algo para desayunar, Ana, el resto se han ido con el socorrista y su amigo, el guaperas al bar de la piscina. Vera, ¿tu hija aún duerme? —pregunto mirando hacia dentro.

—Esa, ya te digo... es peor que yo a su edad. —Vera tiene cara de cansada, pero se la ve relajada y menos roja que ayer.

—¿Se han ido Silvia, Martina y Alana con Hugo y Manu a desayunar al bar del camping? —pregunta Ana con cara de circunstancia mientras abro la bolsa y comienzo a sacar los bollos y la botella de zumo que he traído.

—¿Y eso? Pero a qué hora han venido... ¿Y a qué hora os habéis levantado? —Vera me mira inquisidora—. ¡Qué les den a esas traidoras!

—Pues, Vera, tengo la oscura sensación que Hugo ha venido expresamente para verte —le digo mirándola directamente a los ojos.

—Nena, que tiene como mucho veinticinco años y yo tengo treinta y cinco, así que corta... Además, no me gusta, no es mi tipo.

—Por eso mismo te gusta, porque te saca de tu zona de confort. Y, antes de que me mandes a la mierda, te diré que te conozco y que lo apruebo. Te quiero y quiero que disfrutes del momento que ya te toca, Vera.

—Opino igual que Olivia, eres demasiado exigente contigo misma y con los demás y este chico es natural, se deja llevar y te mira bonito. —Ana le coge la mano y se la aprieta.

—Y aguanta tu mala leche... —añado.

—Iros a la mierda.

—Nosotras también te queremos mucho —le contesta Ana riéndose.

De repente se abre la puerta y sale María con el pelo revuelto y el maquillaje corrido... pero a ella le queda muchísimo mejor que a mí. Puñetera adolescente.

—Mamá, las titas tienen razón —le dice María mientras se frota los ojos somnolientos—. Pasa ya de papá que es un poco gilipollas y no le hagas caso a lo que te dijo el otro día. —María se termina de desperezar y se sienta con nosotras.

—¿Se puede saber qué te ha dicho tu ex? —Ana nunca pudo disimular lo poco que le gustaba su marido.

—Prefiero olvidarlo.

—Suéltalo de una vez, lo va a contar tu hija igual, así que...

Se lo piensa por un instante, pero al final habla.

—Está bien, el menda me ha dicho que me dejó por lo amargada que soy y que no habrá otro tío que aguante mi mala hostia. Claro, tal vez que me pusiera los cuernos con su asistente durante más de seis meses tenga algo que ver con mi genio últimamente. —Vera se mira las manos como buscando lo que perdió, lo que se le escurrió entre los dedos como el agua.

—Lo siento, María, tu padre es gilipollas —afirmo con rotundidad—. Pero, Vera, tú siempre has tenido carácter y precisamente ahí radica tu encanto. No dejes que él condicione tu forma de ser.

—Olivia, que la niña está delante y luego no puedo pedirle que evite decir palabrotas. —Me

sonríe mientras se deja arrullar por Ana, que la abraza amorosa. Son tan diferentes ambas, pero están tan unidas...

—Bueno, se acabaron los dramas por hoy. Vamos a zamparnos los bollos de chocolate sin ningún tipo de remordimiento. El tuyo es de manzana y canela, Ana. Desayunar bien que luego nos esperan en la piscina las otras. Tengo un mensaje en el móvil de Martina. Esta noche saldremos de fiesta.

—Por eso la tita Oli y la tita Silvia son mis favoritas.

—¿A mí no me quieres, pequeña granuja? —Ana la mira cómplice como diciendo si yo hablara...

—Tita bonitaaaa...

—Anda, comed y a vestirse panda de locas. ¿Pero cómo queréis que mi hija me respete si pretendéis llevarla de fiesta con vosotras? Tiene quince años solamente.

—Calla y come.

Después de desayunar y escribir durante una hora en mi libro, nos dirigimos hacia la piscina. Se oye música de fondo, voces y jolgorio. La gente está aplaudiendo y vitoreando algo o a alguien. No podemos ver nada por el gentío que hay y yo decido acercarme a una trabajadora del camping que está limpiando el césped con una especie de rastrillo gigante y preguntarle.

—Hola, bon día, ¿qué está pasando allí? Parece que hay una fiesta o algo parecido...

—Hola, bon día. Pues parece que están probando algo nuevo.

—¿Cómo que algo nuevo? A qué se refiere...

—Pues hay una chica, creo que una clienta, porque yo no la he visto nunca, que se ha puesto a montar una coreografía de baile con los de animación. Algo diferente. Además, tengo entendido que hasta el socorrista participa.

—¿*What?* —dice María con cara de sorpresa.

—¿Qué ha dicho la niña? No hablo inglés. —La trabajadora la mira como si viese un alienígena.

—Tranquila, señora, la niña tiene la misma desazón que nosotras ahora mismo.

—Vale, pues, que tengáis muy buen día, chicas. —La señora nos sonríe muy amable y sigue con su faena.

Nos miramos durante unos segundos. Lo sabemos. Es ella. No lo puede evitar. Allá donde va, triunfa como la Coca-Cola. Puro carisma, puro hacerse notar. Se llama ser la protagonista.

Nos abrimos paso entre la gente. Al borde de la piscina hay *show*.

Efectivamente, vemos a Martina, bailando con un grupo de chicas jóvenes que me resultan vagamente conocidas. Van con el uniforme del club de animación. Están representando una coreografía de baile muy movidita. Hugo, el socorrista y Manu bailan con ellas sin ningún pudor mientras se parten de la risa. Alana y Silvia están aplaudiendo como locas en primera fila. Parece una clase de zumba como las que imparte Martina en el gimnasio.

—Si no lo veo, no lo creo...

—Ana, sí es Martina. Pero la verdad, no sé de qué te extrañas. Conociéndola, mañana es la prota del camping —digo haciendo aspavientos con las manos a modo de clarividencia.

—Pero la madre que la parió... que va con nosotras, joder, que somos amigas... —Vera está avergonzada.

—Pues se mueve muy bien la verdad, y tiene un cuerpazo, se nota que trabaja de monitora en el *gym*. ¿Mamá, puedo apuntarme a la vuelta? Quiero mover el culo como la tita Martina.

—NO. Rotundamente no.

Alana y Silvia nos ven y nos llaman con las manos. Nos acercamos. María, para variar, ha

sacado el móvil y está grabando. Esta niña va para reportera o *youtuber*, no sabría decir.

—¿Qué os parece? Martina lo está dando todo con los de animación. Por cierto, son las chicas del otro día, las del súper, sí las niñas de veinte años. Pero son majas, la verdad —comenta Silvia eufórica.

—No si lo de que las chicas del otro día sean majas, nadie lo discute, pero... ¿Martina bailando? —pregunto con los brazos en jarras.

—La verdad es que Hugo nos ha presentado a las chicas y una cosa ha llevado a la otra, mola, ¿verdad? Como Martina es monitora de baile, les está enseñando pasos nuevos y una coreografía chulísima. Creo que voy a salir a bailar con ellas, así a lo loco, a darlo todo. —Silvia lo suelta y se va corriendo hacia el grupo y se pone a bailar con ellas entre risas y vítores de la gente allí presente.

—La verdad esto es «cine»... O como decís los *boomer*, «épico»...

—¿Qué dices, María? Qué manera de hablar tienen los adolescentes... bueno, la verdad es que habla como todos los de su generación z... —dice Ana.

—Así a lo loco dice... ¡No hace falta que lo jure!... Pero ¿qué puñetas le pasa últimamente? —Vera la mira como si viese un fantasma—. Me piro, no aguanto más gilipollices por hoy, voy al súper a comprar algo de comer.

—Pero, Vera, ¡espera un momento, cariño! —Alana la ve alejarse sin tan siquiera darse la vuelta.

—Lo único que os digo es que Silvia está en algún tipo de fase o le pasa algo, la conozco y está rara. —La observo mientras baila y lo sé, simplemente lo sé.

—Puede que tengas razón, Olivia, yo también la noto algo diferente ahora que lo dices, pero Silvia siempre ha sido muy echada para adelante. Y reservada para sus cosas.

—Sí, Ana, eso ya lo sabemos, pero Olivia tiene razón. Yo que he estado con ella y con Martina antes, si Martina hacía una gracia, Silvia la hacía más grande, o se reía más fuerte, o cualquier locura que Martina pensara, ella la secundaba. —Alana lo dice con esa mirada crítica tan típica en ella.

—Bueno, menos dramas, señoras, que yo me voy a tomar el sol a la tumbona y a disfrutar sin la plasta de mi madre... y a editar el vídeo también, cuando lo suba a las redes va a ser la bomba. Se llamará algo así como «Las *boomer* lo dan todo en la pista de baile»... Mola.

—Que no somos señoras, jolines, ¡que somos treintañeras! —Alana le grita mientras María se escabulle entre la gente y se acomoda en una de las tumbonas al borde de la piscina.

—Yo tengo cuarenta la verdad...

—Tú, Ana, solo tú, el resto treinta y cuatro y solteras y casi enteras —le digo haciéndole cosquillas en la barriga para que se ría.

Las chicas y yo disfrutamos de un par de horas en la piscina de relax. Hace una temperatura estupenda de principios de junio, aunque hace más calor de lo normal. Los niños juegan y se ríen, los padres se toman cervezas en el bar, Hugo hace su turno en la silla del socorrista y la música que suena es alegre e invita al disfrute. De pronto, veo que algo me tapa el sol y abro los ojos alertada. Es Manu y va acompañado de dos de las chicas de animación que horas antes bailaban en el escenario de la piscina.

—Hola, preciosas, qué, ¿tomando un poco el sol?

—Parece evidente, Sherlock Holmes —le suelto sin pensarlo y a la defensiva.

—Menudo genio, pensaba que solo gastaba de eso tu amiga Vera.

—Pues te equivocas, chato.

—Bueno, venimos en son de paz —me dice mientras levanta las manos como en un alto el

fuego—. Ellas son las chicas del miniclub y amigas mías. Esta noche se celebra una fiesta en la playa, en un chiringuito llamado Stella Maris, el dueño es también amigo mío.

—Cuántos amigos tienes... —suelto a media voz.

—Pues contad con nosotras.

—María, tú calladita que estás más bonita —la reprende Alana.

—Alana, yo quiero ir...

—Tendremos que hablarlo primero, ya teníamos otros planes —me excuso yo sin mirarle demasiado, me pone nerviosa y temo que lo note.

—Contad con nosotras, por supuesto. Ya me encargo yo de que vayamos. —Silvia sonríe y se levanta de un brinco para abrazarse con las chicas.

—Sí, sí, por supuestísimo que vamos. —Martina, luciendo sonrisa, es asquerosamente guapa la petarda.

—Este es un viaje de chicas... No una *pool party* —digo yo brusca.

Se produce un incómodo silencio que rompe una de las chicas de animación.

—Hola, yo soy Elena y ella es Laura. Encantadas de conoceros. Siento si el otro día pareció que nos reíamos de vosotras, pero ibais muy graciosas.

—Yo soy Alana, encantada. La que está a mi lado es María, la hija de Vera que no está aquí ahora mismo, ella es Ana y la que finge que no va con ella el tema es Olivia.

—Hola —saludo escuetamente.

—Bueno, pues pasaos esta tarde noche, la fiesta con temática ibicenca empieza sobre las ocho, así que vosotras mismas, será superguay. —La tal Elena sonríe de oreja a oreja y resulta contagioso la verdad. Es morena, de ojos negros, guapa y con una amplia sonrisa—. Por cierto, Olivia, estoy deseando poder conocernos esta noche y hablar un rato.

—¿Conmigo? Vale, pues nos vemos luego. —Me quedo algo desconcertada.

Observo que Manu la mira de manera reprobatoria y suspira mientras ella se ríe y la otra chica, Laura, le suelta algo así como un anda calla lianta, o eso creo escuchar...

—Pues hasta la noche, chicas, y recordad, temática ibicenca obligatorio —añade Laura, sonriendo también. Su mirada es cálida y acogedora.

Se alejan caminando entre risas, codazos y confesiones mientras Elena y Laura se giran a decirnos adiós con las manos. Manu camina más rápido que ellas, parece algo ofuscado.

—Soy yo o ha pasado algo raro... —Ana suelta lo que la mayoría pensamos.

—Sí, la verdad parece que Elena es muy simpática y quiere conocernos, sobre todo a ti Olivia.

—Alana, lo que está claro es que a Manu le gusta Olivia.

Martina lo suelta riéndose como una niña pequeña. Todas me miran de repente y sin poder evitarlo, me levanto de un salto de la tumbona indignada. Me pongo roja y lo sé.

—¿Qué dices? Si lo único que hacemos es discutir. Además, ese tío sabe que está muy bueno y no creo que sea su prototipo. Las de animación son más de su rollo.

—Obvio, pero le molas —insiste María y sigue con su móvil.

—Manu es de nuestra edad, y se le ve que tiene las cosas claras. Está cañón, ¡echa un polvo, hostia! —suelta Silvia a bocajarro.

—Sabéis qué, que me piro al bungalow a seguir escribiendo y a comer, tengo hambre y no quiero escuchar más chorradas. —Cojo y me voy a toda prisa hacia el bungalow.

—¡Ala, otra como Vera! ¡Dios las cría y ellas se juntan! —Escucho decir a Silvia.

## Capítulo 7



### ***¡¡¡Una para todas y todas para una!!!***

Después de comer, por fin, se produce el tan deseado silencio. La mayoría se echa la siesta, otras como María se olvidan del mundo con su móvil y los auriculares, y yo decido ponerme a escribir en serio. Por fin encuentro la tan deseada inspiración y me embalo a escribir durante tres horas sin parar. Me gusta lo que estoy escribiendo. El sonido de los pájaros, el suave murmullo del viento y el sol de media tarde hacen que me sienta relajada y me deje fluir. Paro y me tomo una taza de té verde bien calentita.

Alana se levanta de su siesta reparadora y se acurruca a mi lado, me besa y bebe un buen sorbo de mi taza de té. Se la queda para ella.

—Deberías dejar de hacer eso...

—¿El qué? ¿Beber té?

—Sabes a qué me refiero. Robarme la bebida.

—No seas tonta. Mira que eres escrupulosa.

—No es eso, pesada...

—Y bien, ¿has escrito algo bueno?

—Puede, no sé, creo que sí. Al menos me gusta, me siento genial e inspirada.

—Pues que sepas que voy a ser la primera en leer tu libro.

—No, la segunda, la primera seré yo.

Ana aparece risueña con dos tazas de té. Cómo nos conoce, la muy condenada. Me da una y le doy las gracias con una amplia sonrisa.

—Chicas, muchas gracias por los ánimos y por ser mis mejores fans. Esperar a leerlo y caeréis rendidas a mis pies, no tengo la menor duda.

—Anda calla, Oli.

—La que faltaba... Buenas tardes, Vera.

—Buenas tardes, chicas. Veo que Martina y Silvia siguen como la Bella Durmiente.

—Están cogiendo fuerzas para la fiesta de esta noche. Déjalas. —Ana y su siempre alma cándida.

—¿Ya sabéis qué os vais a poner? Fiesta ibicenca es vestirse totalmente de blanco.

—Yo, Alana, me pondré lo que me salga del bolo, como siempre. Total, mi maleta sigue sin aparecer.

—También tienes razón, sí, señora —digo guiñándole un ojo a Vera.

—Pues yo creo que tengo un vestido cómodo y casual que me va de perlas para hoy. Vera, si quieres te presto algo de lo mío.

—No gracias, Ana, me he pillado algo en una tienda cuando he ido a por comida. Al final la despedida me va a salir por un pico.

—Conociéndote te has comprado algo negro o rollo gótico.

—Puede, ya se verá.

—Pues yo me iba a poner mis vaqueros blancos, pero no he traído ninguna camiseta blanca que sea un poco mona, sino más bien casual, como dice Ana —expongo pensativa.

—Tranquila, de eso yo me ocupo, querida Oli —dice Martina que aparece junto a Silvia saltando como una niña pequeña y riendo traviesa.

—Paso, conociéndote, es sexy o deja muy poco a la imaginación.

—No seas tonta, Olivia, tienes un cuerpazo y nunca le sacas partido. Lo sabré yo que soy tu monitora y mejor amiga.

—¿Perdona? La mejor amiga soy yo, nena. Nos conocemos de toda la vida. —Alana marca territorio como una pantera.

Durante un segundo me fijo en Silvia. Está callada y ausente. Mira el móvil y veo preocupación en su redondo rostro. Tengo que encontrar el momento para averiguar qué le perturba. Por su semblante sé que es delicado. Ella, la «mami» del grupo, la «líder», esconde más de lo que muchos no son capaces de ver.

De mañana a más tardar no va a pasar. Quiero hablar con ella.

Pasamos un buen rato entre bromas, risas y juegos de mesa. Comemos algo rápido antes de vestirnos para la fiesta en la playa y decidimos salir sobre las ocho y media.

—¿Se puede saber qué puñetas hacen? —Silvia está un poco irascible.

—Hombre, mucho no pueden tardar ya. —Alana mira el reloj de su muñeca y suspira.

—Titas, os doy las gracias por llevarme.

—María, Ana ha dicho que ella se está un rato y se vuelve contigo. Tu madre está de acuerdo. Total, ya has venido así que... No te podemos dejar encerrada en el bungalow.

—Ostras... Joder —suelta Silvia con los ojos como platos.

—¿Qué pasa? Perdona, ¿quién eres? —Alana parpadea cuando nos ven salir a Martina y a mí.

—¡Gracias! Sé que estoy espectacular, como siempre.

—Tú no, Martina, Olivia está diferente, más... más... no sé... —Alana no encuentra la palabra.

—¿Estoy mal? Lo sabía, ahora mismo me lo quito, Martina, eso me pasa por hacerte caso.

—Ni se te ocurra cambiarte, Oli. Estás brutal, muy guapa, nena. —Silvia me coge de la mano y me hace girar sobre mí misma.

—No es solo el top, que es muy sugerente ciertamente y destaca tu pecho, sino todo. El pelo te queda estupendamente, resalta tus ojos, te despeja la cara. Y el maquillaje natural con los labios en color cereza y con toques veraniegos. —Alana me mira como si me viese por primera vez—.

Estás muy bonita.

Al final me dejé convencer por Martina y me puse un top lencero en color blanco con escote en uve y anudado al cuello. Un sencillo collar, con un colgante en forma de corazón y que lleva engarzado un brillante minúsculo, a juego con unos pendientes igualmente sencillos en forma también de corazón hacen el resto. El cabello lo llevo recogido en un moño bajo, del cual salen mechones sueltos de manera estratégica. Me veo guapa la verdad, pero diferente. El maquillaje es muy natural. Un lápiz de ojos en tono azul magenta acentúa mi mirada, iluminada con un toque sutil de iluminador en el lagrimal del ojo. Algo de rubor en las mejillas y un lápiz de labios en tono cereza, me terminan de dar un aspecto fresco y juvenil. Además de una estrellita pegada a ambos lados del final de las cejas que según Martina son tendencia.

Unas sandalias de tacón bajo anudadas al tobillo, ideales para la playa en tono plateado, hacen de remate final junto a mis vaqueros blancos ajustados, lo único mío, que me quedan como un guante.

—Bueno y el resto, ¿dónde están? —Busco con la mirada a Vera y Ana, pero no las veo. De pronto salen por la puerta y de nuevo se produce un silencio atronador.

—Vera... estás brutal, brutalmente sexy —suelto yo alucinada.

—¿Mira quién fue a hablar? —me dice Vera mientras me mira.

—Pues tú estás cañón con esa minifalda blanca y la camiseta negra de Extremoduro. Ese pelo ondeado te favorece mucho. Te dulcifica. ¡Estás guapa, puñetera!

—¿Quiénes sois y qué habéis hecho con mis amigas? —Silvia nos abraza y nos silba como una loca.

—A ver, en mi defensa diré que me ha vestido Martina —explico yo sonriente.

—No había otra cosa en la tienda de ropa... —dice una Vera poco convincente.

—¡JA! —grita Silvia.

—Ni ja, ni jo... Cállate anda, Silvia —dice Vera desafiante.

—Bueno, ¿nos vamos ya o qué? —María está deseando irse y tengo la sospecha que trama algo...

Nos ponemos en marcha cuando, de repente, Ana se da cuenta de que no lleva el bolso y grita asustada.

—¿Qué pasa?

—¡Mi bolso!

—Pero si está sobre la hamaca del bungalow, tontita. —Vera se ríe y Silvia corre a cogerlo, pero al levantarlo, algo duro y largo le llama la atención.

—¿Pero qué puñetas llevas ahí dentro?

—Dame el bolso y calla.

—Ni lo sueñes, voy a mirar.

—Noooooo...

—JODER... ¿Estás chalada o qué? Es un pedazo de fuet duro y largo, loca. —Silvia lo saca y lo mueve como una banderita de un lado a otro.

—¿Un fuet? En serio, Ana, no dejas de sorprenderme. —Alana se parte de la risa con Martina, mientras Vera y yo estamos sin palabras.

—Es por si me da hambre. Últimamente, no paro de comer como una descosida y no me fío del festival ese donde me lleváis.

—A ver, te entiendo, pero mujer, una chocolatina o unas galletitas saladas en el bolso lo veo más práctico —le digo con cara de niña buena.

—No voy a dejar el fuet, aviso, si no, no voy. —Ana se planta ante nosotras con

determinación.

—Está bien, guárdate tu comida y vámonos de una santa vez, chicas. —Silvia se lo devuelve y por fin nos ponemos en camino.

Llegamos a la playa. Hace una temperatura maravillosa. El sol está bajando y el anochecerse acerca. Hay una luz preciosa. Hay mucha gente, gente de todas las edades. Se oyen risas, se ven parejas besándose, grupos de amigos, etc. Suena música en directo formada por una banda de dos chicos y una chica. Cantan en una especie de escenario que hay en el chiringuito donde sirven copas y sándwiches. El sonido del mar acompaña sus acordes y junto a las luces encendidas crea un precioso efecto mágico. Nos acercamos a la barra y pedimos unos mojitos de fresa. La chica que nos atiende nos sonríe y nos recomienda probar a lo largo de la noche sus pinchos, hechos por ella misma.

—Chicas, parece que se está muy bien aquí, ¿no? —comenta Ana.

—Pues sí la verdad. ¿Os parece que nos sentemos en una mesa? —Vera se sienta en una mesa cerca de la barra. Ana se acomoda junto a ella.

—Pues yo quiero bailar toda la noche. ¿Quién se anima? —Silvia coge de la mano a Martina y se van a bailar. María se suma a ellas rápidamente.

—Oye, ¿Manu y Hugo? No los he visto por aquí.

—Vera, no sabía que querías verles...

—Oli, es simplemente curiosidad...

—Ya...Y yo soy tonta.

Bailamos durante un buen rato, nos reímos, bebemos y comemos unos pinchos de tortilla con pimientos de padrón que están de muerte, la verdad. Los de gambas y salmón también. La fiesta es genial y estamos disfrutando mucho. Entonces veo a las chicas del camping. Nos saludan y se acercan.

—¡Hola! ¿Cómo lo estáis pasando?

—Hola, Laura. Hola, Elena.

—Pues genial, la verdad. La música es maravillosa, tocan muy bien.

—¿Te gustan? La chica que toca es mi novia. Se llama Alba. Es la mejor obviamente.

—Seguro que sí, Elena, no lo dudo. —Le sonrío amigable.

—¿Queréis beber algo más? ¿O comer? La comida es buena para ser un chiringuito de playa. —Laura se ve que es buena persona, se lee en su mirada limpia y transparente. Me ha ganado. Elena, en cambio, se ve que es una loca entrañable.

Hablamos durante un buen rato con ellas. Trabajan de monitoras en el camping durante el verano que compaginan con sus estudios de veterinaria. Tienen veintitrés años y son ambas de Reus. Elena y su novia Alba se conocieron gracias a Hugo, ya que él trabaja a tiempo parcial en la playa y el camping. Alba canta normalmente con su banda los fines de semana en un local de Salou y para fiestas como la de hoy, y es ahí donde se conocieron.

Alba no destaca por su belleza, pero se le ve pasión y empuje. Morena, ojos almendrados y boca pequeña, pero de sonrisa franca. Su voz es pura melodía y toca de muerte la guitarra.

A lo lejos veo que se acerca Hugo con una amplia sonrisa y veo para mi sorpresa que Vera se tensa. Se toca el pelo y se hace la distraída. Le gusta, lo sabía.

No veo a Manu por ningún lado y eso me decepciona, no lo puedo evitar, aunque me jorobe reconocerlo. La verdad no sé por qué, pero creo que esperaba verle. Esta fiesta tiene algo como hipnótico... ¿O soy yo?

—Hola, chicas, hola, Vera. ¿María puedo sacar a tu madre a bailar?

—Eso si mi madre quiere, porque con ella nunca se sabe.

—Pues sí quiero. Bailar, quiero decir, venga, vamos, Hugo, antes de que me arrepienta. —Se levanta y se van junto a Laura, Elena, Alana y Silvia a darle todo al ritmo de la música. En estos momentos la banda ha finalizado su trabajo y ahora suena la música del disc jockey.

—Pues, Ana, María, ¿no os importa si voy un momento a darme una vuelta? Necesito caminar.

—Vale, pero ve con cuidado, hay mucha gente aquí y van bebidos y no me fío.

—Sí, Ana, tranquila, sé defenderme, lo sabes. Preocúpate más de María, no se te escabulla que le hace ojitos a un grupo de jóvenes de allí al fondo. También échale un ojo a Martina que lleva un rato hablando con dos tíos que la miran como si fuese un trozo de carne.

Dicho eso me alejo caminando hasta que de pronto le veo. Ahí, parado, apoyado en la barra, con una bebida en la mano, ¿Coca-Cola? Puede. Me sonrío, le sonrío. Se mueve, viene hacia mí. De pronto noto que el corazón se me acelera. Está guapísimo con esa camisa blanca entreabierta por el pecho y con las mangas remangadas. Lleva un pantalón de lino blanco y unas sandalias marrones. El pelo perfectamente peinado con su coleta y mechones que le resbalan por la cara. Me vuelven loca los tíos con el pelo algo largo. A lo Sansón. Cuando llega a mi altura, me rodea sutil con un brazo por mi cintura y me da dos besos. Huele a perfume, pero sobre todo a hombre. Se me vuelven a erizar los vellos del brazo. No puedo incluso evitar cerrar los ojos por un segundo.

—Hola, Olivia. Estás preciosa.

—Gracias. Y tú hueles genial. —Al momento de decir eso me arrepiento y me pongo roja, menos mal que es de noche y ya no se ve nada que sino...

—¿Te gusta mi perfume? Es *Eternity* de Calvin Klein.

—Pues sí, es genial lo rico que hueles. —Qué gilipollez le acabo de soltar. ¡Ni que fuese comida!

—¿Te apetece bailar? ¿O beber algo? Quiero ser la envidia de todos.

—¿Por?

—Porque ahora estás preciosa. No digo que esta mañana no tuvieras un punto sexy con esos pelos de loca, pero... así ganas más —me dice con una sonrisa de medio lado.

—Idiota, que te den. —Intento alejarme, pero me retiene, cogiéndome la mano. Me mira con una intensidad que me deja boqueando como un pecesito fuera del agua. El calor que emana su mano es fuego que recorre mi piel. Pura electricidad.

—Perdona, baila conmigo, por favor —se disculpa con una sonrisa, esta vez cálida.

Me rindo ante él. Esto que está surgiendo entre nosotros es más fuerte que yo.

Bailamos durante un rato un par de canciones seguidas. Reggaetón, como no. Suena Rosalía con su *Despechá* y todos nos venimos arriba. Hay química entre nosotros y eso no se puede negar lo confieso. Es atractivo. Las otras mujeres le miran, coquetean a su paso, pero él no parece verlas. Solo me mira a mí. La música se para un momento y alguien nos empuja sin querer y chocamos entre nosotros. Su torso es fuerte, se nota que se cuida y hace deporte. Nos miramos fijamente, nuestras manos vuelven a rozarse. Manu me aprieta contra él y yo entreabro los labios. Me retira un mechón de la cara y noto su suave tacto en mi rostro. Me acaricia los labios con un dedo y yo me pongo de puntillas. Cuando creo que va a besarme cierro los ojos, pero de pronto alguien se pone entre nosotros y la magia se rompe en seco.

—¡Hola! ¿Lo pasáis bien? —Elena y Alba se acercan a nosotros.

—Pues hasta que habéis llegado vosotras, sí, la verdad. —Manu mira a Elena enfadado.

—Olivia, te quería presentar a mi novia Alba.

—¿Tiene que ser ahora, Elena?! —suelta brusco Manu.

—Pues sí, ahora, querido Manu, ¿algún problema? —dice risueña la muy bribona.

—Encantada, Alba, cantas y tocas muy bien la verdad. Enhorabuena —le digo con una sonrisa tímida, ya que me he quedado cortada tras lo sucedido.

—Bueno, ¿por qué no os dais una vuelta y nos dejáis tranquilos un rato? —Manu intenta que se alejen, pero Elena se le lanza al cuello y le besa muy efusiva en la cara—. Quiero estar contigo un rato, me lo debes. Además, seguro que a Olivia no le importa. ¿Verdad?

—Tranquila, yo ya me voy. Voy a caminar un rato que es lo que debía haber hecho antes. Pasarlo bien. Chao, chicas, encantada Alba —me despido.

Nos damos dos besos y me alejo de ellos. Manu discute algo con Elena, pero no puedo oírlos. Me voy a la orilla y me siento allí. Necesito estar sola un momento. Casi nos besamos. Casi. Ha sido todo muy rápido y tal vez me hubiese arrepentido. Tal como lo veo ni siquiera pego con él. Manu es atractivo, parece un empresario y yo estoy trabajando en una librería y viviendo en casa de mis padres. Que sí, que para un rollito genial, pero yo me noto que puedo pillarme y no quiero, no me lo puedo permitir ahora. No es el momento. No sé si estoy preparada. Además, quiero dedicarme a mi libro, el cual está casi acabado y enviarlo a la editorial.

Pasado un rato me levanto de la orilla y me dirijo hacia los baños que hay en la playa. Están algo alejados de la música y del chiringuito. De repente escucho unas voces y me pongo alerta. Parecen Elena y Alba. Algo les pasa, intento escucharlo, pero no puedo, así que me acerco un poco más. Hay dos chicos con ellas, en actitud pasivo agresiva. Tengo la sensación de que se sienten acorraladas.

—Te he dicho que nos dejes pasar —pide nerviosa Alba.

—Venga, tonta, si se te nota en la mirada que eres una cachonda. Hace un momento te estabas enrollando con la otra como si nada y ahora ¿no te lo quieres montar con nosotros? —El chico le corta el paso y le bloquea con los brazos a ambas. Es de estatura media, con barba, mirada oscura... El otro, algo más alto y corpulento, se ríe y también les corta el paso.

—Por favor, déjanos pasar —suplica Elena.

—No te hagas la estrecha, chica, te aseguro que lo vas a disfrutar.

Entonces, el más corpulento coge a Elena por el brazo y ella chilla de dolor. Alba intenta acercarse, pero el más bajito la coge del pelo e intenta besarla, ella se revuelve. Y yo no puedo evitarlo. Grito como una loca mientras me acerco hacia ellas:

—¡Suéltala, imbécil! ¡¡¡Que la sueltes te digo!!!

De pronto, ambas quedan acorraladas contra la parte trasera de los baños, de manera que ya no pueden escabullirse. Me miran y se ríen sin hacerme el menor caso. Empiezan a manosearlas. No puedo aguantarlo más y me acerco con un grito que sale desde el fondo de mi garganta.

—¡¡¡Dejarlas en paz de una puñetera vez!!!

Se giran los dos sin soltarlas y se ponen a reír a carcajadas. Me miran como analizándome.

—¿Estáis sordos? He dicho que la sueltes, si tú, el gordo. Te ha dicho que no quiere nada contigo, ¿lo entiendes? Y tú, enano, tampoco contigo. —Los miro con rabia, pero he de reconocer que también me tiemblan las piernas.

—Vete si no quieres problemas con nosotros.

—No, no me voy, no están solas.

Elena y Alba están aterrorizadas. Alba está como en shock. No reacciona. El de estatura media se gira hacia mí con actitud agresiva y cuando se dispone a cogerme, le suelto un derechazo con todas mis fuerzas que no se lo espera y lo hace tambalear. Yo grito de dolor con la fuerza con que le he dado.

—¡Hija de puta! —grita tocándose la cara.

Entonces, Elena se abraza a Alba y se alejan un poco asustadas ante la escena. Los dos tipos se me van a acercar cuando, de pronto, aparecen Martina y Ana junto a María como unas fieras soltando gritos y empujones. Se produce entonces un todos contra todos. Yo repartiendo patadas y golpes, Martina golpeándoles con su zapato y propinando patadas, María con el neceser de su bolso subida encima de uno de ellos y Ana aporreándoles con el fuet que está más duro que la pata de Perico.

Los gritos son tan fuertes que pronto aparece más gente alertados por las voces que damos, entre ellos Silvia, Manu y Alana, que miran horrorizados la escena.

—¿No puedes hacer algo, Manu? ¡¡Ayúdales corre!!—grita Alana desesperada.

—¿Pero a quién? Porque tus amigas les están dando una paliza a los dos chicos. —Manu lo dice con una mezcla de incredulidad y admiración al ver de lo que somos capaces juntas.

—He llamado a la policía, vienen de camino —informa una chica cerca de nosotros.

—Ostras, mi hermana está ahí...

—¿Tu hermana? —Alana se lo queda mirando fijamente.

—Más vale que venga la policía ya, porque ahora sí que se va a poner la cosa fea... —Acto seguido se va hacia ellos y llega justo en el momento en que el más corpulento sujeta a María por el pelo. Le tumba de un puñetazo. Entonces, Silvia y Alana también se acercan e intentan separarnos. Le piden a María que se vaya al camping. Comienzan a sonar las sirenas de la policía. La noche acaba como el rosario de la aurora...

## Capítulo 8



### *Éramos pocos y parió la abuela...*

—Tengo la cabeza como un bombo, creo que me va a reventar. —Martina se toca las sienes dolorida. Aun con todo lo vivido esta larga noche la tía está guapa como siempre.

—Como todas, nena, como todas. Necesito un café. —Silvia se mueve lenta y la verdad se la ve ojerosa, como a la mayoría. Vamos caminando que parece que vengamos de un botellón trasnochado.

La cosa se fue de madre, de eso no hay duda. Cuando llegó la policía acabamos todos en comisaría. Entre la declaración, el atestado y la fianza que pagó Manu por escándalo público, la noche acabó por todo lo alto. Y cómo no, también conocía al jefe de policía. Este tío conoce a medio Salou. Al menos Elena y Alba consiguieron zafarse de esos desgraciados, eso compensa. Espero que algún día los hombres entiendan que «No es No».

—Menos mal que ya hemos llegado. Estoy reventada. Al menos conseguimos que María se fuese y no se viese implicada en el asunto con la policía —comenta Alana.

—Pues sí, la verdad. Ahora, también te digo que ya le vale a Vera, se pira, imagino que con Hugo y no es capaz de avisar. Vaya tela —digo totalmente agotada.

—Eso segurísimo, porque la petarda no da señales de vida. Cuando la pille va a alucinar. —Alana está junto a Ana que parece un *zombie*. La pobre ni habla del agotamiento que lleva encima.

—Por cierto, Oli, lo que hiciste anoche fue increíble. Esas chicas han tenido suerte de que te cruzaras en su camino. —Me besa dulcemente Silvia mientras lo dice.

Cuando estamos a punto de entrar al bungalow vemos una maleta pequeña junto a la puerta. Me paro en seco. No puede ser. Reconozco la maleta de color rojo chillón y lunares blancos.

Miro a mi alrededor en busca de lo que presiento. Tal vez me esté volviendo loca por no dormir, pero...no. La veo aparecer por el sendero con pan recién hecho y café.

Bajita, rubia, pelo corto y rizado. Gafas rojas. Camina decidida como siempre con sus tacones altos.

—Por favor, qué mala cara tenéis todas. Que venís de jarana, ¿no? Parece mentira con la edad que tenéis, qué vergüenza, son ya las ocho de la mañana. Y con María sola durmiendo en el bungalow y sin la madre de la niña. ¿Dónde anda Vera? Bueno qué, ¿abris la puerta o pretendéis que me quede aquí plantada con el desayuno?, no soy un pulpo, chiquillas... Dios mío, ¡qué horrosas estáis!

—Buenos días para ti también, Conchi. Estamos despeluchadas y solo queremos café o dormir, me da igual el orden. Dame dos besos, anda. —Silvia le planta dos besos y se sienta en la mesa exterior.

—Mamá, qué haces aquí, ¿ha pasado algo? ¿Todo bien? —La abrazo con cara de circunstancia. ¿En serio? Solo he podido saborear mi libertad dos tristes días. Bueno, de tristes nada, que no he podido ni aburrirme.

—Vaya manera de saludar a tu madre, ¿ya has perdido los modales? Dos noches de botellín de esos y...

—Botellón, doña Concha, se dice botellón —dice Ana en plan sabelotodo.

—Como se diga, hijita, la cuestión que parece que no os alegre verme. —Mi madre pone cara de cordero degollado la muy bribona—. Encima que lo hago por Olivia, se había dejado su peluche de koala y sin él no puede dormir.

—¿En serio con treinta y cinco tacos duermes con un peluche de koala, tita Oli? —María se descojona de la risa mientras me mira incrédula. Solo me faltaba esto. La niña se ha levantado al escuchar las voces.

—Gracias, mamá, creo que podría haber sobrevivido cinco días más sin el muñeco, ahora ya lo sabe todo el mundo. ¿Quieres humillarme un poco más? —Me alejo ofuscada y me siento junto a Silvia que me pasa un brazo por encima y me susurra al oído un sutil «calma».

—Gracias por los cafés, Conchi, pasa, ya abro y nos sentamos todas a desayunar. Estás estupenda como siempre. ¿Y Antonio, cómo anda? —Alana la agarra del brazo y la mete para adentro mientras me hace una señal cómplice con la mano.

—Tranquila, Oli, ya está aquí, con suerte se va hoy mismo o mañana a más tardar. Lleva una maleta pequeña, cari.

—Sí, lo sé, Martina, pero, ostras, quería estar a mi rollo, con vosotras, no con mi madre. Desde que vivo con ella me trata como una adolescente. No me deja ni a sol ni a sombra.

—Bueno, yo me las piro a dormir un poco más, cuando veáis a mi madre, decirle que me debe una muy grande. Y, por cierto, cambiad el *mode* que da mala vibra la energía que gastáis. Eso y lo poco que os favorecen las ojeras a lo *Kun Fu Panda*. Chao.

—Y se pira la niñata. Os digo yo que tiene dos hostias bien dadas, pero bueno, se parece a su madre, por eso la queremos. —Silvia se ríe y bebe un sorbo del café que mi madre le ha dejado delante.

—¿Quién se apunta a dormir? Estoy que me caigo, hacía mil años que no pasaba de las doce de la noche, así que no doy pie con bola. Me voy con María a dormir. Os quiero, chicas, la noche ha sido intensa. —Ana se va a meter al bungalow cuando Silvia la llama—. ¿Dime?

—A partir de hoy te llamaré *Karate fuet*. Qué manera de pegar con ese fuet, aún estoy *aluciperpleja*. Anonadada es poco, Ana, ole tu chochete moreno.

—Gracias, Silvia, no sé cómo tomármelo, pero gracias. —Ana dice adiós con la mano y se

mete junto a María en la misma habitación.

—Bueno, vamos a dormir todas y de aquí a un rato nos vemos. —Nos damos un abrazo antes de que mi madre nos pille de nuevo y nos vamos cada para su cama. Estoy agotada.

Al levantarme huele a lentejas. Mi madre ha cocinado para todas. Huele a hogar. Salgo al jardín y veo a Ana, Silvia, Vera y Alana sentadas con mi madre comiendo un plato enorme junto a un buen trozo de pan y sus vasos de Coca-Cola.

—Bon dia de nuevo —saludo.

—Serán buenas tardes, porque son las dos así que tú dirás, hija mía. Anda siéntate y come algo, te vendrá bien, tienes mala cara, aunque claro, una mujer de tu edad necesita dormir y no estar de fiesta en fiesta. Hasta Ana, que es la más sensata, ha caído por vuestra culpa. Bueno y lo de Vera no tiene nombre, qué vergüenza, ¡qué vergüenza más grande! Pero, tranquilas, que todo se puede reconducir para pescar un buen marido, chicas.

—¿Perdona, mamá? Primero, me llamas, señora mayor, con treinta y cuatro años, segundo, insinúas que hemos llevado a Ana y Vera por el camino de la perdición y tercero, y lo peor de todo, es que ¿debemos buscar un buen marido? ¿Que estamos en los años cincuenta o qué? —exclamo indignada e incrédula.

Todas se quedan mirándome. Se produce un silencio incómodo. Me levanto de la silla con ademán de marcharme, pero escucho a mi espalda una disculpa, o algo parecido.

—Lo siento, hija, no quería decir eso, venga, pelillos a la mar. Solo me preocupo de vuestro bienestar. —Mi madre me sonríe como si nada.

—Y lo sé, mamá, pero necesito mi propio espacio, acabas de llegar y ya me estás atosigando. Me voy a dar una vuelta. Me llevo el portátil y escribiré el final de mi novela en el bar de la piscina.

—Te acompaño.

Alana me coge de la mano y juntas nos vamos caminando en silencio. No me apetece ni hablar. Solo pedía libertad una semana, siete días, no más. Y ni eso.

—Conchi, sé que adoras a Olivia, pero debes dejar que cometa sus propios errores. Por fin está superando su ruptura con el innombrable de su ex, la pérdida de su casa y ha encontrado en la escritura y en su nuevo trabajo como dependienta en la librería su refugio. Afloja las riendas, anda.

—Ana, sé que a veces soy muy dura con ella, pero me duele verla sufrir y quiero lo mejor para ella. Protegerla, que sepa que no está sola. Dos guantazos con la mano abierta le hubiese dado a ese desgraciado.

—Pues estás haciendo todo lo contrario. Ella te quiere muchísimo, pero se ahoga con tanta superprotección. Te lo digo por experiencia. Mira, cuando conocí a mi marido fue un flechazo. Yo era totalmente diferente a él. Era una cabra loca.

—¿Tú? No me lo creo.

—Pues sí, Conchi, lo era. Practicaba todo tipo de deportes de riesgo, me gustaba la adrenalina, me hacía sentir viva. Trabajaba con karts, quads y cualquier cosa que tuviese que ver con los motores. Entonces decidí comprarme un coche y necesitaba más dinero, así que me metí a trabajar al hotel como monitora. Allí conocí a tu hija y al que hoy es mi marido. Fue un verano maravilloso, estaba de vacaciones con su familia. Era totalmente opuesto a mí. Sensato, tranquilo, pero un flechazo total, ya te lo he dicho. Quiso cambiarme, pero no se lo permití. Nos casamos, tuvimos nuestros niños y un día casi me mato a mí y a mis hijos en un accidente de coche. Me piqué con otro conductor en la autopista y por poco pierdo el control del vehículo

cuando salí del carril y choqué lateralmente contra la mediana. Me dio un camión en el adelantamiento. Podríamos haber muerto los tres allí mismo. Eso me hizo reflexionar.

—No lo sabía, Ana.

—Ya, pocos lo saben. Fue muy traumático para mí. Pero Olivia estuvo allí, vio mi angustia y mi miedo a perderlo todo. Así que me convertí en una adorable ama de casa y que trabaja a ratos en la ferretería de su marido, ayudando en los pedidos. De alguna manera sigo vinculada al mundo del motor.

—Pero te falta algo, ¿verdad? Te lo noto. Siempre he pensado que estabas como contenida. Ahora ya lo entiendo. Ana querida, debes encontrar algo que te apasione o recuperar viejas emociones. Vive, mi niña.

—¿Sabes? No os dais cuenta tú y Olivia, pero os parecéis más de lo que os pensáis. Las dos me habéis dicho lo mismo. Y creo que ha llegado el momento de hacerlo. Tengo cuarenta años y sigo muy viva.

—Y yo voy a dejarle espacio a mi niña, voy a intentarlo porque tienes razón, lo que me pasa es que no quiero que se vaya ahora que la tengo en casa conmigo de nuevo. Mi marido y yo estamos genial, pero él está todo el rato jugando a la petanca en el casal del barrio, con las bicis o con sus amigos haciendo senderismo por el campo. Está jubilado, pero le veo menos que antes...

—Vamos, que te sientes sola.

—Me da reparo admitirlo, pero sí. Por eso he venido aquí, chiquilla.

Se cogen de la mano y se abrazan. A veces simplemente necesitamos que alguien nos escuche. Sacar lo que nos ahoga, soltar amarres para poder volver a empezar.

El sol está bajando. Sigue haciendo calor, pero ahora la suave brisa mece mi cabello que ondea suelto al viento mientras escribo las últimas líneas de mi novela. Los chiquillos corretean alborotados por la piscina. Los padres se toman bebidas en el bar y las madres toman los últimos rayos de sol tumbadas en las hamacas. A lo lejos veo a Vera tonteando abiertamente con Hugo. Alucino. Han estado toda la noche juntos y ahora no se despegan tampoco. Él está en su silla de socorrista y ella está a su lado pavoneándose con mis gafas de sol. Ni la resaca la frena. Hacía tanto que no la veía sonreír así. Como siga de esa manera a esta se le desenchaja la mandíbula.

—¿En qué piensas? Porque en el libro no.

—Alana, ¿no crees que este viaje le está sentando genial a Vera?

—Francamente sí. Parece una colegiala. Mírala, se le va a desenchajar la mandíbula de tanto sonreír.

—Has pensado exactamente lo mismo que yo —le digo sonriendo.

—Ya le tocaba, han sido tres años muy duros.

—Ya, el idiota de su ex le hizo creer que no merecía ser amada.

—El problema de todo es que Vera estaba en guerra consigo misma, ahora por fin ha bajado la guardia. Se siente libre y segura, no porque le guste a ningún hombre, sino porque ha soltado amarras como digo yo siempre.

—Ojo que tonta no es. El tal Hugo es un bomboncito de veinticinco años.

—¿Vera tonta? Nunca. Déjala que disfrute las vacaciones como le dé la gana. Lo único que sé que con María no va todo bien, acuérdate que algo pasó en el centro comercial.

De repente siento como si alguien nos observase. Me giro como hacia ambos lados y descubro a Manu apoyado en la barra del bar mirándome con una media sonrisa. Madre mía, el puñetero está guapo a rabiar. ¿Por qué me pongo tan nerviosa cuando le veo? ¿Se dará cuenta él? ¿Recordará que ayer estuvimos a punto de besarnos? Se acerca lentamente hasta nosotras. Alana me da un codazo riéndose la muy jodía.

—Hola, preciosas, ¿cómo va la tarde?

—Bien, gracias —contesto escuetamente sin apenas mirarle.

—Yo voy a por un granizado para mí y otro para Vera que la veo muy calurosa hoy. La piscina es muy peligrosa y Hugo también. Hasta ahora, chicos. Luego vuelvo.

—Alana, no te vayas mujer, si estábamos muy a gusto todos. —Le miro suplicante.

—Ya, pero me voy, resulta que tres son multitud, querida amiga.

Alana se aleja canturreando y mirando hacia nosotros mientras nos saluda con la mano.

—¿Cómo sabías que estábamos aquí? Te lo ha dicho Ana o Silvia imagino.

—No, ha sido una adorable señora de gafas y de pelo rizado. Parece andaluza. Y muy simpática.

—¿En serio? Lo que me faltaba ya. Y por cierto lo de adorable señora... ahí has patinado. Tiene más cojones ella sola que tú y yo juntos.

—¿Es tu madre verdad?

—¿Tanto se nota?

—A ver, te ha vendido como buen partido, limpia, trabajadora, soltera, sobre todo soltera, eso lo ha recalcado mucho y de gran corazón. Aunque lo último lo tengo claro desde el principio. ¡Ah!, y que eres muy guapa. Eso no necesita decírmelo, lo veo por mí mismo. —Me mira intensamente como hace siempre. No lo puedo evitar y me pongo roja como un tomate. Mierda, agacho la cabeza de la vergüenza y él me la levanta con un dedo.

—Perdona a mi madre, se cree que tengo quince años y me está buscando pareja como si estuviésemos en la Edad Media. Qué vergüenza. La mato.

—No te preocupes, Olivia, se nota que te quiere mucho. Y, por cierto, te pones preciosa cuando te sonrojas.

Se produce un incómodo silencio. Que se rompe rápidamente por Manu.

—Te buscaba para darte las gracias por lo de anoche.

—¿A mí? ¿Por? No te entiendo.

—Salvaste a mi hermana y a su novia de un par de desgraciados poniendo en riesgo tu propia seguridad. Eso no lo hace todo el mundo.

—Perdona, ¿tu hermana? —Pongo cara de sorpresa—. ¿Elena? Seguro que es ella. Ahora entiendo algunas cosas. No lo sabía. Lo hubiese hecho por cualquiera. No soporto las injusticias y mucho menos de ese tipo. Creo en la hermandad entre mujeres y no podemos mirar para otro lado. Por desgracia hay hombres que son peores que las bestias.

—Te entiendo, hay tipos que no saben lo que significa un NO. Gracias, tú y tus amigas os habéis convertido en las heroínas de Salou.

—Lo importante es que Elena y Alba estén bien.

—Lo están. Algo nerviosas aún pero bien.

Entonces Manu me coge la mano y me la acaricia. Una corriente eléctrica me recorre por completo. Le miro fijamente y noto que va a decirme algo y no sé por qué, pero evito lo que tenga que decirme.

—¿No me has dicho aún en que trabajas? —suelto para cortar el momento en seco. Me suelta la mano, se atusa el pelo y entre cerrando los ojos me contesta.

—Trabajo como periodista para una revista deportiva. También soy socio del *Beach Club* de la playa. Por eso conozco a Hugo.

—Vaya... yo solo soy dependienta en una librería. *Sorry*.

—Tú eres mucho más que eso...

—Me conoces de tres días, no puedes saberlo.

—Si tengo un don es conocer bien a la gente con la que me relaciono. Trabajo con mucha gente. Tú eres especial. Ves a las personas, te gusta conocerlas sin juzgarlas antes. Eso se ve por cómo te miran tus amigas y por cómo me hablan de ti.

—¿Mis amigas te hablan de mí? ¿Quién de ellas?

—¿Cómo va tu libro? Conozco a alguien que podría ayudarte a publicarlo cuando esté listo.

—Prefiero conseguirlo por mí misma. ¿Quién de mis amigas te habla de mí? —pregunto seca.

—Todas ellas, y tu madre la que más. Me encanta ver que quieres conseguir las cosas por ti misma, pero recuerda que yo puedo ayudarte si lo deseas, no lo olvides, ¿vale...?

Quiero decirle que vale, pero no quiero. Necesito saber si soy capaz o no de hacerlo yo sola. Además, le conozco de tres días, no puedo pedirle algo así. Aunque lo que este chico me hace sentir me tiene loca. ¿Química? ¿Feeling? ¿Deseo? ¿Flechazo? Siento como si un imán me atrajese hacia él irremediamente y eso me asusta. Y mucho. Quiero alejarme, pero no puedo... y también quiero besarle, tocarle...

—¿Te apetece cenar conmigo esta noche? Solos.

—Sí. No. No sé.

Se ríe el muy bribón. Está tan guapo con esa media sonrisa, su pelo moreno y sus ojos verde esmeralda.

—Es que estoy acabando el libro. También tengo a mi madre esperándome en el bungalow. Está complicado.

—¿Complicado? Solo somos dos amigos intentando conocerse un poquito mejor, ¿no crees?

—Mejor mañana, hoy no puedo. —Me levanto a toda prisa para escapar de él y con los nervios le tiro encima mi Coca-Cola. Se levanta también de golpe. Su camiseta está empapada y yo como una tonta le intento limpiar con una servilleta de papel. Madre mía, qué abdominales tiene, la virgen... No puedo evitar palpar más de lo normal y se da cuenta.

—Nena, vas lanzada, ¿eh? Si quieres tocar más deberás invitarme a cenar. O ir directo a por el postre...

—Perdona, solo pretendía secarte un poco. —Me pongo roja otra vez. Cojo mi ordenador que por suerte no se ha mojado, lo meto en la mochila e intento irme con la poca dignidad que me queda, pero lo que hago es tropezar con la pata de la mesa y caerme sobre Manu. Acabamos los dos tirados en el suelo ante las miradas de todos. Yo estoy encima de él, respirando entre cortada de lo nerviosa que me pone sentirlo tan pegado a mi cuerpo. Aspiro su olor, su perfume y se me eriza el vello del cuerpo. Abro los labios y le miro fijamente. Él también lo hace. Me muerdo el labio de abajo deseosa por besarle. Joder.

—¿Quieres que te bese ahora mismo? Pídemelo y lo haré. Sabes que lo deseas —susurra en mi oído.

—Eres idiota, un chulo y un creído. No pienso pedírtelo, quién te crees que soy *so listo*. —Me levanto con brusquedad y salgo por piernas sin mirar atrás. El muy patán se ríe tan fuerte que le escucho mientras salgo corriendo a toda velocidad. En mi huida, me cruzo con Laura que me hace señales con la mano para que pare de correr.

—Hola, Olivia. ¿A dónde ibas corriendo como alma que lleva el diablo? —Me sonrío alegremente.

—Nada, tenía prisa por llegar al bungalow a escribir. Y me gusta correr. —Ni yo me creo eso.

—¿En chanclas? Bueno, mientras no te caigas por ahí tú misma.

—Si caerme ya me he caído...

—¿Cómo?

—Nada, nada. Me alegro de verte, pero tengo prisa.

—Espera, espera, que tengo algo que decirte.

—No será darme las gracias. No hace falta, de verdad que no.

—No. Es otra cosa. Se trata de Silvia. Me la acabo de cruzar y estaba hablando o más bien discutiendo con alguien por teléfono. No sé ni quiero saber con quién hablaba, pero era peliaguda la cosa porque luego se ha puesto a llorar. Te lo digo y luego tú haz lo que quieras, pero se le veía muy alterada.

—Gracias, Laura. ¿Dónde estaba? —pregunto muy preocupada tras lo que acaba de contarme.

—Cerca de los baños que hay donde las parcelas, a mano izquierda, donde el pipí can.

—Vale, *merci*. Por favor, no comentes nada de esto al resto de mis amigas si te cruzas con alguna de ellas. Silvia es muy celosa de su intimidad.

—Tranquila, Olivia, si te lo he dicho ha sido porque francamente la he visto muy afectada y parecía necesitar a alguien. —Me sonrío de nuevo y se despide con dos besos. Es un encanto de chica, la verdad.

El camping no es excesivamente grande. La zona de las parcelas es amplia y razonablemente soleada. La mayoría de la cual está rodeada de grandes árboles que, en verano, gracias a sus ramas, dan una sombra muy necesaria. El pipí can está vallado con un cercado color azul cielo como la mayoría de los acabados del camping. Hay un chico con un perro de raza bulldog francés.

Cuando voy llegando a los baños escucho un sollozo. Me paro en la primera puerta del baño que hay y vuelvo a escuchar llorar a alguien, esta vez con mayor intensidad. Pregunto con delicadeza mientras golpeo con la mano por si no fuese ella.

—¿Silvia? ¿Eres tú? Soy Oli.

Se produce de pronto un silencio. Acerco la oreja a la puerta y escucho respirar con fuerza a alguien. La puerta es azul cielo. Bastante nueva la verdad. Y limpia. Como todo lo demás del camping. Decido entonces volver a preguntar.

—¿Hola? ¿Silvia? ¿Estás bien? Si eres tú contéstame por favor. —No se oye nada como respuesta—. Como quieras, me voy. —Al decirlo me giro para irme, pero al momento se abre la puerta. Es ella. Llorando como una niña pequeña. La nariz roja y los ojos hinchados.

—Anda, dame un abrazo, tonta, lo necesito —me dice echándome los brazos. Se levanta del wáter donde estaba sentada y nos fundimos en un largo abrazo. De esos apretados que transmiten más que mil palabras, de los que dicen estoy aquí para ti.

—¿Qué pasa, nena? ¿Quién osa perturbar a la imperturbable?

—No quiero hablar de ello, solo que me abracés.

—Pues mira, esta vez no pienso dejar que te lo tragues para ti sola. Así que suénate los mocos y desembucha ahora mismo. Ven, vamos a sentarnos en uno de los bancos de ahí fuera. Aquí huele a caca.

Silvia se ríe con el comentario y se limpia los mocos con papel higiénico.

Salimos cogidas de la mano. Está atardeciendo ya. Permanecemos un rato largo en silencio, sin hablar. Sentadas y pensativas. Silvia se va calmando poco a poco y consigue dejar de llorar. Es entonces cuando decido por fin preguntarle por lo que le aflige.

—Qué tarde tan bonita. Hace una temperatura estupenda. El sol cayendo ya y tú y yo juntas sentadas como dos personas que se quieren y se cuentan las cosas que les agobian. Empieza, pequeña. Te escucho.

—Me separo, bueno, más bien hace dos meses que ya lo estoy.

—¿Cómo? ¿Y me lo dices ahora? ¿Qué ha pasado, cariño?

—Pues la verdad es que ya no nos queremos. A veces pienso si alguna vez lo hicimos.

Querernos digo.

—Pues claro que os queráis. De hecho, erais la pareja perfecta. Guapos, simpáticos y unos locos adorables. Pero a veces las cosas se acaban y no hay culpables. Solo finales.

—Pero duele, Oli, duele mucho. Y los niños. Pobres. Tenemos que hablar con ellos. Él se ha ido a casa de su madre alegando que la «abu» está enferma, pero... Y el muy bribón ha decidido hablar con ellos hoy. Le he dicho que no. Que ni se le ocurra, que por encima de mi cadáver.

—No lo hará. Lo sé. Es un farol, lo conoces. Lo hace por rabia.

—Ya, pero yo estoy aquí y él allí. La mala madre soy yo. La que se ha venido de vacaciones para celebrar la despedida de soltera de Martina soy yo.

—¿Y? Hace bastante que lo estábamos organizando, lo merecemos todas. Tú la que más, que curras como una loca y haces más horas que un reloj. Lo sabré yo.

—Pues ese es el problema. El trabajo. He invertido tantas horas currando como una posesa pensando que así le daba más a mis hijos y a mi familia que lo único que hacía era alejarme más y más de mi marido. Sí, no nos falta nada material, pero nos ha faltado amor.

—A veces nos equivocamos, somos humanos. Silvia, cariño —le digo mientras le aprieto la mano—, no sirve de nada fustigarse ahora. ¿Ya habéis tomado la decisión? Tal vez solo necesitáis tiempo para pensar un poco.

—La decisión está tomada, no hay vuelta atrás.

—Pues entonces disfruta de estos días y cuando vuelvas a casa habláis con los niños y arregláis las cosas bien. Tómate tu tiempo para curarte del corazón y punto. Yo estaré a tu lado.

—Como siempre lo haces.

—Oye, si quieres me voy... Ja, ja, ja.

—Pero ¿cómo vamos a prescindir de la psicóloga del grupo?

—Qué tonta eres. Anda tira, que mi madre nos espera y llevo todo el día fuera para evitarla. Tengo tanta hambre que me comería una vaca entera.

—¡Pobre Conchi, con lo que te quiere ella! Pero sí, pesada es un rato largo.

Nos levantamos y caminamos hacia el bungalow abrazadas. La mami del grupo, la protectora, por fin ha dejado caer el escudo y abrirse de verdad. Si ella supiese lo que yo la quiero y la necesito, se daría cuenta de lo bien que ha hecho su papel de madre y amiga. Muchas Silvias harían falta en esta vida.

Y ahora, saco pecho y me voy directa a enfrentar a mi madre.

## Capítulo 9



### *De yoga, chistorra y visitas al parque de atracciones*

Al llegar al bungalow vemos a Ana poniendo la mesa junto a Alana. Martina está haciendo pilates junto a María y Hugo. Sí, Hugo. Esto parece cachondeo. Silvia y yo nos miramos con cara de no entender nada. Desaparezco todo el día y al volver, esto parece una comuna hippie. Aparece mi madre junto con Vera cargando con la cena. Huevos rotos con jamón y chistorra. Joder, menuda cena. Viva el colesterol y la vida sana. Vamos a sudar lo más grande. Han decorado todo muy bonito, con velitas y todo. Música de fondo incluida que sale de dentro del bungalow. Se lo han currado todo sea dicho.

—Hola —saludo de manera general.

—Sentarse que se enfría. Los que no quepáis en la mesa ponerse en las tumbonas con una bandeja.

—Anda que lleváis las dos desaparecidas todo el día casi. ¿Todo bien, amores? —Martina nos abraza amorosa—. He fingido no tener hambre y que me apetece dar un corto paseo antes de dormir, en verdad me voy un momento al bar a por una ensalada de chía. Paso de comer esa bomba de calorías que ha cocinado tu madre —nos dice casi susurrando y guiñándonos un ojo.

—Anda sí, Martina, corre date tu paseo nocturno. Disfrútalo, traidora, te queremos. —Silvia la besa en la mejilla y se sienta en la mesa.

—Silvia, ¿por qué le dices esas cosas a la chiquilla? Pobrecilla, seguro que quiere hablar con su prometido por teléfono sin que la escuchemos. ¿A que sí, bonita?

—Vaya, me has pillado, Conchi. Mira que eres lista...

—Hombre, a una madre no se la engaña tan fácil, mi niña. —Mi madre besa en la mejilla a Martina amorosa.

Silvia casi se atraganta con la Coca-Cola de la risa que le entra. En el fondo mi madre es una ingenua de cuidado. Mientras Martina se marcha alegremente gracias a su plan, el resto nos vamos sentando a comer la deliciosa y ligera cena que ha cocinado mi madre. Menos mal que me he traído el *Almax* para los ardores que si no...

—Bueno, vayamos comiendo que estoy muerta de hambre y huele que alimenta.

—Espera, Vera, no estamos todos. Falta alguien. —Mi madre sonrío picarona, esto me huele a chamusquina.

—Ah, sí, es verdad, se me olvidaba.

—¿Tú sabes algo, Ana? —le pregunto inquisidora.

—Bueno, yo también lo sé —dice Hugo riéndose sin ningún tipo de pudor.

—Yo creo que soy la única que no sé nada, os lo aseguro, aunque conociendo a tu madre... — Silvia me mira mientras coge una patata con la mano y se saca el móvil para disimular la risa.

Entonces aparece por el camino quien yo ya sospechaba. Y no es otro que Manu. Cargando una botella de vino y una de Coca-Cola. Lleva puesto un vaquero oscuro, una camiseta blanca de pico que le resalta el trabajado torso que tiene y unas bambas *Converse* negras. Su pelo como siempre recogido en un moño bajo y con algún mechón suelto. Eso de llevar el cabello a capas me encanta. Su barba de dos días me pone muchísimo.

—Buenas, Conchi, gracias por la invitación. He traído una botella de vino y un refresco, no me gusta venir de vacío. Ummmm... Huele que alimenta.

Mi madre se hincha de orgullo como un pavo, se siente halagada.

—Qué majo es este zagal. Mira que me gusta, eh, Olivia, y a ti hija, ¿te gusta? —me suelta mi madre delante de todos a bocajarro. Me pongo roja y Manu me mira con cara de superioridad. Cabrón, odio cuando me mira con esa cara de se te nota y lo sabes. Silvia otra vez se atraganta con la Coca-Cola de la risa que le entra. María saca el móvil otra vez y empieza a grabar mientras Vera aplaude sin pudor entre risas.

—Que alguien le diga a la niña que deje de grabar o se traga el móvil —digo fingiendo una sonrisa y fulminando a María con la mirada. Acto seguido, Vera la obliga a dejar de grabar.

Como no puede ser de otra manera, mi madre nos hace sentar juntos. Obviamente. La cena transcurre medio normal. Verá coqueteando abiertamente con Hugo, María mirándolos con cara de qué pesados, Ana y Silvia comiendo como si no hubiese un mañana, Alana y yo comiendo en silencio mientras se nos va escapando la risa tonta y por último mi madre haciéndole un tercer grado a Manu. ¿Cuántos años tienes? ¿A qué te dedicas? ¿Cuáles son tus aficiones? ¿Coche o moto? ¿Perro o gato? ¿Cuánto mides? Y un largo etcétera al que él contesta sin pestañear.

—Entonces, ¿te gustaría casarte?

—Mamá, ¡por favor, ya vale!

—Hija, tranquila, qué genio gastas.

—¿Y lo de tener hijos? Me encantan los niños, deseo ser abuela antes de morir a poder ser.

—¡Mamá, por Dios! Para ya, en serio. Manu no tiene por qué responder a esas preguntas, pareces del FBI.

La realidad es que todos están encantados con la situación que es entre cómica y surrealista. Somos los protagonistas indiscutibles de la velada nocturna.

—No pasa nada, Olivia, tu madre quiere conocer a los nuevos amigos de su hija. A lo mejor soy un psicópata y no un periodista deportivo. Tranquila, Conchi, yo te contesto. Soy de los que piensa que el matrimonio es solo un trámite burocrático, pero si encuentras a la persona adecuada, la que de verdad consigue moverte por dentro, la que hace que quieras ser mejor persona, entonces solo entonces me pensaría lo de casarme. Y lo de los hijos, eso sí te digo,

Conchi, estoy loco por tener hijos, tengo treinta y tres años y estoy en el momento más estable de mi vida.

—Me gusta tu respuesta, zagal. ¿Qué piensas de esto, Oli? —suelta mi madre.

Todos me miran fijamente como esperando mi respuesta, que no llega porque yo hago como si nada, mientras me meto un trozo de chistorra en la boca. Pasa palabra.

Cuando acabamos de cenar, mi madre insiste a Manu para que salgamos a dar una vuelta para así bajar la comida. Yo comento lo cansada que estoy, pero parece no colar demasiado. Manu que se da cuenta se pone de mi parte y se despide hasta el día siguiente.

—Pero qué manera es esa de despedirse, chiquillos. Un par de besos y un abrazo por lo menos. Los jóvenes de ahora no hay quien los entienda. O mucho o nada, que *saboríos*.

—Qué gracia tienes, Conchi, como se nota que eres andaluza. Ahora mismo me despido de tu hija como todo un buen amigo, pero sobre todo como un caballero.

Es entonces cuando Manu se me acerca, me rodea con la mano por detrás de la cintura y me planta un beso en la mejilla que dura más de lo normal. Me tenso al notar su contacto en mi piel. Él se separa de mí mientras me mira a los ojos intensamente. Mi madre al ver la escena sonríe para sí misma y se va contenta al interior del bungalow. Sabe más que los ratones de campo.

—Te veo mañana. ¿Quedamos para comer? No acepto un «no» por respuesta. Di que sí.

—No puedo, mañana vamos a Port Aventura.

—No pasa nada, lo entiendo, ¿al día siguiente? Dime que sí, venga, sí.

—Sí. —Me sale sin pensar. No puedo evitar sonreír como una tonta cuando se despide de todos y se va junto a Hugo y Vera por el camino de tierra dirección a la salida del camping. Se van entre empujones y confidencias que acompañan de risotadas sonoras. Manu se gira y me dice adiós con la mano por última vez antes de girar y perderlo de vista. Hugo y Vera, en cambio, deciden despedirse dándose un morreo de película. Madre mía, no sé cómo no se quedan sin aire. Nos quedamos boquiabiertas. Joder.

Cuando Vera se acerca con cara de tonta nos ponemos a vociferar, reír y soltarle burradas entre todas.

—Callaos de una puñetera vez o me mosqueo, chicas, aviso a navegantes.

—Tranquilita Vera, no quiero ser yo la que apague el fuego que llevas dentro. —Alana se cachondea pícara.

—Pedazo de beso que te ha plantado Hugo, me he puesto cachonda hasta yo.

—Qué burra eres, Silvia, en serio. —Ana la mira con cara de reproche.

—La verdad es que Hugo está pilladísimo por ti. Se nota a leguas —le digo mientras nos sentamos en el porche, encima de las hamacas y en el césped.

—¡Le has echado un polvazo que flipas, verdad, Vera!

—Joder, Silvia, ¿no piensas con claridad o qué? —le digo.

—Anda, tú mejor calladita, bonita, que babeas por Manu, que alucinas. —Vera me mira con cara de te pillé.

—Qué va, solo somos amigos.

—Y una mierda amigos. Ese te quiere meter la lengua hasta la campanilla. Por no decir meter otra cosa...

—En serio, Silvia, afloja, estás más caliente que el palo de un churrero. —Ana la mira riéndose.

—Ala, Olivia, ahora te toca a ti. Estas están celosísimas —dice Alana.

En esas aparece Martina por el sendero junto a Laura y un chico. Parecen relajados a la par que divertidos. Mi intuición me dice que son pareja. Él es rubio, de pelo corto, mirada dulce y

ojos claros. Tendrá también sobre los veinte.

—Hola, chicas, ¿qué tal la cena? Me he perdido algo.

—Te lo has perdido todo. Un tercer grado, una cita, un morreo de película y una mujer desesperada.

—¿*What?* —Martina abre los ojos como platos—. No jorobes Alana, cuenta, cuenta...

—Pues te vas a quedar con las ganas, Martina, así otro día no te escabullirás de las comidas de mi madre. ¿Y tú eres? —digo mirando al chico que está junto a Laura.

—Soy Izan, su novio. Encantado. —Sonrisa franca, me gusta.

—Hemos dicho de ir el viernes a la playa todas juntas a hacer yoga al amanecer... ¿Qué os parece? ¿A que mola, equipo? —Martina está eufórica.

—¿Equipo? ¿Qué equipo? —digo yo sarcástica.

—Será coña, ¿no? Yo paso, pienso sobar todo lo que pueda. Que mañana nos vamos a Port Aventura.

—Y un pepino, Vera, es mi despedida y yo digo que vamos todas y vamos todas. Luego desayunaremos algo rico y nutritivo.

—¿Tú vienes, Laura? Porque parece que no tienes escapatoria.

—Pues sí, Olivia, es difícil decirle que no a Martina. Iremos ambos. —Sonríe enamorada.

—¿En serio, Izan? O quieres mucho a Laura o eres un amante del deporte y la vida sana. —Silvia le mira sarcástica—. Me voy a dormir, que mañana me fuerzan a levantarme al alba para abrirme de piernas y no precisamente para lo que me gustaría a mí.

—Me rindo, está salida como una gata en celo. —Ana se levanta y también se va a acostar.

Entre risas nos despedimos hasta el día siguiente. Todas nos vamos a las habitaciones. Yo tumbada en la cama termino de pulir mi novela. Por fin doy por terminada mi historia. Se trata de algo sencillo, íntimo y muy muy personal. Hay mucho de mí en ella. Sonríe y lo guardo emocionada por haber acabado. Ahora a ver si soy capaz de reunir el valor de llevarlo a una editorial. Conseguir publicarlo supone todo un reto personal.

Son las ocho de la mañana. Estamos tomando café del termo de mi madre en la puerta de Port Aventura. Silvia va a acabar con nosotras, menuda semanita. Ni dormir se puede, oye. Somos las primeras de la fila. Hace calor para variar esta semana. El cielo totalmente despejado y sin nubes augura que será un día caluroso. Nos vamos a morir, lo veo venir. No vuelvo a dejarle organizar nada más nunca.

Para la ocasión, nos ha obligado a volver a ponernos el bañador rojo de las socorristas. Por suerte para nosotras llevamos vaqueros cortos y bambas. Yo como buena previsora, llevo gorra y gafas de sol. Alana y Silvia también. El resto no. Espero no estar junto a Vera y Ana cuando suden la gota gorda. Mi madre, en cambio, va ataviada como si fuera la Pantoja. Pamela enorme, gafas de sol, bolso gigante con todo tipo de cosas y vestido largo con zapatillas de deporte. Martina y María son como elfas. Rubias, bonitas y con pantaloncitos de braga ancha como yo les llamo. Es decir, de medio culo fuera.

—¿Alguien ha traído algo de desayunar? —pregunta Ana.

—¡Pilla unos donuts! —María le lanza un paquete que Ana coge como puede.

—¡Uy! Qué de calorías tiene eso. Yo con café voy de sobras.

—Tú sí, Martina, pero yo tengo un hambre que da calambre, así que pásame uno a mí —le digo pidiéndole uno con la mano a María.

Pasamos por las taquillas y pagamos nuestra entrada. Un robo para mí que voy pelada de pasta. Mi madre saca de su bolso promociones y cupones para pagar su entrada y la de María. Joer, ya podía habérmelo dado a mí que soy su hija.

Empezamos a recorrer atracciones y a decidir a cuál vamos. María quiere ir al Dragon Khan, al Ferrari land, Shambhala y Huracan Condor. Y, por último, Uncharted, la gran novedad. Vamos, todas de dar vueltas como peonzas. Ana se niega en redondo y mi madre la segunda. Silvia, en su nueva juventud y ansiosa por olvidar penas, le dice que sí a todo. Yo propongo ir a los rápidos, el Tutuki splash, etc..., las de agua clarísimamente. Se llama supervivencia pura y dura. Al final se decide hacer un *mix*. La primera atracción es una montaña rusa... salimos todas descompuestas menos Martina, María y Silvia que parece poseída de adrenalina. Vera hace cara de tener las chistorras de mi madre a punto de salirle por las orejas. Está pálida. Yo tengo los nervios de punta, pero resisto. Ana directamente se sienta como puede junto a mi madre, que nos estaba esperando sentada a la sombra.

—¡¡¡Qué pasada!!! Me encanta. ¿Repetimos? —dice Silvia eufórica.

—¡¡¡Sííííí!!! Shambhalaaaaa... —grita María.

—Una mierda pinchada en un palo...

—Alaaa... —Martina se ríe.

—¡Qué bruta, Vera! —le suelto.

—¿Te pasa algo, Vera? Tienes mala cara, chiquilla.

—Tranquila, Conchi, esos son los dos cafés que se ha bebido y los dos donuts. Los tiene a punto de salir. —Ana lo comenta con una certeza absoluta.

—*Porfi*, vamos a la montaña rusa y luego a los rápidos si quieres... —María mira suplicante a su madre.

—Yo me puedo llevar a la niña y nos vemos luego a la hora de comer, ¿eh, *sister*? —le dice cómplice Silvia.

—Ni de coña, que estás desatada, Silvia, y di ti me fío menos aún. —Vera la mira con cara de pocos amigos.

—Va, una más y luego a las de agua... —habla Martina, que parece otra niña chica.

—Valeeee... pero luego de tranquis... —Vera se resigna.

Llegamos a la montaña rusa y, salvo mi madre y Ana que se refugian a la sombra, el resto nos subimos. Yo aguanto el tirón como puedo. De jovencita reconozco que me encantaban, era un sin parar en parques de atracciones y ferias ambulantes. Pero ya no. Miro a Vera que está junto a mí y veo que se está poniendo de todos los colores. El resto gritan como posesas. Venga vueltas, vengas bajadas...

Al parar la atracción bajamos entre risas y codazos cómplices. Entonces me doy cuenta de que Vera no se mueve. Me acerco para preguntarle cómo se encuentra cuando de golpe «cataplam» vomita hasta la última papilla. Pero para mi estupor vomita sobre mi bañador, manchándome por completo. Me quedo como congelada ante la situación. El resto oscila entre la risa y el llanto.

—¡¡¡Joder!!! Vera, te mato, hostia... —le suelto mientras me miro.

—Lo siento... no he podido evitarlo, Oli... —Me mira avergonzada.

—¡Madre mía, Olivia! Estás toda... toda... —Martina hace aspavientos con las manos nerviosa.

—No pasa nada... cosas que pasan... —digo para no martirizarla más.

—¡Ay, mi niña, pobrecita! Anda ven que te ayudo a limpiarte y a beber agua en la sombrita.

Mi madre la coge por el brazo y se la lleva a un banco que encuentra y la tumba amorosa. María y Silvia ponen cara de asco mientras me miran y evitan acercarse.

—Anda ven, cariño, que te ayudo a limpiarte en el baño.

—Gracias, Ana, que mi madre me ha dejado de lado... —digo haciendo una mueca ofuscada.

—¡No seas niña chica! ¡Que tienes pelos en chumino hace tiempo! Ay, ay... —habla mi madre

irónica.

—¡Guarda para cuando no haya!, ja, ja, ja... —Silvia se parte de la risa.

—Mira que sois graciosillas... Vente conmigo, anda. Martina, ve y cómprale algo de ropa en una tienda de souvenirs. Os esperamos en el baño de al lado del Dragon Khan.

—¿Tiene que ser Martina? No me fío...

—Cómo eres, Oli... ¿No confías en mí?

—No mucho la verdad, pero bueno, es lo que hay.

Después de limpiarme a conciencia, espero sentada en la taza del wáter a que llegue Martina para vestirme. El bañador rojo de socorrista reposa dentro del cubo de basura. Llevo solo unos vaqueros cortos. A ver qué me trae...

—Oli, ya está. Martina me acaba de dar la bolsa con lo que te ha comprado. Te la paso —me dice Ana. Abre la puerta del baño y me la da. Rezo, pero con poca fe. Mis sospechas se hacen realidad al ver el minúsculo top que me ha comprado, la muy bribona. Blanco, ceñido, muy corto y con un dibujo del Coco de *Barrio Sésamo*. Un tanga y ya... me lo pongo... y salgo. Ana me mira aguantándose la risa.

—Te queda bien...

—Bien ceñido querrás decir. Sin sujetador, marcando los pezones como si fuesen timbres de la barra de recepción de un hotel. Eso y corto, muy corto. Parece que trabaje en la peli del *Bar Coyote*...

—La peli es mala, pero, tiene su aquel... Menos mal que tenemos el Oeste en Port Aventura... ¡te pillas unas botas y arreando!

—¿Tú estás muy graciosa hoy no, Ana? —le espeto furibunda.

Nos acercamos al resto que están esperándonos sentadas en el suelo a la sombra. Al ir aproximándonos observo que me miran con una sonrisilla. Mi madre se coloca las gafas para mirarme bien. María me dice «ok» con la mano, Martina me mira con orgullo. Silvia se pone a silbar como una tonta y Vera... Vera viene acompañada de Manu... Sí, de Manu. ¿Este tío no trabaja? Joder, ostras. Y yo vestida como una veinteañera.

—Pero ¿qué llevas puesto, Oli? Vas muy sexy, cari. No digo que no te quede bien, pero no es tu rollo. —Alana me lo dice entre susurros, ya que sabe que Manu está ahí.

Mientras me lo está diciendo, observo cómo Manu me repasa con la mirada. Veo cómo me mira el muy bribón. Me pongo nerviosa al sentirme expuesta y se muerde el labio mientras sonríe.

—Hola, Manu nos ha visto y ha venido a saludarnos. Está haciendo un reportaje para su revista —comenta Vera alegre.

—Pues ya es casualidad... —susurro.

—¿Decías algo? No te he escuchado bien. ¿Que soy guapo? Gracias. Me lo suelen decir. Y con respecto a lo otro, trabajo es trabajo, ya sabes. Hay unos deportistas de élite hoy en el parque haciendo una colaboración y me han pedido que viniera a hacer el reportaje.

—Me alegre, trabajar de lo que te gusta ha de ser maravilloso —dice Alana.

—Pues sí, la verdad, es una gozada. Por cierto, Olivia, estás diferente, como más fresquita, más ligera... ¿Cambio de *look*? —suelta Manu con fingida inocencia.

—No eres más gracioso porque no entrenas, eh, ¿listo? Y, por cierto, tengo los ojos en la cara, no en la camiseta chaval.

—Lo sé, pero lo que veo me gusta, todo lo que veo, nena...

—Córtate un poco, mi madre está aquí.

—¡Por mí tranquilos! La juventud es impetuosa... Ja, ja, ja... Estos jóvenes.

La madre que la parió. Tiene tantas ganas de buscarme novio que le suda todo ya. Es la monda esta mujer, cada día me sorprende más. Le falta envolverme en un lazo y regalarme al primero que pase.

—Bueno, chicas, yo tengo que seguir con lo mío. Pasarlo bien vosotras. Nos vemos. —Manu hace ademán de irse cuando, sin poder evitarlo, le suelto en un acto reflejo:

—¿Te vas a ir así? ¿Sin más?

—¿Por? ¿Quieres un beso?

—¡Uy lo que ha dicho! —Ana abre los ojos de par en par.

—¡Que te den, chulito!

Entonces, Manu se acerca a mí, me rodea por la cintura y me planta un beso en la mejilla. Mis pezones se endurecen con su contacto y al no llevar sujetador él lo nota. Empiezo a oler su perfume mezclado con su olor a hombre. Me pone a mil. Su cálida mano me abrasa en el borde entre el final de la espalda y el principio de mis nalgas. Se separa de mí y me suelta seductor:

—Hasta mañana, Olivia, recuerda nuestra cita. Estoy impaciente. Y sé que tú también.

Me deja sin palabras y descolocada mientras le veo alejarse mientras se pone las gafas de sol. Se gira, me sonrío de medio lado y me dice adiós con la mano en la frente a lo militar. Todas están mirándome entre risas. Me giro y suelto amenazante:

—¡Como alguna diga algo me la cargo! Venga, nos vamos a Ferrari Land, necesito algo fuerte. —Camino decidida mientras me siguen María y Martina.

—¡Joder, me he vuelto a poner cachonda con estos dos! Cuando follen va a ser puro fuego.

—¡Qué burra eres, Silvia! Otra vez con lo mismo. Anda, camina que las perdemos. —Ana la coge del brazo y nos siguen.

—Pues yo me niego, Conchi, estoy hasta el pitorro de pasar calor. Me voy a un bar, ¿te vienes?

—Pues claro, Vera, vamos.

—Yo voy con vosotras, me ha bajado la regla y me duele la barriga —dice Alana.

El resto del día transcurre con normalidad. Comemos en la Cantina Mexicana mientras vemos como cantan y bailan. Vera se pone tibia de chile, fajitas y todo lo que encuentra. Vemos las actuaciones de China y de Polinesia, donde babeamos por los polinesios. Están de toma pan y moja. Nos hacemos fotos tontas y compramos regalos absurdos. Vemos los fuegos artificiales de medianoche y nos recogemos cansadas y felices. El día ha sido agotador.

A la mañana siguiente estamos todas bostezando, en ayunas, en mallas, medio dormidas y espatarradas, haciendo la postura del perro bocabajo. Llevamos casi una hora en la playa. La gente mayor, sí, mayor, pasea a sus perros mientras el servicio de limpieza de playas pasa cerca de nosotros. Son las ocho de la mañana. Estoy disfrutando todo sea dicho, pero yo soy más de dar patadas y puñetazos al saco de boxeo que de hacer la postura de la diosa o del guerrero.

Hace un día maravilloso. El cielo está azul, despejado. Una temperatura espléndida. El sonido del mar acompasa el de nuestros corazones y relaja nuestra mente. Las gaviotas vuelan sobre nuestras cabezas.

Martina nos hace sentarnos al estilo indio en la arena (o como dice ella, la postura de flor de loto) y comenzar con la meditación final. Se trata de dejar la mente en blanco, algo que resulta imposible porque de repente se oye a Silvia decir...

—¿Cuánto falta para acabar? Me ruge la barriga. Tengo hambre.

—Sssshhhh... —Martina la manda callar.

—Creo que me está dando un calambre en la pierna, joder...

—Calla, Silvia, por fa. —Ana la manda callar.

—Sssshhhh, ya está bien, chicas. —Martina vuelve a pedir que nos callemos.

Parece que por fin la cosa se calma. Me concentro en el ruido del mar, el sonido de las gaviotas, en... ¿qué es ese olor? Un momento, huele a...

—¡Qué peste, por favor! ¿Quién ha sido? ¡Os mato! —grito levantándome de un salto, tropezando y cayendo de bruces contra el suelo y tragando arena. ¡Qué porrazo me acabo de pegar! Alana me levanta como puede entre carcajadas.

—¡Ha sido Veraaaaaaa! Marrana, qué mal huele. —Ana se tapa la nariz y hace arcadas.

—Lo siento, es la chistorra y las puñeteras posturitas estas de las narices apretando el vientre joder. Pues se me han resbalado unos cuantos pedos. Punto.

Silvia llora de la risa junto a Elena. Yo le lanzo arena a Vera como venganza mientras Martina se levanta y se va enfurruñada maldiciendo en todos los idiomas posibles.

—¡Es que así no se puede de verdad! Qué falta de respeto, chicas. Paso, me voy a desayunar una tostada con aguacate, queso fresco y chía. La que se quiera venir conmigo a comer bien que me acompañe. Al resto que os den a todas.

—Yo soy más de un café con porras, paso de gilipollecés. —Silvia se levanta también.

—Ya voy yo con ella, vaya disgusto se ha pillado, pobre. ¿No veis que Martina se toma en serio lo de entrenarnos? Además, es su despedida... Y, Vera, ¿cómo se te ocurre volver a comer chistorras?

Sor Ana se va detrás de ella y la alcanza justo cuando Martina se dispone a cruzar la calle. Se pierden entre la gente que ya va llenando las calles.

El resto nos vamos a la cafetería que hay justo enfrente. Laura e Izan se despiden de nosotros porque ella tiene turno en el miniclub por la mañana. Son tan monos. Una pareja adorable. Mi madre nos está esperando allí sentada con una gran taza de café caliente, un bocadillo enorme de panceta y dos cruasanes pequeños de chocolate. Mi madre no tiene fondo. Come como un mulo y encima está perfecta, vamos igualito que yo que hago deporte y mil malabares para mantener el tipo. No es justo haber salido al botijo de mi padre.

—¿Qué le pasa a la chiquitina de Martina? Ha pasado como una flecha por mi lado y ni me ha mirado.

—Tranquila, Conchi, Vera que se ha tirado un cuesco enorme y los delicados orificios nasales de tu hija no han podido soportarlo.

—Pero qué hablas, Silvia, si no has parado de dar por saco desde el minuto uno en la playa —le digo con cara de sorpresa.

—A ver, que también sabemos que Martina es como una niña pequeña, si no es la protagonista o se le hace caso en todo se encabrita y hace la del humo —suelta Vera. En ese momento se nos acerca el camarero y nos pregunta qué queremos—. Yo quiero lo mismo que la señora —dice señalando la comida de mi madre.

—Joder, Vera, entre la chistorra de anoche y la panceta de ahora... Se te va a poner un culo tan grande como el de las Kardashian. Anda, llama a Hugo y dile que te folle duro hoy.

Mi madre pone cara de espanto y Alana escupe el agua que se está bebiendo. Casi se ahoga del estupor.

—Vete a la mierda, Silvia —le suelta Vera enseñándole el dedo anular y poniendo cara de perro furioso.

—Chicas, chicas, no os peleéis. Nos quedan dos días y quiero que los disfrutemos juntas. Cero rollos, plis.

—Tranquila, Alana, la sangre no va a llegar al río. Ya las conoces, una dice y la otra contesta. Ya aburren.

—Habló la pacificadora. Calla o me como tu sándwich cuando te lo traigan... —dice Silvia guiñándome el ojo y dándome un codazo.

—Tú cómete la porra y calla un rato, anda. Que es bien gorda.

—Qué divertidas sois, zagalas. Quiero que sepáis que os he grabado con el móvil mientras jugabais a hacer posturitas en la arena. Qué monas estabais. Lo mejor ha sido la caída de mi niña, cómo se ha comido la esterilla. Me he reído tanto, tanto. Tenía arena por todas partes. María estará feliz del vídeo, me ha pedido que se lo pase luego para poder colgarlo en redes. Dice que es algo así como un canal de *yunoseque*...

Nos quedamos todas estupefactas. Casi no me baja ni el bikini por la garganta. Mi madre ayudante de *youtuber*. Esta señora que tengo delante de metro cincuenta, rubia y con gafas de aspecto adorable es ni más ni menos que una espía que trabaja para una adolescente con ínfulas de *influencer*, *youtuber* o periodista, vete tú a saber.

—No jorobes, Conchi, no le pases nada a mi hija, lo que faltaba salir haciendo el gilipollas por las redes. Además, no ha querido venir, dice que tenía sueño y no sé qué rollos más.

—Mami bonita, déjame que te borre el vídeo, anda, a ver si lo vas a enviar de verdad por error.

—Tarde, enviado —me dice sonriendo de oreja a oreja.

¿Queda feo matar a una madre? ¿Queda feo pedirle a tu madre que se vaya de una vez a su casa? Pues supongo que sí. Deshecho ese pensamiento rápidamente. Lo peor de todo es que mi padre ni la ha llamado. Alucino. Al final va a ser verdad lo que me dijo Ana antes, que mi madre se siente sola y que no sabe hacerlo mejor. Pero jolines, tengo un hermano y una cuñada, ¿no puede dar por saco un rato en su casa? No, mejor intentar ayudar a su hija, la desamparada, la abandonada por su ex, a la que le plancha las bragas y se las ordena por colores en el armario.

—Bueno, pues a tomar por culo, el mal está hecho. ¿Nos vamos de tiendas al acabar de comer?

—Silvia, lo tuyo es de traca, tía, alucino, te resbala todo.

—Ojalá, Alana, ojalá... Pero tampoco es algo que me quite el sueño.

—Hijita, ¿ya has acabado el libro? Lo digo porque esta tarde me voy y me gustaría llevármelo para leerlo en el tren de vuelta.

—Sí y no.

—Pero, Olivia...

—Que no he dicho, punto.

—Como quieras, hija, qué genio.

—¿Y ya sabes dónde vas a ir a publicarlo? Manu me dijo que puede ayudarte.

—Que no, mamá. Ya veré cómo lo hago.

—Nenita, pero él me dijo qu..

—NO —digo ya en plan seco y negando con las manos—. Quiero conseguirlo sola.

—Cómo quieras, nenita.

Terminamos todas de desayunar entre confidencias y planes para la boda de Martina. La semana va llegando a su fin. Cada una volverá a su rutina. Dos días y adiós vacaciones. No volveremos a reunirnos todas hasta la boda de Martina. Empiezo a tener un nudo en el estómago. En un rato he quedado con Manu. No sé si hice bien en aceptar la cita a comer, pero... no pude evitarlo. El tío es un tipazo, no puedo negarlo. Guapo, inteligente y me saca de mis casillas. ¿En qué se convertirá eso? ¿Un rollito de verano? ¿Algo más? ¿Estoy preparada para ello? Pronto lo sabré.

Me levanto y les digo que me voy para poder cambiarme. Pero antes de poder dar unos pasos,

Silvia me llama a voces y me giro inocente.

—¿Dime, cari? —digo yo mirándola.

—¿Vas depilada?

—¿Perdona, Silvia?

—¿Que si te has depilado el toto? ¿La flor? El chochete.

Mi cara es de estupor total. La pareja de ancianos que estaba tomando café tranquilamente se nos queda mirando perpleja. A la mujer se le cae la taza de la mano. Alana se parte de la risa ante la escena que ha provocado Silvia. Todos me miran en la cafetería.

—Mi nenita, Silvia tiene razón. Hoy en día las mujeres lo llevan calvo.

Mi madre con su comentario provoca que el anciano del café se atragante al oírla. Yo, en cambio, me quedo blanca como la cal.

—¡Mamá por favor! Y tú, Silvia, ¿córtate no? No pienso contestar a eso.

—Eso es que no va depilada, te lo digo ya.

—¡Que te den a ti también, Vera! ¡A todas! —Comienzo a caminar rápido, pero escucho de lejos...

—¡¡¡Y ropa interior limpia y bonita!!! ¡¡¡O sin bragas, a lo loco!!! ¡¡¡Y tíratelo!!! No estás para perder oportunidades...

Veo que todos los de la terraza del bar me miran y mis amigas se parten de la risa entre lágrimas. Mato a Silvia con la mirada y le dedico el dedo anular en un bonito corte de mangas. Aprieto el paso sin mirar atrás. Más roja no puedo estar. ¿He pedido yo algún consejo?

## Capítulo 10



### *Un poquito de sal y pimienta, por favor*

Quedo con Manu a la una y media de la tarde en la puerta el restaurante La Taberna del Áncora. Él quería pasar a recogerme, pero he preferido evitar más risas y miradas de mis amigas. El local es pequeño y acogedor. Por lo que leo en la puerta parece ser un anexo del camping La Siesta o de un complejo vacacional. La fachada es blanca y la puerta en azul celeste, todo muy marítimo, con un ancla como motivo decorativo en la fachada.

—Hola, ratona. ¿Llevas mucho tiempo esperando? —Manu está guapísimo la verdad. Vaquero claro, camiseta negra y unas pulseras de cuero gastado en la muñeca derecha. Un colgante como de una cruz o algo parecido le cuelgan del cuello. El pelo se lo ha dejado suelto y junto a su barba perfectamente recortada está simplemente arrebataador. Se quita las gafas de sol al verme.

—Tranquilo, acabo de llegar. ¿Y quién te ha dado permiso para ponerme un apodo?

Nos damos dos besos y como siempre, al notar su contacto y su perfume se me escapa un jadeo ligero. Noto como se sonríe el muy bribón.

—Estás muy guapa con ese vestido largo y el pelo recogido en un moño bajo. Te favorece cuando despejas tu cara y dejas ver tus hombros desnudos. Tienes una clavícula muy sexy. El color azul, definitivamente, es tu color. Y lo del apodo es porque eres una ratona de biblioteca.

—No vuelvas a llamarme así o me voy —le digo, pero ni yo misma me lo creo.

—Lo que tú digas, ratona. —Le miro con mala cara, es un chulito.

Me abre la puerta y pasamos al interior. El lugar efectivamente es acogedor. Una chica de nombre Sara, según su chapa, nos acompaña a la mesa después de verificar la reserva en el libro de la barra. La mesa es redonda y coqueta. Estamos en la terraza interior del restaurante. Música suave que suena en el hilo musical. Hay todo tipo de personas en el local. Parejas que comentan

divertidos anécdotas y confidencias. Una familia con dos niños pequeños y un perro. Dos señoras de unos sesenta años bebiendo vino blanco en una mesa apartada mientras ríen estruendosamente.

Cuando nos sentamos y cogemos la carta para elegir la comida, se nos acerca un chico de unos treinta años. Se me presenta como David. Evidentemente, Manu y él parecen conocerse. Se abrazan y se alegran de volver a verse. La verdad es que no me extraña. Este hombre parece conocer a medio Salou.

Nos recomienda la ensalada de pulpo y de segundo el arroz meloso con sepia, almejas y gambas blancas. También pedimos un tataki de atún. Realmente la comida está espectacular.

Observo cómo disfruta con la comida. Igual que yo, es de esas personas que sabe que uno de los grandes placeres de la vida está en la comida. Charlamos de todo y nada. En varias ocasiones pongo los ojos en blanco. Es un creído. Se sabe atractivo y cultivado. Se gusta a sí mismo. Me explica que Hugo realmente se siente como un colegial desde que ha conocido a Vera. Yo le explico que su amigo ha conseguido devolverle la ilusión a mi amiga en muy poco tiempo. Eso me hace muy feliz.

—Por favor, para.

—¿Perdona?

—Olivia, cada vez que te muerdes el labio me pones a cien. Y te recuerdo que te dije que no voy a besarte hasta que me lo pidas. Así que para.

Lo miro pasmada, ya que yo no soy consciente de hacer lo del labio. Si sé que lo hago, pero no de forma premeditada ni a sabiendas que le perturba. Su mirada es oscura y sensual. Ay, qué calor...

—Y otra cosa, me encanta verte comer. Las mujeres que disfrutan comiendo y no lo esconden son un auténtico placer para la vista. Mi hermana vive permanentemente a dieta. Por eso, supongo, que decidió ser vegetariana.

—Seguramente lo de ser vegetariana es su forma de ver la vida más concienciada con lo que le rodea. Y la verdad se ve que se cuida. Es guapa y tiene un tipazo. Pero... ¿Cuántos años os lleváis?

—Somos hermanos de madre, pero no del mismo padre. Cuando yo tenía ocho años murió mi padre y cuando tenía diez mi madre se casó de nuevo y nació mi hermana en muy poco tiempo. Cuando llegó a mi vida la volvió del revés. Volvió a llenarlo todo de amor. La adoro. Por eso te doy de nuevo las gracias por lo que hiciste el otro día, no todo el mundo hubiese actuado igual. Elena es la niña de mis ojos.

—Me parece precioso oírte hablar así de tu hermana. Dice mucho de ti. Y siento mucho lo de tu padre.

—Yo no. No era ni buen padre, ni buen marido. Mi madre es una superviviente.

Se produce un tenso silencio, eso no me lo esperaba.

—Ostras, Manu, no quería remover el pasado, perdona. Ahora entiendo lo importante que es para ti la familia. Me alegra saber que tu madre tiene ahora una vida feliz. En serio.

—Es una guerrera —dice con los ojos brillantes y contenidos. Leo orgullo en sus ojos.

—Estoy completamente segura de ello. Y tiene dos hijos maravillosos.

—Mi madre tuvo que soportar malos tratos durante años, hasta que mi padre enfermó de cáncer y por fin la liberó a ella y a mí de su asquerosa presencia. Mi amigo Hugo y la psicóloga que nos ayudó hicieron que curásemos las heridas. Elena fue el broche de oro a nuestro nuevo comienzo. Mi padrastro, Gerard, es un buen hombre.

Le cojo de la mano de manera afectuosa. No puedo ni imaginar la infancia tan dura que tuvo

que vivir. Nadie debería pasar por algo así. Nadie.

Seguimos comiendo y cambiamos de conversación. Algo más alegre, más relajado. Compartimos la tarta de queso que está deliciosa y es casera. Bueno, más bien me la como prácticamente yo, no me gusta mucho eso de compartir la comida. La verdad es que este pequeño restaurante en Salou ha sido todo un descubrimiento. Me lo guardo en favoritos.

Pagamos. A medias lógicamente. Soy una mujer moderna y paso de rollos arcaicos en el que el hombre paga en una primera cita. Cuando le digo que he de ir un momento al baño, él me comenta que me espera en la puerta, pero al andar unos escasos metros noto que alguien me sigue. Me giro y es Manu que en un movimiento rápido me bloquea el paso y yo misma acabo pegando mi espalda a la pared. Él me mira de nuevo de manera intensa y seductora. Mi pulso se acelera, mi respiración es entrecortada. Se me acerca lentamente, consciente del efecto que provoca en mí. Me rodea con los brazos por encima de mi cabeza, posando así sus brazos en la pared. Me tenso. Se acerca tanto a mí que su boca queda a escasos centímetros de la mía. Jadeo. Entonces, cuando creo que va a besarme ahí, en ese pasillo frente al baño, me susurra cerca del oído...

—Solo te besaré cuando me lo pidas —dice él muy chulito sonriendo—. Te espero en la puerta.

Me quedo apoyada en la pared unos segundos para volver en mí. Lo que este hombre me provoca, asusta. La química es brutal.

Mientras miramos tiendas de todo tipo por el paseo marítimo Jaume I, me siento como una adolescente. Nos reímos a carcajadas mirando todo tipo de prendas, accesorios estrafalarios, sombreros cursis y gafas de sol horteras y de colores imposibles. Hay mucho bullicio en las calles de Salou. Se nota que ya es fin de semana y la gente tiene ganas de disfrutar y pasárselo bien después de una larga semana de trabajo. La temperatura de la semana también ayuda y hace más apetecible las salidas al aire libre. Allá donde mire hay parejas de todo tipo, niños corriendo, adolescentes y familias paseando, pura vida.

Decidimos comprar un helado en La Ibense y sentarnos entre las rocas, cerca del cartel con las letras de la ciudad que invita a ser fotografiado como fondo para el reclamo turístico.

Yo me como un helado enorme de dos bolas de piña y fresa. Manu se lo come de mora y plátano. Accedo a probar del suyo, pero no le dejo hacer lo mismo con el mío. No comparto, ya lo sabe.

Realmente la cita, o lo que sea esto, se está convirtiendo en algo maravilloso. Creo que llevaba mucho tiempo dormido algo dentro de mí. Mi ex se llevó demasiado de mí en su marcha.

—Entonces tu novio te la pegó con otra y encima te estafó.

—Más bien me la pegó con otra y encima yo que era gilipollas le regalé mi dinero ganado con el sudor de mi frente para que montase una mierda de negocio que se hundió en menos tiempo que el *Titanic*.

—Lo siento, pero ese chaval es imbécil. Y tú estabas enamorada y totalmente ciega.

—Eso no me exculpa de ser una ingenua y de permitirle que me hiciese daño.

—Oli, ¿puedo llamarte así?

—Así solo me llaman mis amigas y mi círculo más íntimo, tendrás que ganártelo —contesto sonriendo y con un gesto chulesco a la par que divertido.

Se ríe abiertamente.

—Por culpa de tu ex te has creado una coraza casi impenetrable. Y sé de lo que te hablo. Pero todos no somos iguales. Cada persona es diferente y como tal actuamos de manera diferente. No

puedes estar siempre a la defensiva por si te hacen daño. En la vida hay que correr riesgos. No digo que yo sea el adecuado para ti, pero tampoco lo sabrás si no te das la oportunidad de comprobarlo.

—Tú te lo tienes muy creído, ¿lo sabes verdad?

—Te gusto y me gustas. Quien no arriesga, no gana.

—Se nota que trabajas para una revista de deportes.

—Y tú que juegas al despiste.

Nos llamamos durante unos minutos.

—No sé si estoy preparada para tener algo con alguien. Algo que implique un nosotros. Algo más allá de un rollito de verano. He sufrido mucho por amor y he necesitado mucho tiempo para volver a sentirme yo misma. Toqué fondo, pero conseguí volver a la superficie. Y lo que tú me haces sentir con solo el roce de tu mano me asusta, nunca había sentido una conexión tan fuerte con nadie —explico con la mirada baja. Manu me levanta la barbilla y me mira directamente a los ojos.

—Solo soy un hombre que se siente muy atraído por una mujer que apenas conoce, pero que hace que cuando la tiene delante se sienta un completo idiota. Solo te pido que nos demos una oportunidad de ver qué pasa. Solo eso. Olivia, lo que siento por ti es...

Entonces sucede. Me mira, le miro. Y se me cae el helado por todo el escote, quedándose toda untada en piña y fresa. Nos da tal ataque de risa que la gente que pasa cerca de nosotros no puede evitar mirarnos. Soy de naturaleza torpe, no hay dudas. Manu, indeciso, no sabe si limpiarme o no. Yo busco un pañuelo en mi bolso y cuando me agacho le meto sin querer un cabezazo que casi lo tumba. Echo para atrás, resbalo sobre las rocas y estoy a punto de caer al mar, pero Manu me coge con fuerza del brazo y tira de mí hacia él. Chocamos de frente quedando a un milímetro el uno del otro. Le miro y sin poder evitarlo más le beso. Sí, le beso yo. Nos fundimos en un beso largo y apasionado. Húmedo. Insinuante. Me estrecho contra su cuerpo notando su musculoso cuerpo y otra cosa que prefiero no decir. No he podido remediarlo. Deseaba besarle, creo que desde que le vi en la playa. Él me tiene sujeta por la nuca y creo que voy a desmayarme por la falta de oxígeno. Me devora con sus labios, me hace temblar de la cabeza a los pies. Nunca me habían besado así. Nunca.

—Joder, Olivia... Me has metido la lengua hasta la campanilla... Eres fuego. Necesito quemarme... Necesito volver a tus labios. —Me besa entonces largo, caliente, muy caliente.

Estoy tan sumergida en la pasión del momento que cuando noto como Manu me suelta y deja de besarme, me quedo como un pececillo boqueando a la espera de más.

—Olivia... ¿No oyes que te suena el móvil?

—¿Qué? —digo aturdida y con las mejillas encendidas por la pasión.

—El móvil. Te están llamando.

—Ostras sí, perdona. Creo que voy a cogerlo. —Lo miro y veo que es Silvia—. ¿Hola, Silvia? Dime, qué pasa.

—Es María. Ha desaparecido. Vera no sabe nada de ella desde esta mañana. Y ya son las seis —me dice con voz ahogada.

—¿Dónde estáis? Voy para allá. Ok. En media hora llego. —Cuelgo y me meto el móvil en el bolso.

—¿Qué pasa?

—María ha desaparecido. Vera está de los nervios. Tengo que ir al camping.

—Espera, te llevo. Tengo la moto ahí aparcada. Dos calles más abajo. Vivo por la zona.

—Ni de coña me subo en ese cacharro del infierno.

—Olivia, con la moto llegamos en cinco minutos. Tú decides, no voy a obligarte, pero...

Joder, todo sea por Vera. Le digo que sí, pero le pido que no corra. Tengo pánico. En un momento llegamos a la moto. Me da un casco y él se pone otro que tiene guardado en su maletero. Cuando me subo podría agarrarme a la parte de atrás, pero qué puñetas, tengo tanto miedo que me agarro con fuerza a su cintura. Y qué cintura, que abdominales, qué tableta de chocolate... Hace lo que le pido y no hace el burro con la moto. En un abrir y cerrar de ojos llegamos a la puerta del camping. Silvia me está esperando nerviosa.

Me bajo de la máquina del infierno.

—Gracias, Manu, por todo. Ha estado genial.

—Si me necesitas, avísame, ratona. Sea la hora que sea. Estoy aquí para protegerte.

—Gracias, pero me defiendo muy bien yo solita, creo haberlo demostrado.

Me sonrío pícaro y me suelta con una sonora risotada:

—¿No irás a despedirte así verdad, ratona?

Me giro para irme, pero Manu me sujeta de la muñeca, me atrae hacia él y me planta un beso dulce pero húmedo. Noto su lengua dentro de mi boca, explorándola, saboreándola. Definitivamente, nunca me habían besado así. Nuestros labios se despegan y mientras sonrío, se pone el casco, arranca la moto y se va haciendo cabriolas el muy chulo.

Me quedo ahí plantada mirándolo como una boba.

—Tierra llamando a Marte. ¿Hay alguien ahí? ¿Hello? —Silvia me tira del pelo y me saca de la nube.

—Perdona. ¿Qué ha pasado? ¿Estáis seguras de que ha desaparecido?

—Lo primero. ¿Te lo has follado o qué? Porque, nena, la tensión se cortaba con cuchillo. Vaya manera de comeros la boca, que estoy a pan y agua y me he puesto cachonda.

—¡Siempre con lo mismo, tía! No. Solo nos hemos besado. Mucho. Y cómo besa, por favor, como todo lo haga igual...

—Madre mía, pero qué pasa con los pavos de este pueblo. ¿Será la playa y el sol? Os tienen atontadas.

—Calla ya anda y cuenta de una vez, corre. —Le meto prisa para escabullirme del tema. Empezamos a caminar rápidas para llegar lo antes posible.

—La niña que se levantó temprano, parece ser y desde entonces no se sabe nada de ella. Solo dejó una nota diciendo que no sabía cuándo volvería. Que se iba con unos colegas.

—Sí, pues son casi las seis y media de la tarde. Lleva demasiado tiempo fuera en una ciudad en la que no conoce a casi nadie, salvo a nosotras y la gente del camping.

—Vera está atacada. No le coge el teléfono.

Al llegar al bungalow vemos a Vera desencajada, Alana cogiéndole de la mano, Ana con cara de preocupación, mi madre hablando por el móvil y a Martina con Elena y Laura hablando en un aparte. Tengo una corazonada.

—Elena, Laura, ¿qué pasa? —pregunto directamente.

—Parece que hay un botellón o una macro fiesta de esas ilegales a las que van los jóvenes. Lo saben porque a Laura se lo ha contado un chaval del camping de la edad de María. —Martina me lo cuenta entre susurros para que Vera no lo escuche.

—Lo que faltaba. Una adolescente joven y bonita en medio de un montón de salidos y con las hormonas a flor de piel. Encima habrá todo tipo de drogas y alcohol por un tubo.

—Jolines, Silvia, para el carro, tía. No se te ocurra soltarle eso a Vera, que coge una escopeta de caza, la muy loca. ¿No la conoces? —espeto enfadada—. Déjame a mí hablar con ella.

—No. Se lo voy a decir yo. Creo que eso le dará algo más de tranquilidad.

—Gracias, Laura. Eres un sol —digo de manera afectuosa.

Nos acercamos las cinco a Vera y el resto. Está llorando, pobre.

—Mamá, ¿pero tú no tenías que coger el tren de vuelta a las siete?

—Como tú comprenderás, no podía irme así. Tranquila, he llamado a tu padre y vendrá a recogerme a las ocho de la mañana.

—Vale, gracias. —Nos abrazamos fugazmente.

—Vera, tengo algo que decirte —empieza Elena, que le coge de la mano—. Creo que sé dónde puede estar. Hay una fiesta que organizan en el descampado que hay detrás del centro comercial.

—¿En serio? ¿El centro comercial? La historia se repite...

—No sé a qué te refieres, pero lo que es seguro es que allí se iban a concentrar muchos adolescentes y algunos no tanto. Yo puedo llevaros si queréis. Seguro que María estará con alguna amiga.

—Dios mío... una fiesta. La mato. Juro que la mato.

—Venga, vamos. No perdamos el tiempo —digo algo acelerada.

—Un momentooo... —Ana entra corriendo a coger el bolso y a ponerse unas bambas.

—¡Espabila que nos vamos! —grita Silvia.

—Voy... —Ana sale corriendo como una flecha—. Lista, en marcha, chicas.

Nos ponemos en camino todas, salvo Alana, que se queda en el bungalow por si aparece María. El resto capitaneadas por Elena y Laura nos dirigimos a la macro fiesta. Vera, como como un caballo desbocado, no atiende a razones y va blasfemando barbaridades a voz en grito. Ana y mi madre intentan apaciguarla como pueden. Apelan a lo de ser madre y saber perdonar las locuras de los hijos. Martina, Silvia y yo vamos algo más sosegadas y sopesando opciones.

—La niña que se está corriendo la juerga de su vida fijo. A lo loco y sin frenos —dice Silvia descojonada de la risa—. Te digo que se ha ido con los que conoció en la playa, no hay más...

—Es que ni lo dudes, cari. Yo a su edad era una fiestera. No me perdía ni una. Además, también la entiendo con todo lo que lleva encima con la separación de sus padres. El cabrito de Jorge no para de incordiar y Vera, que se pica con todo, tienen a la niña en medio —suelta Martina tranquilamente.

Silvia se queda callada y baja la mirada. Yo la cojo de la mano.

—Bueno, todas hemos cometido alguna locura de jóvenes y de no tan jóvenes —afirmo yo neutral.

A medida que nos vamos acercando al lugar ya se empieza a notar un ambiente más fiestero. Adolescentes en grupo, botellas de alcohol vacías y vasos tirados en el suelo, paquetes de tabaco, coches con el maletero abierto y música reggaetón. Parejas besándose.

—Veo un desmelene fuerte, zagalas. Uy, uy, uy... —A mi madre los ojos le dan vueltas. Se sujeta el bolso al pasar junto a un par de chicos que llevan riñoneras y chanclas con calcetines.

—Tranquila, Conchi, no dejaremos que te quiten nada esos que atentan a la moda y escuchan música diabólica que habla de sexo. —Silvia está atacada de la risa—. Así que relájate...

—A mí me encanta la música urbana, la bailamos mucho en el *gym*. Y a Oli también, no veas como menea el culo tu hija. —Mi madre me mira con cara de espanto y se santigua.

—Anda calla, Martina, bonita. Eres mi monitora, pero a lo mejor ya no mi amiga...

Seguimos caminando y pronto llegamos a todo el meollo de la fiesta. Gritos y risotadas se escuchan entre la multitud. La mayoría son adolescentes, pero también hay alguno algo más crecido. Es un macrobotellón. Música a todo volumen, chicas muy provocativas, chicos alardeando de músculos y hormonas revolucionadas, mires donde mires.

Elena y Laura se acercan a un par de chicas de una edad similar a la de María y le preguntan por ella. No la conocen, pero le dicen que pregunten a dos chicos que parecen ser algo así como los organizadores del evento. Hay que preguntar por un tal Pantera.

—No jorobes, ¿Pantera? No se llamará Pedro y le da vergüenza decirlo. —Ana y sus elucubraciones.

—A ver, tiene más empuje que se llame Pantera a que se llame Pedro, pensadlo. Yo no le compraría marihuana a Pedro, pero sí a Pantera.

—Martina, hoy te estás coronando, calla un poco, cari —Le pido con cara reprobatoria—. Vera está al borde del colapso y mi madre alucinando con todo lo que ve, que no es poco...

—¡¡No me jodas que ha venido a drogarse aquí!! ¡¡Sexo y drogas!! —Vera está colapsada ante tanto desfase.

—Mejor cannabis que anfetetas, Vera, piénsalo.

—¡Que te calles ya, Martina! —La amenaza con un dedo.

Nos acercamos a un grupo de unos cinco chavales y Laura pregunta por Pantera. La mayoría parecen tener alrededor de unos dieciséis o veinte años, no más. Uno de ellos nos mira de manera descarada.

—¿Quién me busca? ¿Sois de la *cana*? ¿Maderos? —El chico, alto, de pelo castaño, con pantalones de chándal, riñonera amplia de color negra con dibujo de pantera en color dorado, se nos acerca chulesco.

—¿Qué dice este crío? No somos carpinteras. —Mi madre alucina pobre.

—Abuela, no me vacile, joder.

—Tú, cuidado con la «abuela» que es mi madre y no va sola.

—Joder, esto es de locos, *bro*, mira las *boomers* cómo se ponen. —El grupo de chavales empieza a reírse y a darse codazos como gorilas. Encima se creerán graciosos.

—Chicos, no os pongáis a la defensiva, *plis*. Además, solo hay una vieja, el resto estamos en el mercado —dice Martina con cara de niña traviesa. Hay momentos en que no sé cómo nos hicimos amigas.

—A ver, qué queréis... Cannabis, anfetaminas, cocaína, MDMA, cristal, tengo de todo a buen precio...

Mi madre se queda helada ante la carta de drogas que le ofrece el tal Pantera. No sabe si salir corriendo y llevarme a mí de la mano o pegarle con el bolso.

—¡Joder! ¿Esto es la carta de tapas del bar o la lista de la compra? —suelta Silvia, burlona.

—Calla, loca... —Ana la manda callar.

—¡No queremos ninguna de esas mierdas entérate ya, mocoso! Dos hostias bien dadas y con la mano abierta es lo que te mereces.

—¡Qué genio gasta la vieja! ¡Pequeña, pero matona! —suelta Pantera.

—Vera, relájate, por favor. Tenemos que salir enteras de aquí. —Silvia la sujeta del brazo y le pide que se calme al oído.

—Chicos, sabemos que estáis pasándolo *bakano* y no queremos cortaros todo el rollo, solo estamos buscando a una chica de unos quince años. Rubia, bajita, guapa, pelo corto y que siempre lleva el móvil en la mano. Es de Barcelona.

—Con lo del móvil te has coronado, Olivia, todos llevan el móvil pegado a la mano. —Elena tiene razón.

—Literal —dice uno de los chicos.

—Pues puede... ¿Qué me dais por la *info*? —Pantera se ve que va de macho alfa. El resto le ríen las gracias.

—Se está rifando una hostia y tú, chaval, tienes todas las papeletas... ¿no te ha quedado claro?

—Vera, controla, joder... —Silvia y Ana la sujetan con fuerza.

—¿Cuánto? —pregunto.

—Cincuenta pavos.

—¿Qué? Para eso te compro algo y punto —le suelto.

—Cincuenta o nada, *Milf*.

—¿Pero eso que le ha dicho qué es lo que es chiquilla? No me estoy enterando de *na*. Habla *mu* raro este zagalillo... —Mi madre parece que escuche hablar en chino.

—Uy, lo que le ha dicho. —Ana se queda estupefacta.

—Se acabó ya la tontería, chaval. Ahora hablo yo. Dime dónde puede estar la chica y no llamo a la policía para que desmantele esta mierda de fiesta ilegal. ¿Estamos? Tengo el número en marcación rápida. Y tengo además mucha rabia acumulada. —Silvia se pone en plan jefa, algo que controla a la perfección. Su postura con los brazos en jarra intensifica la afirmación.

—Relax, señora. Negocio es negocio. Pero bueno, lo dejamos en veinte euros y te lo digo.

—Acepto. Canta.

—No seas sapo, Pol...

—¿Veis como no se llama Pantera? —dice Ana en plan sabionda. Yo pongo los ojos en blanco.

—Pero qué sapo ni que niño muerto dicen... No me entero de nada, zagalas. —Mi madre está descolocada.

El tal Pol, digo Pantera, nos dice que hay un coche cerca de las puertas del almacén de descarga de los camiones donde puede que esté María, ya que allí se ha reunido un grupo de gente alternativa. Nos despedimos a toda leche y vamos en busca de ese grupo.

Al acercarnos vemos a un nutrido grupo de chicos y chicas muy jóvenes de la misma edad de María. La música es fuerte, mucho. Vemos claramente botellas de alcohol, porros y gente en actitud muy perjudicada ya. El coche que nos comentaban está ahí. Es rojo chillón. No pasa inadvertido. Está totalmente tuneado. Al fijarnos en profundidad vemos una chica rubia, con unos pantalones vaqueros tan cortos que parecen una braga ancha. Lleva un top en color amarillo flúor muy ajustado y unas botas camperas plateadas. Discreta no va. Y sí, es ella, María. Está bailando desenfadada con un chico alto, moreno, en chanclas y sin camiseta. Una chica con el pelo rosa chicle los mira fijamente.

—¡Mirad, es la niña! Uy, uy, uy... mira que va bonita la condenada, eh, pero también algo falta de ropa, tal vez le tendríamos que haber traído una rebequita. —Mi madre, sor Conchi.

—Pues yo la veo guapa, guapa...

—¡Martina, calla la puñetera boca que vas a pillar tú y la descocada de mi hija! —Vera va sin frenos ya.

Entonces vemos a María que se acerca al chico y se abrazan. Nos dirigimos hacia ellos.

—La niña ha ligado. Mirar cómo se agarra al cuello de ese chaval —comenta Ana.

—Es majete el crío —apunta Silvia.

Pero lo que parecía estar muy claro se torna diferente. María está besando al chico, cuando, de pronto, la chica del pelo rosa chicle se les acerca, agarra a María del brazo, se miran y se besan apasionadamente. Nos paramos en seco.

—¡¡¡JODER!!! —Silvia y Ana se sujetan de las manos de la impresión—. A la niña le gustan las navajas y las almejas. ¡Para qué elegir si te puedes llevar toda la pescadería! Qué fuerte, qué fuerte... —suelta Silvia impactada y entre risas.

—Qué fuerte, qué fuerte, cari... Ja, ja, ja... —Martina se parte de la risa.

—A mí no me sorprende, ya lo sabía —digo yo sin ningún tipo de sorpresa.

—Pues la verdad, a mí me parecen tan monas. ¿Creéis que a mí me quedaría bien el pelo rosa a mi edad?

—Mamá, no es el momento, por favor, te lo pido.

—¡¡¡Maríaaaaaaaaaa!!! ¡¡¡Ven ahora mismo cagando leches!!! —Vera tiene la vena del cuello tan hinchada que parece que le va a reventar.

—Vera, por favor, controla, es tu hija. No le digas nada de lo que te arrepientas. —La sujeto con el brazo, pero logra zafarse y se va hacia ellas.

María se queda de piedra al verse descubierta. La otra chica y el resto del grupo se separan de María asustados al ver como Vera y el resto de nosotras venimos en tropel. Cuando Vera se acerca a su hija le da un sonoro bofetón. María se lleva la mano a la cara y la mira con rabia contenida. Se veía venir. Entonces Ana se mete en medio.

—Por ahí no, Vera, te estás equivocando. Este no es el camino. —Ana la mira a los ojos buscando que se calme antes de que diga algo que pueda separarlas más.

—Tiene razón Ana, sé que es muy fuerte descubrir a tu hija en una fiesta ilegal y liándose con todo el que pasa por ahí, pero no es el fin del mundo. —Silvia intenta sosegar la también.

—¡A mí eso no me cabrea, lo que me cabrea es que se fugue! —clama Vera indignada.

—Rubia, si estas señoras te están molestando, me lo dices...

—Mira, chancletero, tú la boquita cerrada. ¿Entendido? —Silvia le reta con la mirada.

El chaval, que no tendrá más de diecisiete años, se aparta y hace el gesto de boca cerrada con cremallera.

—¿Dónde coño estabas? ¿Sabes lo mal que lo he pasado? ¿Sabes la de locos que hay por ahí sueltos? Si te hubiese pasado algo yo me muero, ¿lo entiendes? —Entonces, Vera la coge entre sus brazos y la abraza, pero María se separa confusa.

—Bonita manera de demostrarme tu preocupación, abofeteándome —le suelta mientras deja rodar una lágrima por su enrojecida mejilla.

—Lo siento, María, no me enorgullezco de haberlo hecho. Ha sido un impulso de los nervios. Pero tú no te puedes escapar alegremente como si nada en una ciudad que no conoces, con gente que parecen unos pandilleros y sin avisar. Creía que me volvía loca solo de pensar que te hubiese pasado algo.

—Pero no ha sido así. No dramatices, eres una dramas.

—Eso ha sido un golpe bajo, María. Era lo que tu padre me decía. Y aún duele, menos, pero duele.

—Ese es tu problema, mamá... Deja ya de preocuparte por lo que piense papá de ti y sigue tu vida. Asume que es un capullo con ambas y fuera. Sigue tu vida.

—Ole la niña, con un par.

—Silvia, no te metas —le digo.

—Sé que tienes razón, pero no puedo mirar para otro lado después de todo lo que pasó aquel día en el centro comercial. Cuando nos dijiste a tu padre y a mí que eras bisexual y tu padre se puso como un energúmeno, no tuve el valor de defenderte por miedo a que me dejase. Ahí ya sabía que él tenía una amante.

—A la mierda papá y su novia. Tarde o temprano se dará cuenta de su error y aceptará quién soy y hacia dónde quiero dirigir mis pasos. El problema lo tiene él no yo.

Entonces Vera se pone a llorar y le confiesa entre lágrimas:

—Siento no ser la madre perfecta que necesitas. Siento no saber hacerlo mejor. Estoy muy orgullosa de ti, de lo claras que tienes las cosas para tener solo quince años. De lo bonita que eres

por dentro y por fuera. A mí solo me preocupa tu felicidad y es cierto que tu padre y yo la hemos cagado rivalizando por ti y por quedar el uno por encima del otro desde que nos separamos. Estos días aquí he vuelto a sentirme libre, joven de nuevo, he vuelto a sentir que podía gustarle a alguien sin esconder como soy, sincera y brusca en ocasiones, pero dulce y cariñosa en otras. Y tú no me has juzgado, todo lo contrario, lo has aceptado.

—Hace tiempo que te perdoné, mamá. Perdónate tú.

—Vera, tu hija tiene razón. Es tiempo de recordar que, aunque hayas tomado un camino puedes girar y dar la vuelta. No es tarde para cambiar de rumbo. Estáis juntas y sois más parecidas de lo que creéis.

—Ostras, Olivia, tengo los pelos como escarpas. —Silvia y sus tonterías provocan la risa general.

María y Vera se miran. Es entonces cuando Vera le abre de nuevo los brazos a su hija y ella se lanza. Se abrazan y se besan mientras lloran como unas tontas emocionadas. Por fin se vuelven a encontrar tras meses de distanciamiento mutuo.

—Oi, oi, oi. Qué bonito, zagalas. ¡Es que os como la cara! —Mi madre se lanza y se funde en un abrazo con ellas. Se ríen tiernamente.

De repente, Elena y Laura cortan el momento.

—¿Por qué no nos vamos ya? Todos nos están mirando y la verdad, hay dos tíos que no me dan buena espina —dice Laura.

—Vale, pues en marcha.

María se despide de la chica del pelo rosa e intercambian teléfonos. Después nos ponemos a caminar, pero tenemos la sensación de que nos están siguiendo. Efectivamente, hay un par de chicos que nos pisan los talones. Con la cantidad de chavales que hay nos cuesta avanzar hacia las afueras del macrobotellón.

De pronto nos cortan el paso. Mierda. Nos sacan una navaja y Martina y Laura se ponen a chillar.

—¡Venga la pasta coño! ¡Y los móviles! —Pide uno de los dos.

—No llevamos nada...

—¿No? Pues esas llevan un pedazo de bolso que flipas —apunta señalando a Ana y mi madre. Ellas, de manera instintiva, se sujetan el bolso y lo pegan contra su pecho.

—Nuestros móviles son un *cagarro*... Y pagamos con tarjeta o bizum así que... —dice Martina visiblemente asustada.

—No me toques los huevos y dame la pasta. —Le apunta con la navaja a Martina. Ella se pone nerviosa y cuando parece que el chico se le abalanza decidido, se cruza Ana en su camino y saca de su bolso un spray pimienta con el que le apunta directamente a los ojos, aprieta con fuerza y le da de lleno. El chaval empieza a gritar rabioso y mi madre aprovecha para pegarle con toda su fuerza con el bolso. Doy fe que lleva el bolso a reventar de cosas, parece que lleve ladrillos, con lo que compadezco al chico. Lo reducen entre ambas.

—¡Joder con Dora la Exploradora! Entre fuets y *sprays* pimienta es una cajita de sorpresas —suelta mirando a una acelerada Ana.

El otro, asustado, me mira y le pego un pisotón en el pie, se agacha para tocarse y aprovecho para darle una patada en la entrepierna. Cae al suelo cagándose en toda mi familia.

—¡¡¡Corred!!! Rápido, chicas —grito.

Corremos entre la marea humana como alma que lleva el diablo y salimos entre risas de la fiesta ilegal. De pronto vemos un coche que nos hace luces. Es Hugo.

—¿Todo bien? Parece que estáis huyendo de algo.

—Todo bajo control, chato —le dice Vera mientras le da un pico rápido.

—Digamos que nos llevamos otra aventura más para recordar en estas vacaciones. —Silvia mira cómplice a Vera y María.

—¿Queréis que os lleve a algún sitio?

—Al camping. María y yo tenemos que recuperar el tiempo perdido —dice Vera abrazando a su hija.

—Entendido. Pues os acerco y mañana antes de ir os iré a despedirme de ti, chata.

—A mí si me lleváis de vuelta mejor, me duele todo. He visto mucho desfase esta noche, mucha música *pumba pumba* que habla de guarrerías varias.

—No será para tanto, Conchi. —Se ríe Elena.

—Vale, pues decidido, el resto nos vamos a dar una vuelta. Yo al menos necesito despejarme de tanto.

—Yo igual, Silvia, vamos, chicas.

Hugo, Vera, María y Conchi se suben en el coche y se van con música flamenca sonando en el interior. Mi madre y su Rocío Jurado.

—Gracias por todo, sois la caña, chicas. Las risas de esta noche... En serio. No me extraña que mi hermano esté coladito por ti, Olivia. —Mientras lo dice se dibuja en ella una amplia sonrisa, cosa muy normal en ella.

—No será para tanto, Elena. Nos conocemos de una semana.

—Pues ya te digo yo que no para de hablar de ti, está todo el rato, Olivia esto, Olivia aquello... Lo tienes impresionado, bonita. Dice que tienes una fuerza y una energía arrolladoras. Y que eres muy guapa.

—No exageres...

—No lo hago. Y le he dado mi visto bueno. Me caes bien, todas me caéis bien. —Elena sonríe de oreja a oreja. Es una muchacha tan alegre, tan jovial que no sabes si te lo dice en serio o busca provocar una reacción en las otras personas. Ella sí tiene una energía arrolladora.

—Joder con Manu, lo tienes engatusado, Oli. —Pero Silvia sigue adelante claro—. Y parece que ya te has ganado a la cuñada, tienes a la mitad de la familia de tu parte.

—Cierra el pico, Silvia, y camina —le digo mientras aprieto el ritmo al caminar.

## Capítulo 11



### *Todo tiene un comienzo y un final*

El cielo estrellado es reconfortante. La brisa del mar nos arrulla en medio de la playa, vacía prácticamente. Estamos tumbadas en la arena con los ojos cerrados. Es un momento de calma realmente agradable. Alana se ha unido a nosotras, mientras que Laura y Elena se han ido a casa, ya que mañana les toca trabajar. Son las doce de la noche. Las vacaciones tocan a su fin. Me da un pellizco en el corazón, ya que todas volveremos a nuestro día a día y solo nos reencontraremos en la boda de Martina, que será dentro de un mes.

—Menudas vacaciones, chicas —Ana lo suelta entre suspiros.

—Ni que lo digas. ¡Locura total! —Silvia sonríe.

—Pero bonitas. Como vosotras. —Martina me aprieta la mano—. Gracias, mis amores.

—Ha sido una semana que guardaremos todas en nuestros corazones. Sobre todo, Vera.

—¿Solo Vera? Tendrás morro cari. ¡Si tienes a Manu coladito por tus huesos! ¡Si ese hombre te desnuda con la mirada! Y está de toma pan y moja, qué bíceps, qué abdominales, qué...

—Para ya, Martina, lo hemos pillado todas —le digo tapándome la cara con las manos.

—¿Qué piensas hacer? Porque de momento te has comido la boca con él a lo loco —vocifera Silvia.

—Quééééé... ¡¡¡Toma ya, lo sabía, looo sabíaaa!!! —Martina canturrea y se pone de pie a bailar como una niña pequeña—. ¡¡¡Es todo un empotrador!!!

—Olivia, no te hagas la estrecha, te lo quieres tirar y punto. Yo me lo tiraría.

—Silvia, por favor, estás casada, relaja. —Ana la reprende.

—Ya no. O al menos por poco tiempo, chicas.

Ana, Martina y Alana se quedan de piedra. Ninguna se lo esperaba. Siempre he dicho que

Silvia, la capaz, la líder del grupo, la mami, la protectora, la más atractiva, la que tenía un trabajo perfecto, una familia perfecta escondía más de lo que parece. Ella que te ayuda siempre la primera, pero que luego no se deja ayudar. La que esconde el dolor y muestra siempre su lado más divertido y gamberro.

—¿Lo sabías, Olivia? —me pregunta Alana.

—Lo descubrí hace nada, aquí en el camping. Fue fortuito, pero me alegro de haberlo hecho. Tiene la mala costumbre de no dejarse ayudar.

—Fue a hablar la psicóloga del grupo. La que nos hace de paño de lágrimas a todas. —Martina me besa afectuosamente.

—Cuenta, ¿qué ha pasado, cariño? No imaginaba lo mal que estabais tú y David.

—Principalmente, Ana, que ya no nos queremos. Como diría la Jurado se nos rompió el amor. —Silvia lo dice con una tristeza infinita.

—Por eso estabas tan rara. Parecía que querías quemar cartuchos y no lo entendía. La verdad no me lo esperaba para nada. Lleváis diez años casados y con dos hijos. ¿Cuándo empezó a fallar la relación? —Alana sigue en shock.

—En el momento que descubrí que me hacía más feliz centrarme en mi carrera y triunfar que salir de vinos con él.

—Nada es para siempre. Mirarme a mí. Ahora sí soy feliz, pero he vivido días oscuros antes de conocer a mi media naranja. Pero... ¿Tú cómo estás ahora? —Alana la mira fijamente mientras la abraza.

—Bien.

—No, no lo estás y no pasa nada por decirlo, Silvia. Eres una mujer fuerte, valiente, decidida... Pero también eres una mujer que acaba de separarse y que tiene que dejar salir ese sentimiento de tristeza y de rabia contenida que llevas días escondiendo. No pasa nada por mostrar fragilidad. Eso te hace humana, como a todos.

—Lo dicho, doctora Olivia. —Alana se ríe y me tira arena.

—Ay...

—¿Y los peques? ¿Lo saben ya? ¿Cuánto hace que os habéis separado?

—Pues mira, Ana, unos dos meses...

—¡¡Dos meses!! —gritan al unísono Martina y Ana.

—Pues sí que lo tenías calladito, cari...

—Lo siento, Alana, ¿vale? No sabía cómo decíroslo. Es todo una locura, la casa, los niños, el perro, la familia de ambos... Todo. Nunca me había sentido tan perdida, tan vacía. Por eso me involucré tanto en tu despedida, Martina. Necesitaba ocupar la mente, necesitaba pensar en otras cosas. Pero a mi vuelta me sentaré con David y por el bien de los niños y por lo mucho que nos hemos querido nos pondremos a cerrar nuestro matrimonio de la mejor manera posible para todos.

—¡Pues a tomar por saco! Vida nueva. Nos tienes a nosotras, a tus padres, a Conchi... Lo que necesites tus *All Stars* te lo darán. ¿Para qué están si no las amigas? —grita Ana.

—Mi Ana, la karateka del grupo, mi Dora Exploradora de Salou. ¿Escondes algo más en el bolso?

—¿Te estás cachondeando de mí, Silvia? Pues que sepas que yo también he tomado una decisión. Voy a volver a trabajar. Se acabó ser ama de casa y echar una mano a mi marido solo cuando él me necesita. Está genial lo de estar en casa si es por decisión propia, pero en mi caso se acabó. Quiero volver al mercado laboral. Quiero volver a ser autosuficiente. A tomar las riendas de mi vida.

—Bravo, hostias, ya era hora, sor Ana. Sabía por lo que he visto estos días que la fiera que llevas dentro no se había extinguido. Bienvenida de nuevo, doña Karateka. —Silvia la besa y caen al suelo entre risas y más risas.

—Pues yo he traído algo en la mochila cuando hemos pasado por el bungalow. Una botella de tequila que le he robado a los del botellón y unos vasos de plástico de la cocina.

—Martina, ¡la madre que te parió! —le digo—. ¿Pero cuándo la has cogido?

—En la huida... y una bolsita con unas pastillas que... no sé qué son...

—Estás como una chota, amor. —Le beso la frente y le quito la botella. Le doy un sorbo—. Ufff es de los buenos, menudo robo, pequeña. Pero las pastillas las tiras. Fuera mierdas.

Ana coge la botella y le pega un largo trago, la muy loca.

—Toma ya, Anita, ole tus ovarios, ¡ole tu chocho moreno! —Silvia se levanta y la aplaude. Le pasa la botella a Alana y esta la rechaza.

—¿Ahora vas de mojigata? —Silvia la escruta con la mirada.

—Prefiero beber en un vaso de los que ha traído Martina, ya sabéis que me da asquete chupar las babas de todas —dice Alana mientras saca uno de los vasos de plástico.

—Otras cosas no te dan asco chuparlas, ¿eh, Alana?

—¿Qué guarra eres, Olivia! ¿Y Manu?

—¿Qué pasa con Manu?

—¿Vas a darle una oportunidad a lo que sea que tenéis o vas a salir corriendo de vuelta a casa? —Alana me interroga como toda una experta policía.

—Pasa palabra.

—¿Cómo que pasa palabra?

—Ahora mismo mi cabeza no está para nada serio.

—Bueno, a lo mejor es solo un rollo, te lo puedes tirar sin pasar por el altar, perdona.

—Evidentemente, Silvia, pero no quiero nada con él. Punto.

—¡Ja! Ni tú te lo crees, cari. —Ana me mira con los brazos en jarras.

—A mí me da que te gusta tanto que te asusta, ¿me equivoco? Te saca de tu zona de confort.

—Alana, eso fue lo que yo le dije a Vera, qué original eres bonita.

—Tú verás, ya eres mayorcita, pero a un chico así no hay que dejarlo escapar tan fácilmente.

—Gracias, cari. Lo tendré en cuenta. Pero ahora mismo no estoy lista para relaciones, sean del tipo que sea. No soy lo que Manu necesita. No ahora. ¿Brindamos? —Me levanto y decido cambiar de tema. Mañana será otro día como decía Escarlata O'hara.

—¿Y por qué brindamos?

—He acabado mi libro, Alana. Y no sé si tendré valor para llevarlo a publicar, pero lo he acabado y eso me hace feliz. Ana va a lanzarse de nuevo a vivir sin miedos, Silvia ha confesado por fin que no es de hielo, tú nos has restregado en la cara lo feliz que te hace tu novio y lo mucho que te encanta tu trabajo y Martina se va a casar dentro de un mes y por fin se ha sacado el palo del culo. Y sobre todo por Vera y María, que han vuelto a encontrarse como madre e hija, pero sobre todo como amigas. ¡Bebamos! ¡Por nosotras, imperfectas pero felices!

—¡Por nosotras imperfectas! —gritan las cuatro al unísono.

Durante unos minutos permanecemos en silencio. Estamos todas sentadas en la arena cogidas de la mano, mirando el cielo estrellado en esa maravillosa noche de junio. Hay luna llena y se ve enorme. Ha sido una semana de locos, la verdad. Hemos reído, llorado, amado y vuelto a creer en nosotras. Ninguna de nosotras es perfecta ni lo pretendemos ser. Aceptar quienes somos ha sido un ejercicio maravilloso.

—¿Quién se atreve con un baño desnudas en el mar?

—No me jorobes, Silvia, yo paso...

—Lo siento, Olivia, no vale pasar.

Entonces Ana y Martina se levantan y se quitan la ropa. Solo se quedan con el tanga y se lanzan al agua. Pero Silvia sube la apuesta y se mete completamente desnuda. El resto entre risas alborotadas acaban imitando a la cabra loca de mi amiga.

—¡Esto es pura fantasía! ¡Está bien, a la mierda la vergüenza! —Y me lanzo desnuda al mar gritando al notar el agua congelada. Mañana todas con pulmonía.

Me despierta el sonido de las gaviotas en la ventana. Cabronas. Miro el reloj y veo que son casi las ocho de la mañana. Decido levantarme para decirle adiós a mi madre y desearle un buen viaje. Al salir al porche miro a mi alrededor y veo a mi padre en el aparcamiento metiendo la maleta de mi madre.

—¡Bon día, papá! —le saludo con un beso en la mejilla.

—¡Hola, pitufina!

—¿Y mamá?

—Ha ido a coger un par de cafés para llevar. Enseguida nos vamos. Oye, siento mucho que tu madre se os haya metido en vuestro viaje de chicas. Ya la conoces.

—No te voy a engañar, cuando la vi aparecer me cabreeé muchísimo. No me ha dejado respirar desde que tuve que volver a vuestra casa. Pero me he dado cuenta de que se siente muy sola, papá, y tú no lo quieres ver.

—¿Yo? ¿Qué quieres decir? Estoy casi siempre en casa, solo voy de vez en cuando a jugar a la petanca o a montar en bici con los excompañeros del trabajo los domingos. Como mucho bajo a tomar café por la mañana con Antonio, el panadero, somos amigos. El resto del tiempo estoy con ella viendo la telenovela por la tarde o nos sentamos juntos en el balcón a leer.

—¡Tienes más vida social que yo con treinta y cinco años! ¡Y ojo, que me parece bien que salgas y disfrutes de tu jubilación, me alegra, pero mamá se ha dedicado en cuerpo y alma al hogar, a cuidarnos, a cuidarte! Ella estaba deseando que dejases de trabajar para estar contigo, para viajar, para compartir momentos como pareja sin preocupaciones y tú estás siempre ocupado con alguno de tus hobbies y ella se amolda a ti, a mí, a mi hermano, etc. Ahora hasta coleccionas sellos. Ella lo único que sabe hacer es querernos.

—Visto así parece que yo pase de ella y no es verdad. ¿Te lo ha dicho ella? ¿Se ha quejado de algo?

—Mamá no se ha quejado de nada ni lo hará. Es muy pesada eso no te lo voy a discutir, pero nos quiere muchísimo y necesita que le devolvamos un poquito de lo que ella nos ha dado. Un poquito, papá, ¿lo haremos? —Le beso y me aprieta los mofletes de manera cómplice.

—¡Qué pico tiene la niña! ¿Qué me sugieres?

—Yo empezaría por no ir el próximo domingo con tus amigos a montar en bici y sí a darle a mamá ese fin de semana en París que lleva años pidiéndote. Es solo una hora de avión. —Me abraza con fuerza y me dice de manera cómplice:

—Si eso hace feliz a tu madre, lo haré encantado.

Entonces aparece mi madre por el sendero cargando con dos cafés humeantes. Esa mujer rubia, de pelo corto, con gafas y labios pintados de rojo, desprende una fuerza incombustible. Parece que nunca esté agotada. Nos sonrío.

—Hola, mi niña, ¿ya estás despierta? Te he despertado, lo siento.

—Tranquila, ha sido un pajarraco en la ventana. Le he dicho a papá que conduzca con cuidado. Estaré con vosotros esta noche. Prepararme algo rico de cena.

—¿Una tortilla de patatas con un buen jamón?

—¿Cómo me conoces! Y crema catalana de postre. Venga, tirad.

Mi padre me guiña el ojo y se meten en el coche. Me dicen adiós con la mano y veo cómo se alejan por el sendero y luego por la salida del camping.

—¿Qué gran mujer tu madre! Y qué suerte tiene contigo como hija. Creo que ha hecho un buen trabajo. —Silvia me achucha mientras me despeina. Es peor que una niña pequeña—. Por cierto, no entres al baño ahora, acabo de cagar...

Después de desayunar empezamos a hacer las maletas. Ana está ayudando a Alana a organizar las cosas de Vera, que ha salido a despedirse de Hugo. María, en cambio, está espatarrada en la cama, durmiendo como una osa. Qué forma de dormir tienen los adolescentes, no se despiertan ni con un terremoto.

Martina, en cambio, ya lo tiene todo prácticamente listo y por eso antes de marchar ha decidido iniciar a Silvia en la meditación. La va a apuntar al gimnasio donde trabaja, es decir, a donde voy yo, para que canalice la rabia que lleva dentro y se inicie en la vida sana. Suerte y paciencia, Martina, la vas a necesitar. Créeme.

—¿No deberíamos ir en busca de Vera? Como tarde más vamos a perder el tren. Los taxis están a punto de llegar. No sé qué estará haciendo tanto rato con Hugo.

—A lo mejor, Ana, están haciendo *ñaca ñaca*.

—¿En serio, Silvia? No creo que Vera esté en esas, siempre pensando en lo mismo, qué calenturienta tienes la mente, nena.

—Pues mira, voy a ir a buscarla porque los taxis están llegando.

—Voy contigo, Oli.

—Si va Ana, yo también voy. —Silvia se agarra de mi brazo y me hace un gesto de moverme con la cabeza.

Martina y Alana le dicen a uno de los taxistas que esperen un momento. Él le dice que mientras espera pone en marcha el cuentakilómetros.

—Joder, con el viejo, qué chorizo —suelta María.

—Calla, niña, calla. Menos mal que no te ha oído. —Alana la manda callar y le dice que se meta en uno de los taxis. Comienzan entonces a meter las maletas de todas.

—¿Se puede saber por qué narices me miras así, Silvia?

—¿No piensas despedirte de Manu? Ni le has dicho que nos vamos hoy a las doce...

—No somos ni novios ni nada por el estilo.

—Oli, solo te digo que después de comer la boca como adolescentes en la playa creo que se merece al menos una llamada o un mensaje de WhatsApp.

—Silvia, no me agobies, necesito pensar.

Seguimos caminando por el camping hasta llegar a la piscina. Ni rastro de Vera y Hugo. El bar está en pleno boom dada la hora que es. Alguna mesa ocupada y gente en la barra entre risas y música de fondo. En la piscina ya hay gente y en las hamacas algunas toallas. Unos chiquillos están pegando la oreja en la caseta del salvavidas. Una corazonada cruza mi mente.

—No estarán ahí dentro, ¿verdad? —pregunto sutilmente.

—¿Tú crees? La verdad es que esos niños algo están escuchando. —Ana se rasca la frente indecisa.

—¿No estarán follando? —suelta Silvia poniendo los brazos en jarras.

Corremos hasta allí. Los niños se ríen confusos. Tendrán unos ocho años.

—¿Qué pasa, niños? ¿Qué estáis escuchando? —les pregunta Ana sonriendo.

—Parece como una pelea, se oyen gritos y ruidos raros. Una mujer está llorando, parece un gato...

Nos miramos un segundo las tres.

—Vale, tranquilos, niños, iros a jugar. Ya nos ocupamos nosotras. Y de esto ni una palabra a los papás. —Ana espera a que se vayan y dice—: Son ellos seguro. ¿Qué hacemos?

—Nos vamos y la llamamos al móvil.

—Y una mierda, Olivia, el tren se escapa. Yo entro.

—¡Silvia, nooooo! —le grito, pero es tarde. La muy loca abre la puerta de golpe y nos topamos con Vera y Hugo dándolo todo. Sí, todo. Ella está encima de él, a horcajadas, con la parte de arriba puesta y la falda levantada, pero sin las bragas, que vemos tiradas por el suelo entremezcladas con el bañador rojo de Hugo. Los grititos de placer de ambos hacen que Ana y yo cerremos los ojos y nos tapemos la cara con las manos, pero Silvia, tan directa como es ella, sin apartar la vista les dice:

—¡Venga coño, se acabó la fiesta! El tren se escapa y tenéis a los niños del camping atemorizados pensando que hay unos gatos peleando por su vida.

—¡Joder, Silvia! ¡Salid de aquí hostias! —Vera y Hugo se tapan con las manos como pueden. Se incorporan y se visten a toda prisa.

—Os esperamos fuera —digo cogiendo a Ana del brazo y arrastrándola hacia el exterior con cara de apuro—. Hugo, encantada, nos vemos por Sabadell.

—Adeu, Oli, Ana...

—Vera, espabila que nos vamos con o sin ti. Chao, Hugo, ya nos iremos de birras en otro momento.

Los niños de antes siguen esperando curiosos cerca de un árbol. Los miro y les sonrío al pasar cerca de ellos, Ana les saluda con la mano y Silvia les dice:

—Tranquilos, eran dos gatos en celo. Haciendo cachorritos, nada importante. ¡Ale, a jugar, pillastres!

Seguimos caminando por el sendero dirección al bungalow. Vemos cómo Vera y Hugo se besan apasionadamente como despedida.

—Madre mía, qué corte, tengo la imagen de Vera y Hugo dándole que te pego como dos perrillos en celo.

—¿Cómo dos perrillos? Si Vera parecía una loba en celo, pobre chaval, tendrá veinticinco años, pero lo ha dejado consumido en una semana. ¡Qué manera de follar!

—Joder, Silvia, en serio.

—Al menos ella se ha comido el turrón, no como tú, que eres una quiero y no puedo.

—Menos mal que volvemos ya y no tengo que aguantar más gilipolleces al día.

—Sí, pues te vas a comer la última antes de irte, mira quienes están al lado del taxi.

Al acercarnos vemos a Laura, Elena y Manu apoyados en uno de los coches. Ellas, sonrientes como siempre, llevan puesto el uniforme del camping. Laura, como es habitual, lleva su moño, algo que enfatiza su aspecto juvenil y despreocupado. Elena, en cambio, lleva suelta su larga melena. Por el contrario, Manu tiene cara de pocos amigos. Como siempre viste vaqueros, *Converse*, sus gafas de sol y como novedad hoy lleva puesta una americana en color negro sobre una camiseta blanca en pico. Está brutalmente guapo.

—¡Hola! ¿Venís a despediros? Nos vamos ahora —comenta Ana sonriente.

—Sí, Ana, nos lo dijo Hugo esta mañana antes de empezar el turno. Quería desearos buen viaje. Ha sido muy divertido conoceros, chicas, espero que os vaya todo genial y que la boda de Martina sea maravillosa.

—Lo será, Laura, gracias —dice Martina con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pues yo más de lo mismo. Ha sido maravilloso conoceros y sobre todo las risas con vosotras. Espero que volvamos a vernos pronto. Salou no será lo mismo sin las *All Stars* de Sabadell. Y a ti, Olivia, darte de nuevo las gracias por lo que hiciste aquella noche. Me salvaste la vida y eso dice mucho de quién eres. Espero que encuentres lo que buscas y que consigas tus metas. No nos olvides, a ninguno. —Nos abrazamos y me susurra al oído—: Me gustabas como cuñada y a él como novia.

Algo descolocada, contesto a Elena:

—Gracias, Elena, conoceros sin duda ha sido lo mejor de las vacaciones. Aquella noche simplemente no pude mirar para otro lado, las mujeres debemos estar unidas ante este tipo de situaciones. Espero que cuando acabéis la carrera encontréis trabajo como veterinarias en una bonita consulta y con muchos peludos que cuidar. Tendrán mucha suerte de caer en vuestras manos. Dale un beso de mi parte a tu novia Alba y espero que tenga suerte en la música. Laura, igual te digo. Espero que te vaya todo genial. Tienes luz. No dejes de brillar. Un abrazo para Ian.

Nos abrazamos todas y nos despedimos efusivamente. Mis amigas de manera poco disimulada se meten en el coche, pero bajan las ventanillas para poder escuchar mi despedida con Manu. Vera y Hugo se despiden besándose apasionadamente. Luego ella se mete en uno de los coches y Hugo se hace a un lado para darnos algo de intimidad. Nos quedamos solos, Manu y yo con un tenso silencio.

—¿No ibas a despedirte verdad? —me suelta de manera cortante y directa. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho en actitud defensiva. Está apoyado en el taxi.

—La verdad, no.

—¿Y se puede saber por qué? Creo que merezco al menos un hasta luego. Estábamos empezando algo bonito, ¿no crees?

—Manu, nos conocemos de hace una semana. Solo somos amigos.

—Yo con mis amigas no me beso apasionadamente en la playa.

—Solo han sido un par de besos. Nada importante. Hay química, sí, pero nada más.

—¿Nada más? Pues perdona por creer que había entre nosotros la posibilidad de conocernos mejor, de que encajábamos, de que con solo rozarnos saltaban chispas. De verdad, creí ver en ti una mujer capaz de atravesar mi escudo y con la que sentirme yo sin fingir ser alguien que no soy. Tal vez me equivocaba.

—Tal vez, Manu, seguramente no soy la mujer que necesitas a tu lado. Estamos en momentos diferentes de nuestra vida. Yo no busco nada serio, de hecho, no busco nada. —No soy capaz de mirarle a los ojos, sé que si lo hago me romperé.

Entonces Manu se acerca a mí, me levanta la barbilla y me mira con tanta intensidad que me tiemblan hasta las piernas. Se me pone la piel de gallina al notar su respiración entrecortada cerca de mi boca. El corazón se me acelera y creo que él va a escucharlo. Brinca a una velocidad desorbitada.

—Tengo la sensación de que lo que sientes te asusta tanto como a mí, pero la diferencia es que yo quiero quemarme en tu fuego, quiero perderme en tu boca y saber hasta dónde podemos llegar si lo intentamos. Tu fuerza, tu energía me descolocan. Solo dame la oportunidad de intentarlo.

—Manu, yo...

—¿No ves cómo tiembles? ¿No oyes cómo late mi corazón? Nunca me había pasado algo así. Fue desde que te vi en la estación en Sants.

—Manu, para por favor. No puedo, no puedo en serio. No estoy preparada para volver a enamorarme. No quiero volver a sufrir. Tienes algo que me atrapa, que no me deja pensar con

claridad, algo que hace que tiemble como un flan, con solo mirarte, con olerte... Pero no, ahora no, Manu, ahora debo volver a mi vida. Debo...

—¿Huir? Adelante pues. Respeto tu decisión, pero para cuando decidas que estás preparada para algo más que un rollo de verano, tal vez yo ya no esté aquí.

Me suelta y se aleja unos pasos de mí. Noto como si de pronto me faltase el aire, como si me quitasen algo mío, muy mío.

—Ojalá te vaya todo genial, Oli, ojalá publiques tu libro y cures completamente tus heridas. Gracias otra vez por lo de mi hermana. Te debo una.

—¿No podemos despedirnos al menos con un abrazo? —le pido suplicante con la mirada.

—Será mejor que no. Adiós, Olivia. —Dicho esto se marcha sin mirar atrás, dejándome con el corazón, palpitándome con fuerza y con una sensación extraña de vacío.

Una lágrima resbala por mi mejilla justo en el momento en que Alana me pasa el brazo por encima de los hombros. Me limpio rápido para que no lo vea.

—¿Estás bien, cariño?

—Perfectamente, ¿no lo ves?

—Solo veo que ese chico te gustaba y lo has dejado marchar. ¿Estás segura de lo que acabas de hacer?

—Creo que sí. Sí.

—Nena, se me ha parado el corazón con esa despedida de Manu. ¡Qué intensidad! A mí me dice eso y no lo dejo escapar. ¡El polvazo que podíais haber echado!

Silvia baja del coche como un huracán. No aguanta más sin decir nada.

—¿En serio, Silvia? Acaba de tener una despedida chungueta y vas tú y le dices eso, eres la pera.

—¡Calla, Ana! Y demos un abrazo en grupo a mi Oli.

Entonces salen de los taxis Martina y Vera también. Nos fundimos en un abrazo en grupo, todas juntas al grito de «Las *All Stars* unidas jamás serán vencidas». Miro por última vez hacia el sendero y guardo para mí todo lo vivido en estos días.

Nos subimos a los taxis y emprendemos el camino de vuelta a casa. La primera parada será la estación, luego cada una se irá para su casa y volveremos a vernos para la boda de Martina. Este viaje ha cambiado muchas cosas, ha dejado salir otras y ha puesto al descubierto que a veces hay heridas que, aunque creamos curadas no lo están realmente. Sé que he cerrado la puerta al amor. Pero también sé que si primero no estoy yo bien conmigo misma y me quiero tal y como soy no podrá hacerlo nadie. A veces hay que dejar ir, aunque algunos piensen que es una huida. Salou será para mí mucho más que sol y playas a partir de ahora. Nunca creí ganar y perder tanto al mismo tiempo.

## Capítulo 12



### *Érase una vez, en un bonito día de julio...*

Es una tarde preciosa, el sol brilla y no hay ni una sola nube. Hace calor ciertamente, pero corre una agradable brisa. La playa está preciosa con los pétalos por la arena y el enorme arco elegantemente decorado. El blanco y el azul, junto al malva hacen que las sillas en las que se sientan los invitados parezcan de cuento de hadas. El pianista y el violinista tocan una romántica melodía que acompaña la espera. Mi vestido, al igual que el del resto de las damas de honor, es en color malva. Vuela entre mis piernas mientras camino con las damas de honor que no son otras que mis amigas del alma. Emocionadas vemos a los padres de Víctor y a los tíos de ella mirarnos con lágrimas contenidas y al final del camino, junto al juez de paz, a su futuro marido.

Al llegar, nos sonrío feliz. La música cambia de pronto y suena la marcha nupcial. Todos se ponen en pie y miran llegar a la protagonista indiscutible.

Está preciosa. Irradia una luz que pocas personas poseen. Su largo cabello rubio ondea al viento en un semi recogido con horquillas de flores y corazones. Su figura esbelta y torneada resalta con un impresionante vestido de corte sirena en color marfil. Su escote corazón y un minúsculo collar con un pequeño diamante le dan una fuerza a su rostro espectacular. Cuando miro a Víctor, su prometido, le veo llorar sin ningún tipo de pudor al verla acercarse a él. Su amor ha sido como un rayo de sol en medio de una tormenta. Él la salvó de tantas maneras posibles que nunca podré dejar de agradecerse. Su amor la sacó de la maldita depresión en la que ella vivía sumida desde la muerte de sus padres en aquel accidente de autocar y le devolvió su locura y su frescura para volver a ser nuestra Campanilla.

A medida que se aproxima veo que Martina camina con paso firme y decidido hacia él. Va descalza, con una manicura francesa perfecta. Lleva al tobillo la pulsera que le regalamos cuando

nos dijo que se casaba. Son seis estrellas, como seis somos nosotras. Las *All Stars* de Sabadell.

Cuando llega a la altura de Víctor, él le ofrece su mano y ella la sujeta con fuerza. Oigo sollozar a Alana y la abrazo mientras descubro que yo estoy dejando resbalar una lágrima también. Martina, mi pequeña Martina, se nos casa.

—La ceremonia ha sido espectacular, la verdad. Y la barra libre ni te cuento. He perdido la cuenta de cuantos mojitos he tomado. Y cava del bueno...

—No si te has puesto fina, Silvia. Y Vera ni te cuento.

—Ana, calla un rato y déjanos disfrutar. ¿Por qué no le sueltas la chapa a Olivia? Está allí sentada sola en una silla, mirando el mar como una ermitaña y con una botella de cava para ella solita.

—Lo sé, Silvia, lo sé. Pero está de un dramático desde lo del camping.

—Ana, querrás decir desde lo de Manu...

—¿Qué pasa, nenas? Vera y Hugo están bailando sin parar. Y sin parar de comerse la boca. ¡Son tan monos! Y Martina está encantadísima de ser la protagonista indiscutible. Fotos por aquí, regalos por allá... Vamos, lo que a ella le gusta —comenta Alana jovial.

—Hablábamos de Oli. No quiere aceptarlo, pero está pilladísima de Manu. No se puede hablar ni de las vacaciones, ni de campings, ni de playas, sobre todo de playas...

—Tienes razón, Silvia. Lo de Manu la tiene atolondrada. Y la muy terca no quiere llamarle.

—Encima no se atreve a enviar su libro a ninguna editorial. Vamos, que está negativa total. — Ana la observa con tristeza.

—Creo que está en algún tipo de fase —dice Silvia mientras bebe de su copa.

—Voy a hablar con ella. A ver si puedo hacer que se una a la fiesta y deje de lamentarse por ser una cobardica de la vida.

—Perfecto, Alana. Yo voy a seguir disfrutando, ya que este fin de semana no tengo a los peques y puedo desatarme lo que quiera. —Silvia levanta su copa y brinda con una Ana que pone los ojos en blanco.

—¡Chin, chin! —suelta Ana riéndose. Y chocan sus copas.

Estoy sentada en la hamaca del hotel mirando hacia el mar. ¿Se tenían que casar en la playa? ¿En serio? A ver, la boda ha sido espectacular, maravillosa y superromántica, pero... Últimamente, le he cogido tirria a la playa. Prefiero la montaña. Hace calor, hay piedras, hay socorristas, helados... En fin. Llevo un rato sola pensativa. Mi libro. No he sido capaz de enviarlo a ninguna editorial. Me pudo el miedo al fracaso. Supongo que llegar al final era como desprenderme de algo muy mío, algo de lo que no sabía cómo acabaría y la incertidumbre me frenó. Eso y lo otro, me dejó confusa. Pero bueno, el cava está rico y llevo yo solita la botella... Creo que estoy algo achispada. O mucho. Veo que Alana se acerca directa hacia a mí. Le queda bien el vestido, creo que a la que mejor de todas nosotras. El malva no es mi color.

—¿En qué piensas, cari?

—En nada, solo estaba disfrutando de la fiesta.

—Yaaa... ¿Me das un trago? —Me alarga el brazo y me pide la botella. Se la paso, bebe un poquito y la muy bribona vacía el resto del contenido de la botella en la arena.

—Pero ¡qué haces, Alana! ¡Ahora tendré que ir a por otra! —Me levanto, pero al hacerlo me tambaleo y me veo obligada a sentarme con ayuda de ella.

—Creo que ya has bebido suficiente por hoy. De hecho, creo suficiente por un buen tiempo.

—Valeeeee...

—Olivia, tienes que dejar de pensar en «la playa». Creo que tomaste una decisión y has de ser

consecuente con ello, ¿no crees?

—Bahh, no sé de qué hablas.

—A mí me da que sí fíjate tú...

—Alana, no quiero hablar de ello. Esa playa ya pasó. Era muy grande para mí, muy muy grande. Se fue como la canción de Laura Pausini. Pero tranqui, está superado, cari.

—Síííí, ya se ve ya, superadísimo.

Hugo y Vera también se acercan. Joder, qué guapos todos hoy. Y qué enamorados, puñetas.

—¡Hola, chicas! ¿Todo bien?

—¡Qué pesadas estáis todas hoy! ¡Hace una noche perfecta en una boda perfecta! Y somos superfelices todos, ¿a que sí, Hugo?

—Claro que sí, Olivia. ¿Queréis algo de beber?

—Yo un mojito de fresa.

—Tú nada, Olivia, ya basta, nena.

—Creo que Alana tiene razón por esta vez.

—Os odio. Bueno, os quieroooooo...

—¡Madre mía, está como una cuba! —Vera me mira alucinando y riéndose.

Hugo se dirige a la barra a buscar algo de beber. Alana y Vera se ponen a comentar la boda. Es entonces cuando veo el móvil de Hugo en el bolso de Vera y lo cojo. Que sí, que lo cojo. Y sin que se den cuenta me meto en WhatsApp y busco a Manu. Tengo un impulso y no me puedo resistir.

—Voy al baño. Ahora vengo.

—Te acompaño, a ver si te vas a caer por ahí, loquita.

—Voy sola, Alana, son cinco minutos y vuelvo, prometido. Palabrita del Niño Jesús.

—Olivia, joder, estás fatal anda. Si tardas voy a buscarte.

—Sííííí, Vera, traanquilaaa.

Me pongo en movimiento con cierta dificultad. Y en cuanto llego a la puerta del baño... Le hago un audio. Y vaya audio.

—Hola, Manu, ¿adivina quién soy? Sí, Oli, bueno para ti, Olivia. —Me río en plan psicópata

— La chica que conociste en el camping. Te acuerdas, ¿verdad? Más te vale, por qué yo no he podido olvidarte. Tus músculos, tus abdominales, tu pelo suaaaveee, tus ojos, tus labios, tu forma de besarme, la forma en que me mirabas y cómo me temblaban las piernas cuando me tocabas... La verdad es que me acuerdo mucho de ti. Y aún me pongo a mil cada vez que pienso en lo bien que lo podríamos haber pasado en la cama... ja, ja, ja... Sé que te dije que pasaba de ti, pero era mentira. Mentiraaaaaa. Tuve miedo de lo muchísimo que me gustabas. Y sí, creo que la química entre nosotros era brutal. Por cierto, no he podido enviar mi libro me da miedo también. Lo reconozco, soy una cobarde. Ya está, lo he dicho. Manu, ¿tú me quieres? Ojalá... —Y cuelgo. Me apoyo en la pared, riéndome como una perturbada.

—¡Tú estás loca o qué, Olivia Pérez! Me has robado el móvil de Hugo y te encuentro aquí agazapada y riéndote como una chiflada en la oscuridad de la noche en la puerta del baño...

Vera y Alana, que acaban de llegar, me miran inquisidoras a la espera de mi respuesta.

—Ja, ja, ja, ja... No puedo parar, no puedo parar... He sido muy traviesa, chicas... Ja, ja, ja. — Vera y Alana me miran con cara de preocupación, ya que no entienden nada. Les enseño el móvil divertida.

—Devuélveme el móvil, venga coño.

—¿Pero no ves que ha hecho una travesura? A lo niña pequeña, mírala. Pobrecita está ida perdida.

—¿Qué has hecho, Oli? Anda, cuéntamelo —me dice Vera cogiéndome la mano mientras me miran fijamente a la cara. ¡Qué plasta está hoy! Con lo bien que me lo estaba pasando y viene a cortarme el rollo.

—Valeeeee, os lo diré, pero no se lo podéis contar a nadie, ¿prometido? Venga, porfis a nadie.

—Pero ¿qué tiene cinco años? ¿Qué ha bebido? —Alana está asustada, cosa que no entiendo la verdad.

—Y yo que sé, Alana, creo que cava y vino o mojitos... O todo.

—Silencio o no lo cuentoooo... He cogido el móvil de Hugo y tachan, tachan... ¡Le he enviado un audio a Manu diciéndole todo lo que siento por él! ¡TODO! Ja, ja, ja... Lo guapo que es, lo mucho que me pone, lo tonta que he sido dejándolo escapar... ¿A qué he sido muy valiente? ¡He dejado salir a la niña que llevo dentro! Estoy empoderada.

—¡Tú lo que estás es borracha, idiota! Madre mía... En cuanto mañana te des cuenta de lo que has hecho...

—¡Pobrecita, Vera, está ida del todo! ¿Probamos a borrar el audio? Tal vez no lo ha visto, son las dos de la madrugada, con suerte está durmiendo porque trabaja temprano.

—¡No vamos a borrarlooooo!

—Calla un rato, cari, ven siéntate ahí que hay un banco a la fresca. —Alana me sienta y me acaricia la cara. Es tan buena, tanto que aburre y yo quiero fiesta.

En esas, Vera coge el móvil, lo desbloquea y entra en el WhatsApp. Mira a Alana fijamente y suelta directa:

—¡Ala, a tomar por culo! Doble *check* en azul, lo ha visto y lo ha reproducido. Solo espero que al menos no hayas dicho muchas gilipolleces.

—¡Ni tú te lo crees, Vera! ¡Pon el audio! —Entonces, ambas lo escuchan sobrecogidas y yo muerta de la risa otra vez. Soy la monda.

—Bueno, pues ya está. Que sea lo que tenga que ser. Total, de perdidos al río. Con un poco de suerte, Manu pasa de todo y Olivia ni se acuerda mañana. —Alana aún algo impactada, intenta tranquilizarnos.

—Pues más nos vale, porque si no a Oli le va a dar algo.

—¿En serio? Tía, estás fatal, ¡eso o eres una puta loca del coño!

—Gracias, Ingrid, por tus tranquilizadoras palabras. Era justo lo que necesitaba escuchar.

—No te enfades, pero reconoce que se te ha ido la pinza. Eres la hostia. ¡Por eso me gustas!

Estamos bebiendo café de la máquina que tenemos en la librería. No es muy bueno, pero es lo que hay. Son las diez de la mañana. Hace ya bastante calor para la hora que es. Lunes y principios de julio. La cosa está muy tranquila hoy. De momento en una hora solo ha entrado una clienta y ni siquiera ha comprado nada.

La librería no es muy grande, pero se necesitan al menos a dos personas para clasificar los libros, atender a los clientes y ordenar y preparar charlas que regularmente organiza el dueño. Es acogedora. Tiene un enorme ventanal por el que entra mucha luz. Una puerta con un cascabel colgando encima que hace que te enteres al momento de que alguien entra. Hay un enorme mostrador a mano derecha y al final de la estancia, cerca de las grandes estanterías repletas de libros, una pequeña mesa de madera pintada a mano en color blanco con cuatro sillas alrededor que invitan a sentarse y relajarse con un buen libro y un café. Encima reposa un precioso jarrón con flores frescas que Ingrid se encarga de poner cada tres días. También hay un pequeño banquito bajo el ventanal.

Mi compañera de trabajo es algo peculiar. Alta, con gafas de esas feas que poca gente tendría valor a ponerse, pero que a ella misteriosamente le quedan brutales. El cabello castaño oscuro

con una rastra en verde chillón. Casi siempre lo lleva recogido en una coleta alta, le gusta poco lavarse el pelo, aunque creo que le da pereza. Casi siempre lleva pantalones de *jogging*, ya sean vaqueros o de tela, pero *jogging*. Bambas estrafalarias de colores imposibles o pintadas a mano en el taller de su tía y una sinceridad perturbadora. Nos caímos bien al instante.

—Sea como sea, la cuestión es que hace dos días del audio y nada. ¿Eso es bueno o malo?

—Malo joder, tía. ¡Pasa de tu cara! Te está haciendo *ghosting*. ¿Pero cómo te dio por hacer esa cagada? Si le das calabazas y pasa un mes sin querer saber nada de él, no entiendo como luego te da por ir a ponerte en plan ñoña.

—Ha sido la puñetera boda. Era todo tan mágico. Y todas mis amigas con pareja. Bueno, Silvia no, pero está desatada la muy loba. Yo, en cambio, creo que me precipité sobre Manu, no sé...

—¿Y cómo te acuerdas de lo que le dijiste? Estabas algo borracha...

—Algo no, mucho. Yo no estoy acostumbrada y me vine arriba. Bailé y todo en ropa interior en la playa. Ahí fue cuando Ana me llevó a casa. A la mañana siguiente la muy tonta me llamó y me dijo que Vera se lo había explicado todo. Yo quería morirme de la vergüenza, no recordaba apenas nada. La muy traidora de Vera, desde que está liada con Hugo es del bando enemigo.

—¿Pero es que hay bandos? —Pone los brazos en jarras de manera cómica.

—Es una forma de hablar. En fin, ya está todo dicho. Pasa de mi cara, tú lo has dicho. Me voy a la trastienda a clasificar unas revistas de pesca que han llegado esta mañana. Llámame si me necesitas.

Llevo alrededor de media hora en la trastienda cuando oigo que la puerta de la calle se abre. Escucho muy vagamente a Ingrid hablar con alguien y a los pocos minutos entra en mi busca.

—Te buscan.

—¿A mí? ¿Quién?

—Una mujer, alta, delgada, con gafas y pelo corto con permanente. Morena. Muy arreglada. Parece una jefa. Como tu amiga Silvia cuando va a la oficina a currar.

—Jolines, creo que no la conozco. Pero bueno, iré a ver.

Al salir de la trastienda, Ingrid va detrás de mí. Voy vacilante hacia ella. La mujer que me está esperando tendrá unos cuarenta y cinco o cincuenta años. Es muy atractiva y va muy arreglada efectivamente. Taconazos y bolso de marca. No la conozco de nada. Aun así, la saludo de manera cordial y educada.

—Hola, encantada, ¿me buscaba? ¿En qué puedo ayudarla?

—Hola, ¿eres Olivia Pérez Ruíz?

—Sí, soy yo, ¿y usted es?

—Háblame de tú. Soy Cecilia Alonso, editora jefe de la editorial Mercurio, encantada.

—¿Perdona? ¿Has dicho editorial Mercurio? ¿Cómo?

—No te entiendo, pero bueno, supongo que serán los nervios. Nos ha encantado tu novela. Es atrevida, directa, algo traviesa y muy muy divertida. Queremos hacerte una oferta. Tenía razón Manu. Tienes garra y eso se nota desde el primer capítulo.

Estoy en shock. ¿Manu? ¿Perdona? ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Has dicho Manu, ¿verdad?

—Mira, Olivia, tu amigo, bueno, nuestro amigo en común tiene ojo para esto, ya sabes que es periodista. Me lo hizo llegar antes de marcharse a Londres.

—Londres...

—¿Te va bien venir el miércoles a las nueve a mi oficina para leer las condiciones del contrato? —Me mira por encima de las gafas. Se nota que es una mujer segura de sí misma.

Estoy tan bloqueada que Ingrid se anticipa y contesta por mí.

—Allí estará. Y perdone, señora Cecilia, pero es que hoy está algo indispuesta y no está muy centrada.

—Entiendo, un mal día lo tiene cualquiera. Te veo el miércoles. Tengo muchas ganas de empezar a trabajar contigo. Chao.

Sale por la puerta y se sube a un cochazo de alta gama que hay aparcado en la puerta. No es un Seat Panda vamos.

—Qué fuerte, qué fuerte, ¡qué fuerte! ¡Flipa! —Ingrid está emocionada y eufórica. Yo en shock.

Al llegar a casa, bueno, casa de mis padres, entro por la puerta como una autómatas. Paso por al lado de Chispas, el perro y ni le saludo lo que crea en él una decepción mayúscula. Me cruzo con papá y tampoco le digo ni mu. Me siento en el sofá como si llevase plomo en los bolsillos.

—¿Estás bien, chiquitina? Estás rara, o más rara de lo normal.

—Es gratificante pensar que mi padre piense que soy rara.

—Qué pasa, Olivia. ¿Te han despedido del trabajo? ¿Has ligado en el bus?

—No y no. Mi libro. Que les ha gustado. Y quieren hacerme una propuesta sobre mi novela.

—¡Eso es maravilloso, cariño! ¡Me alegro muchísimo! Lo que no me dijiste que la habías enviado finalmente. Te lo tenías muy calladito.

—Y tanto, porque no la he enviado yo.

—¿Cómo? No entiendo nada. ¿Quién ha sido entonces?

Nos miramos los dos unos segundos y decimos al unísono: MAMÁ...

Sobre las dos y media aparece mi madre por la puerta cargando con el carro de la compra lleno hasta las trancas. Entra quejándose del calor, pero estamos hartos de decirle que no son horas de hacer la compra en el súper. Cuando deja el carro en la cocina se acerca al salón y allí, con la mesa puesta y la comida que ella misma dejó preparada estamos esperándole papá y yo.

—¡Hola, cariño! Qué pronto has llegado hoy. Normalmente, llegas sobre las tres o un pelín antes.

—Estaba algo aturdida y he decidido salir antes. Ingrid se ha quedado sola.

—Siéntate, Conchi, la niña quiere hablar contigo.

—¿Conmigo, chiquilla? Pues espero que sea bueno porque lleváis una cara que echa *pa* atrás.

—¿¡Cómo has sido capaz, mamá!? ¿Sabes lo que es la libertad de expresión? ¿Y la intimidad? ¡Pensaba que habíamos empezado de cero y me dejabas espacio para respirar! ¡Pero has vuelto a hacer lo que te da la real gana!

—¡Y lo hago! Ya no te registro los cajones ni escucho detrás de tu puerta cuando hablas por teléfono.

—¿Que hacías qué? No quiero ni responderte o será peor todavía.

—Conchi, la niña, ha recibido una propuesta de una editorial para publicar su novela.

—¡¡¡Ay, mi niña!!! ¡¡¡Qué alegría más grande, chochete!!! —Se levanta de la silla e intenta abrazarme, pero la rechazo enseguida.

—¡Ni se te ocurra tocarme ahora! ¿Has sido tú verdad? Cogiste la novela y se la enviaste a Manu, encima a Manu. Punto número uno: ¿Cómo la has enviado? Punto número dos: ¿Cómo la encontraste? Punto número tres: ¿Tenía que ser a Manu?

—¿Quién es Manu?

—Ahora no, papá. Calla. —Le apunto con un dedo y le mando callar de manera muy autoritaria.

—Madre mía, qué genio, eres como tu madre. Ya me callo.

—Me ayudó María a enviarlo, esa niña es un genio de la informática. Su página de YouTube es supervisitada y tiene muchos suscriptores.

—Al grano, no estoy para hostias.

—Tu novela estaba en tu ordenador, un día que trabajabas de tarde, le dije a la niña que viniera y pues eso, lo cogimos y buscamos. Lo tenías escondido entre tus bragas de Noche Vieja.

—Y...

—Se lo enviamos a Manu porque él te dijo que te ayudaría. Y lo ha hecho. Fue muy amable y cariñoso conmigo. Me preguntó por ti.

—¿Y?

—Le dije que estabas bien y que no querías saber nada de él ni de ningún hombre. Me dijo que se iba a Londres a trabajar porque ya nada lo retenía aquí. Lo hizo antes de su marcha.

—Pero ¡cómo has podido hacerme eso!

—Yo pensé que si salía mal no te ibas a enterar, pero si salía bien, pues era porque te lo merecías, cariño. Tienes talento, pero a veces te escondes como un caracol en su concha y no te das la oportunidad de intentarlo. Como con Manu, ya me veía como abuela...

—¡Por favor, mamá!

—¿Alguna puede contarme quién puñetas es Manu? —Mi padre se siente desubicado al escucharnos y clama saber.

—Nadie.

—Uy, nadie dice la niña. Está coladita por el periodista de Salou...

—¡Mamá, calla!

—Si estamos con verdades, pues *pa lante* vamos. —Mi madre se pone gallito.

—¿En qué momento la niña se ha enamorado? ¿Qué pasa que soy un monigote en esta casa y nadie me cuenta nada?

—¡No sabes ni la mitad de las cosas! Menudo viajecito con la niña y sus amigas... Si yo contara...

—¡Vale, mamá! ¿Puedes parar? Esa no es la cuestión.

—Me vais a volver loco entre las dos.

—¡¡Calla!! —gritamos mi madre y yo al unísono. La cara de mi padre es de sorpresa y enfado.

—Os quiero mucho, pero que os den a ambas, sois igualitas, ¡qué carácter! —Coge y se va bufando con el plato de comida hacia la cocina.

—Lo siento, Olivia, ¿era eso lo que querías oír? Pero no me arrepiento de lo que hice. Creo en ti, sé lo mucho que vales y lo poco que te lo has creído desde que el gilipollas de tu exnovio, el innombrable, te jorobó la vida. Mi amor por ti es tan grande que no le arranqué la cabeza a ese por qué tú me lo pediste.

—Mamá... Yo también te adoro. Aunque a veces te mataría... Perdona por ser una borde tantas veces. Fue muy duro tener que volver a casa de mis padres a mi edad. Me sentí perdida, me sentí fracasar. Y controlada por ti, aunque ahora sé que solamente estabas muy preocupada por mí. Gracias por creer en mí de verdad.

Nos miramos y nos fundimos en un abrazo enorme entre risas y lágrimas. Mi padre, que estaba observando todo desde el quicio de la puerta, entra triunfal y suelta...

—¡Ya era hora por favor! Habéis tardado bastante pero bueno. Venga un abrazo en equipo.

—¡Ay, los celillos de mi padre!

—Sí, celos dice... ya estáis contándome ahora mismo quién es Manu o llamo a todas tus amigas y alguna canta la Traviata. O a María... ¿Quién empieza?

## Capítulo 13



### *El que canta el mal espanta...*

—¡Para un poquito, por favor, Oli! Vas a reventar el saco de boxeo...

—Sí, Martina tiene razón. Aparte estás como... Digamos, ¿alterada? —Silvia elige con tacto las palabras.

—¿Alterada yo? ¡Si estoy la mar de bien! ¿No me ves coño? —Entonces le meto una patada con todas mis fuerzas al saco mientras grito como poseída, lo que provoca que el saco se bambolee con mucha fuerza y que casi le dé a Silvia en toda la cara.

—Si tú lo dices, yo te creo, pero... —Silvia se aleja de mí poniendo los ojos en blanco asustada.

—Olivia, cari, en media hora empiezo la clase de yoga, ¿por qué no me acompañas y así calmas tus chacras? Creo y digo, creo, que te vendría bien parar un poco, beber agua y relajarte. Llevas unos días en el gimnasio... la gente te huye en la clase de *body combat* y en la zona de boxeo...

—¡La gente es gilipollas! —suelto con rabia.

—Joder, Olivia, eso es más propio de Vera, no de ti. ¿No tendrás la regla? —me pregunta Silvia.

—¿Y tú eres idiota o te lo haces? ¡Y sí, tengo la regla! —espeto sin pensar a gritos—. La gente me adora en el *gym*, si no mirad, ahí está Paco, un adorable abuelito con el que siempre charlo. Ya veréis, ¿Paco? ¿Un café?

—No puedo, Olivia, voy con prisa —dice con cara de circunstancia.

—¿Y mañana? Venga ánimate —le digo mientras sigo aporreando el saco.

—No puedo en serio, ya te avisaré yo si eso. Algún día... —Y se va como si alguien lo

persiguiese. Cómo corre el condenado cuando quiere.

—Menos mal que la gente te adora... a este le han faltado piernas para correr —Silvia lo dice a bocajarro.

—¡No me toques las narices! —le digo.

—Calma, chicas, calma. Estamos preocupadas por ti, nada más. Alana dice que no le respondes a las llamadas ni a los mensajes. Y Vera que el otro día, primero, increpaste a su hija por lo del libro y a la media hora, la llamabas para darle las gracias.

Sujeto el saco de boxeo con el brazo izquierdo y con la mano derecha me limpio el sudor de la cara. Me froto la frente. Y reflexiono. Tienen razón, estoy muy acelerada desde la entrevista con la editora y la revelación de lo de Manu.

—Perdonad, tenéis razón. Reconozco haber estado algo crispada en estos últimos días.

—¿Solo algo, querida?

—Valeee, mucho. No sé qué me pasa, o sí.

—Vamos que te arrepientes de haber dejado escapar a Manu y romperle el corazón. —Silvia va directa, como siempre hace.

—Y te sientes mal porque encima él te ha ayudado con lo del libro antes de irse a Londres.

—Vale sí, lo habéis clavado. ¿Contentas? ¿Puedo ya seguir aporreando el saco tranquilamente?

—Noooo... —Cantan al unísono ambas.

—Venga, a tomar café —dice Silvia.

—Mejor una tila creo yo... Y a contarnos con todo lujo de detalles lo que pasó en la entrevista. En tan solo quince días sale tu libro a la venta y en menos de un mes es la presentación. Las redes están que arden con tanta propaganda. La editorial va fuerte. —Nos apremia Martina.

—Y todo por Manu, jolines... Tengo ganas de matarlo y de besarlo a partes iguales.

Nos vamos al bar del gimnasio y pedimos dos cafés y una tila para mí. Entonces les explico a conciencia todo lo acontecido en la entrevista...

*«Lo primero que pensé al llegar allí fue que era una pasada de sitio. La gente estaba trabajando en ideas o bocetos de nuevos proyectos y se respiraba un ambiente laboral ameno y distendido. Todo era luminoso, de grandes espacios abiertos. Gente sonriendo. Cecilia Alonso me esperaba en su despacho. Llevaba una blusa blanca, impecable, con una falda tubo en animal print de leopardo. Taconazos negros. Un collar tipo gargantilla y un reloj de muñeca con cristales de Swarovski. Se había cambiado de gafas, eran rojas, con personalidad.*

*Me hizo sentarme y me ofreció té, café o agua. Cogí agua, pues tenía la boca seca de los nervios.*

*El despacho era pequeño pero acogedor. Entraba mucha luz desde la ventana, con lo cual hacía superluminosa la estancia. El escritorio de trabajo deja entrever lo meticulosa y minimalista que es ella. Un lapicero, un ordenador portátil, una lámpara de sobremesa. Nada más. Un amplio estante con numerosos libros al lado de la ventana y una mesa redonda con dos sillas en la que reposa colocado de manera ordenada documentos y archivadores.*

*Me dijo que mi libro les había cautivado desde el primer capítulo. Me hizo una oferta y que si yo aceptaba algún pequeño cambio podía considerarme parte de la editorial. Me agradecía la confianza depositada en editorial Mercurio y que ellos me ayudarían a sacar todo el potencial que llevaba dentro. Yo flotaba de emoción, hasta que me nombró a Manu. Me dijo tal cual:*

*—Manu y yo nos conocemos desde hace años. Estuvimos trabajando juntos en el periódico de Salou hace unos cinco años. Él era un joven muy prometedor. Un periodista excepcional. No sabía nada de él hasta que me dijo que tenía una amiga que acababa de escribir su primera*

*novela y que quería trabajar con nosotros. Me pidió que la leyera. Tenía razón, es muy buena. Manu siempre ha tenido ojo para calar a las personas. También decirte que, si todo va bien, en cuanto tengamos la novela lista, haremos la campaña en redes sociales, la pondremos en las librerías y haremos la presentación de tu libro.*

—Gracias, no sé qué decir. Y con respecto a Manu ha sido muy generoso conmigo. Tampoco nos conocemos tanto.

—Pues él creía en ti y yo también. Es una pena que se haya ido a Londres. Me dijo que te diera la enhorabuena de su parte.

*Después de eso todo lo demás lo tengo borrado de mi cabeza. Él creía en mí y yo poco más que le dije que solo era un rollo de verano».*

—Y ni eso, ya que ni te lo has tirado, nena. Tenía pinta de hacerlo bien en la cama. Menuda espalda... para clavarle las uñas.

—¿Siempre con lo mismo, Silvia? Desde la separación estás desatada perdida.

—No te confundas, ella siempre ha sido así, lo que pasa que antes lo disimulaba un pelín, ahora lo suelta sin más y a tomar por culo —le contesto a Martina.

—¿Por eso tienes esa rabia dentro? Porque te sientes una cabrona y él ha quedado de diez —comenta Silvia.

—¡Qué dices! Lo que pasa es que... es que...

—Que no te esperabas que después del desplante hiciese eso por ti —asegura Martina.

—Bingo.

—Lo sabía, Oli.

—¡Y yo que pensaba que te arrepentías de no habértelo tirado! —Silvia se queda pensativa.

—Tuve miedo... —susurro en voz casi inaudible.

—¿A qué a tirártelo? —me pregunta Silvia, burlona.

—A eso no, lista, ya sabes a qué me refiero...

—Pues mira no. Yo lo único que sé es que no sé nada.

—No seas mala, Silvia... Olivia está confusa por lo acontecido en estos últimos meses. Además, tiene derecho a equivocarse o no al tomar sus propias decisiones. Pero te lo tenías que haber tirado. Estaba buenorro y encima estabas pillada de él, se te notaba a leguas —suelta Martina con un contoneo de cabeza en el que hace ondear su larga melena rubia al viento.

—Estoy hecha un lío. Tuve miedo de lo muchísimo que me gustaba y ya sabéis que a veces tiendo a huir cuando me siento en una encrucijada.

—Pamplinas... ¡Pero eso te lo quito yo como que me llamo Silvia Romero!

—Ah, sí, ¿y cómo? —pregunto algo escéptica.

—Déjalo de mi mano.

—Miedo me das y lo sabes.

—Bueno, de momento vente conmigo a yoga y al salir del *gym* te sentirás como nueva... Tú déjate fluir.

—A mí lo que me fluye ahora mismo es el pipi.

—Silviaaaa... —decimos a la vez Martina y yo.

Al salir de la clase de yoga me siento más relajada, pero también contracturada. No vuelvo, a hacer la postura de la vela nunca más. Ni la del cuervo. Nunca. En cambio, Martina parece alegre de más. Algo trama esta.

Mis sospechas se confirman cuando veo a Silvia esperándonos a la salida de gimnasio junto a Alana, Vera y Ana. Todas van arregladas. Todas, menos yo que voy con las mallas y el top sudado. Un moño y mi bolsa de deporte colgada al hombro derecho. Hasta Martina se ha

cambiado en los vestuarios. Yo reconozco que me da vergüenza eso de ponerme en bolas delante de las vecinas del barrio. Es un gimnasio muy concurrido y allí me conocen de toda la vida.

—¿Se puede saber qué significa esto? —suelto algo borde.

—¿Pero no sale de yoga? —Ana nos mira sonriendo. Me abraza fuerte como solo ella sabe hacer.

—¡Hola se dice! —Alana me achucha también.

—¿Se puede saber por qué no te has cambiado? No digo que no vayas sexy, pero... hueles a zorrilla.

—Vera, tan oportuna como siempre en tus comentarios. Dejarla tranquila. Está preciosa como siempre.

—Gracias, Martina, a ti que te den, Vera. —Le enseño el dedo anular a Vera mientras sonrío fingida—. ¿Alguien me lo cuenta? ¿Qué pasa aquí? Desembuchad.

—Nos ha dicho Silvia que últimamente andas un poco tensa —dice Ana.

—Más bien con un palo en el culo, como iba yo antes —remata Vera.

Las miro fijamente a todas, pongo los ojos en blanco y pregunto resignada:

—¿A dónde se supone que vamos *All Stars*?

Media hora más tarde, plantada delante de la puerta del local, con los brazos en jarras y con cara de incredulidad, pregunto:

—Estáis locas, ¿verdad? Yo paso.

—No vale pasar. —Sonríe Alana.

—Cari, ¡si lo vamos a pasar genial! —Martina me abraza y se pone a aplaudir.

—La verdad, a mí también me parece una mierda, pero si lo hacemos juntas seguro que será divertido.

—Joder, Vera, tú tan positiva como siempre.

—Lo sé, Ana, me sale de forma natural.

—Chicas, chicas, vale ya. Hoy lo vamos a dar todo. Vamos a disfrutar como nunca antes. He hablado con el dueño del local y le he dicho que queremos estar en primera fila y que cantaremos varios números. —Silvia tiene los ojos brillantes de la emoción. Es como una niña pequeña con zapatos nuevos.

—O sea eres tú la que ha organizado lo del karaoke. No sé por qué no me extraña, la verdad —le digo mirándole a los ojos muy de cerca.

—¡Caris, será divertido! ¡Vamos! Por fi...

—Martina, no me mires así... Sabes que solo tú me ablandas. —Las miro a todas y me rindo. Qué le voy a hacer, las quiero a las muy perras—. ¿Seguro que no tenéis nada mejor que hacer un viernes por la tarde noche? —Niegan con la cabeza—. Vengaaa... pues para dentro al karaoke. ¿Queréis cantar? ¡Cantaremos!

—¡Esa es mi Oli, coño!

—¿No puedes dejar de decir palabrotas un rato, Vera?

—No, Ana, no puedo. Igual que tú no puedes dejar de ser sor Ana del todo.

Al entrar al local de karaoke de nombre Olé Olé, veo que a mano izquierda tienen una barra en la que atiende una chica de unos veinte años aproximadamente, con una amplia carta donde ofertan cócteles de todo tipo. También parece que hacen bocadillos, algo que agradezco porque salgo muerta de hambre del gimnasio.

El local tiene una iluminación discreta, íntima, que invita a relajarse si lo que quieres es solo tomarte algo y pasar desapercibido en las múltiples mesas redondas en las que sentarte. En

cambio, hay un escenario bien iluminado, con focos y luces de colores que hacen que cualquiera se sienta como una estrella de la actuación. Hay un pantallón enorme dónde está claro que sale la letra para poder cantar y elegir las canciones a demanda. Todavía no parece haber mucha gente. No sé si es por la hora, ya que solo son las ocho y media de la tarde o porque no se suele llenar. Sea como sea, escogemos un par de mesas y las unimos, ya que somos seis.

Pedimos unos mojitos como no. El mío de fresa. Martina no quiere cócteles porque alega estar algo revuelta del cansancio y el viaje. Yo como tengo más hambre que un león me pido un pedazo de bocata de lomo con pimientos, queso y bacón. No permito que me juzguéis. Con la comida no se juega. Martina y Alana un sándwich vegetal con atún, Silvia y Vera una hamburguesa con queso. Ana se pide un bocadillo de queso fresco y aguacate con pan de cereales.

La comida hay que reconocer que está buena. Pero lo mejor son los cócteles.

La cosa empieza a avanzar y la gente comienza a cantar. Hay que decir que la mayoría no valen ni para estar escondidos. Me sangran los oídos. Pero reconozco que me estoy divirtiendo más de lo confesable.

—Martina, te agradezco que hayas venido esta noche con nosotras. Sé que llegaste ayer del viaje a Grecia y hoy has ido a currar al gimnasio y luego de cenita con nosotras. Gracias.

—De gracias nada. Si no fuese por ti, no formaría parte de este grupo formado por una panda de locas maravillosas. Vosotras y mi marido sois mi familia. Y por mi familia MATO.

—Es que te quiero, mi pequeña Campanilla. —Nos abrazamos fuerte y nos damos un piquito rápido. Es algo que Martina hace siempre.

—A mí ni se os ocurra darme un pico que me abro. Yo solo beso los labios de Hugo.

—¡Eres una estrecha, Vera! Abre tu mente, deja florecer tu lado más sensual, a lo mejor descubres que eres bisexual como tu hija.

—Ya tardabas, Silvia, en soltármelo. Libérate tú y cómete todas las almejas que quieras. A mí déjame en paz. Estoy muy enamorada de mi chico y no me da corte reconocerlo.

—¡¡¡Ohhhhhhh!!!! —Alana y Martina ponen ojos de cordero degollado y fingen morrarse mientras se abrazan.

—¿Cantamos una de Mecano? ¡*Porfiiii*! —Martina suplica con la mirada y Silvia rápidamente acepta el reto. Salen riéndose como niñas y se suben al escenario con decisión. Ya verás tú. Buscan en el repertorio y eligen el tema.

—Conozco esas caras. Estas traman algo. —Ana las mira suspicaz.

—Mecano y Silvia, mal asunto. —Alana se ríe por lo bajini.

Entonces Silvia coge el micro y, con decisión, suelta:

—Queremos dedicar esta canción a nuestras amigas, las de la mesa doble llena de copas de mojitos. Sí, esa mesa, las que fingen no conocernos. ¡Holaaaa! Va para vosotras y en especial para Vera, ella sabe por qué, mi querida almejitita.

Entonces entonan la canción *Mujer contra Mujer*. La viven, vamos si la viven. Se rozan entre ellas, se contonean y sobre todo se abrazan con emoción. La gente las mira como hipnotizados. Vera, en cambio, les hace señales de os corto la cabeza entre risas.

—¡Hola! —nos saludan de pronto.

—¡Osito! ¿Qué haces aquí? —Vera se pone en pie de un salto. Tiene delante a Hugo, su Hugo. Se funden en un beso eterno bien apretados. Doy fe que hay fuego.

—¡Qué corra el aire, pareja! —les recrimina Ana con cara de burla.

—¿Vienes solo? —pregunto sin poder evitarlo. Me arrepiento en cuanto lo digo.

—Ehhh... Sí. Sabía que Vera estaba aquí con vosotras y no he podido evitar pasar a veros. Este

fin de semana tengo libre y he venido a Sabadell. ¿Os la puedo robar un rato?

—Claro, Hugo, tranquilo, id a hablar —les dice Alana.

—Sí, hablar... Si estos parecen conejos en celo —les digo a Ana y Alana.

Se oyen aplausos y vítores. Martina y Silvia se bajan del escenario felices. Se acercan a la mesa y nos preguntan por Vera. Les comentamos la llegada de Hugo. Vemos que están hablando en un aparte del local. La música vuelve a sonar.

—¿Queréis otro cóctel? Esta ronda invito yo, total dentro de nada seré casi rica. Ja, ja, ja, ja...

—Me levanto dispuesta a ir a la barra. Pero de pronto me paro en seco porque creo ver a Manu. Imposible, no puede ser. Está en Londres desde hace tres meses. Me froto los ojos y vuelvo a mirar hacia la puerta del local, pero el chico que veo no es él. Los dos mojitos que me he tomado me empiezan a afectar. Estoy atontada.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Todo bien? —Alana me coge del brazo preocupada. Tardo en contestar.

—Sí, sí. Me había parecido ver a alguien que conozco. Pero no, no era. ¿Me acompañas a por las bebidas?

—Vale, vamos.

Alana y yo nos dirigimos a la barra. Pedimos una Fanta y cinco mojitos de los que juramos serán los últimos. Yo seguro. Pero cuando vamos a coger la bandeja con los cócteles vemos a Vera y Hugo ir hacia los baños. No lo puedo evitar.

—¿Nos lo guardas un momento? —le digo a la camarera—. Ahora volvemos.

—No.

—Sí.

—Olivia.

—Alana.

—Vamosssss. —La cojo del brazo y tiro de ella. Como una niña traviesa nos acercamos sigilosas y encuentro lo que buscaba. Vera y Hugo están besándose apasionadamente pegados a una pared. Él le sujeta el trasero con fuerza. Su mano derecha busca un pecho. La coge a pulso para sujetarla mejor.

—¡Madre mía! —digo sobrecogida por la fuerza del momento.

—Vámonos... —susurra Alana. Pero de pronto vemos que se meten en el baño de chicas. Cierran la puerta de un portazo.

—¿Crees que van a...? —pregunta Alana.

—¿Tú qué crees? Ven.

Corremos a la puerta del baño y pegamos la oreja. Efectivamente se oyen gemidos. La conversación entre ellos es como una película.

—Ábrela. Oh, sí...

—¿Te gusta?

—Mucho, osito...

—Cógela.

Alana me coge de la mano y me susurra:

—¿Están follando?

—F follando no sé, pero jugando a las cartas tampoco, ja, ja, ja.

—Calla, loca, que nos van a oír... —Nos tapamos la boca y seguimos escuchando.

—Madre mía, qué dura...

—¿Ves cómo me la pones?

—La quiero dentro ahora, osito mío.

—Eres muy perversa... Voy a darte lo que pides.

—Ohhhh, sí... Ahora... no pares... no pares...

—Osita, me pones a mil...

Entonces se escuchan golpes contra la puerta y lo que es evidente que es sexo puro y duro. Los jadeos se intensifican y es entonces cuando Alana tira de mí y me lleva hacia la barra.

—¡Ahora sí que se lo estaba tirando! Ja, ja, ja, ja... ¿Por qué siempre tengo que escuchar sus polvos? —Me parto de la risa como una colegiala.

—¡Qué fuerte, cari! Menuda loba nuestra Vera...

—¡Son unos osos muy malos! —Me empiezo a reír sin poder parar contagiando a Alana mientras la camarera nos mira como si estuviésemos locas.

—Oli, me has obligado a escuchar, estás muy salida, querida, como diría Silvia, «necesitas un buen polvo».

—Necesito uno y dos, pero con un empotrador de esos buenos. Soy casi virgen. No recuerdo la última vez que lo hice.

La camarera evidentemente ha escuchado la conversación y nos da la bandeja con los cócteles mientras nos sonríe y suelta:

—Os he escuchado sin querer... Tranquila que las malas rachas pasan. Igualmente, si prefieres probar algo diferente, yo estoy disponible guapa, soy Aroa. —Me suelta con mirada pícar.

—Encantada, yo Alana y ella es Olivia.

Me quedo mirándola con cara de sorpresa, pero consigo reaccionar con cierta soltura.

—Gracias, me alagas mucho, muchísimo, pero hoy es noche de chicas.

—Por eso tu amiga se está tirando a uno en el baño, ¿verdad?

—Mi amiga es una salida... y es su novio. —La verdad tengo que reconocer que la chica es guapísima; pelo castaño largo, ojos verdes, pecho voluminoso y alta.

—Como quieras, preciosa, otra vez será. Aquí tienes mi número. —Me pasa una tarjeta del local con su número apuntado y su nombre.

—Sí, otra vez será, gracias. Chao.

Nos alejamos unos pasos y cuando veo a Alana dispuesta a hablar, le digo apuntándole con un dedo:

—Ni se te ocurra decir nada, capulla. Y, por cierto, estoy tan buena que hasta en mallas y sudada ligo...

—Entendido, cremallera.

De vuelta a la mesa nos preguntan por Vera. Alana intenta disimular como puede mientras deja los cócteles en la mesa. Silvia, que es más lista que el hambre, lo pregunta sin rodeos.

—¿Se lo está tirando verdad? En el baño. —Ana escupe el mojito del estupor.

—Noooo... están tomando el aire. —Alana no es muy buena mintiendo la verdad.

—¿Oli? —pregunta Martina.

—¿Qué? Bebe tu Fanta y calla, Campanilla, que habéis puesto cachondo a todo el local con esa actuación.

—Pues ve preparando ese culito que salimos a cantar en nada.

—¿Yo? Ni de coña, chata —le digo poco convincente y la verdad es que ya he perdido la vergüenza.

—Olivia ha ligado —comenta Alana sonriendo como una niña traviesa.

—¿No te podías quedar callada? Qué tontita eres.

—¿Con quién? Porque salvo Hugo aquí hay mucho viejo y mucho friki... —Silvia, tan delicada como siempre.

—Desembucha... —Ana está impaciente.

—Con la camarera.

—¿¿¿¿Cómo????—gritan todas riéndose.

—Lo habéis oído perfectamente. Tengo un sexapil brutal —bromeo irónica—. No se me resisten ni hombres ni mujeres. Este culito de gimnasio y mis abdominales enloquecen por donde voy.

—Ya, el amor libre está de moda. Tendrías que hacer como María, probar opciones. Y cambiando de tema, chicas... ¿Vosotras os masturbáis con regularidad? —suelta Silvia de pronto provocando de nuevo el atragantamiento con el mojito de Ana.

—¿Perdona? —Casi me da un parraque ahora mismo.

—Ya, Alana, lo entiendo, pero ¿te masturbas? Olivia seguro porque está a pan y agua. Yo lo hago a diario, pero y ¿vosotras? Desestresa mucho...

—No pienso contestar —le dice Ana.

—No seas estrecha, chica, deja atrás a la antigua Ana y abraza totalmente a tu nueva yo. Libérate.

—¿Y esa pregunta a qué viene? Estás muy sexual, asustas...

—¿Pero lo haces sí o no, Oli? —pregunta Martina.

—¡Sí, ¿contentas?! ¡Me masturbo, joder! —grito, lo que provoca que me miren unos tíos de la mesa de al lado.

—¿Pasa algo? Como me miran así... —Los hombres se giran abochornados—. Os lo estaréis pasando genial a mi costa vosotras hoy. Voy en mallas, ligo con chicas, confieso que me masturbo... Menuda noche...

Estamos de cachondeo cuando vuelven Vera y Hugo algo acalorados. Ella lleva la blusa mal abrochada.

—¿Todo bien chicos? —pregunto yo directamente.

—Sí, estábamos hablando y fumando un piti, ya sabes, yo y el humo... —dice Hugo.

—Pues cuando vayas a fumar, recuerda abrocharte la bragueta de los vaqueros, no cojas frío en el pene —suelta Silvia a bocajarro—. La noche está algo fría, aunque tú pareces muy acalorado, ¿no?

Vera se pone roja como un tomate y la fulmina con la mirada. El resto estallamos en risas mientras le digo sin poder evitarlo:

—¡La quiero dentro, osito! Ja, ja, ja, ja...

La noche avanza estupenda hasta que me escama la actitud de Martina. La veo rara. Diferente. Algo ha cambiado en ella. Decido preguntar directamente, sin rodeos, como soy yo.

—¿Qué te pasa? Te veo diferente desde que has llegado.

—¿Qué dices! Bobadas. ¿Elegimos una canción para cantar? —Se levanta de golpe, algo que evidencia que pretende escurrir el bulto—. ¡Todas al escenario! ¡Vengaaa!

—¡Pues vengaaaa! —Ana se levanta entre gritos y aplausos.

Vamos todas al escenario. Empiezan todas a mirar las opciones que hay. Yo sigo preocupada por Martina y no me rindo.

—¿Qué es? Te vas del trabajo, cambias de casa, tu marido ha dejado de hacer bien el cunnilingus...

—¿Ya estás como Silvia? Deja de ir con ella al *gym*.

—Te pasa algo... O me lo dices o lo voy a averiguar igual...

—Canta y luego te lo cuento.

Pero de pronto tengo una sospecha al mirarla. Lleva ropa algo más suelta de lo normal para ser

ella, que se vanagloria de su cuerpo escultural. No bebe alcohol, cuando la tía aguanta como un camionero rumano. Y salvo por el bailecito de antes, en el *gym* solo ha realizado la clase de yoga y la de baile.

—¡Estás embarazada! —grito tapándome la boca y mirándola fijamente.

Ella se pone roja de golpe. La he pillado.

—¿¿¿Cómo!!?? —gritan todas de pronto.

—¡¡¡Qué sí, joder!!! ¿Contentas? —Y vaya si lo estamos. La rodeamos en un círculo y la abrazamos entre lágrimas de emoción. Le tocamos la barriga y yo se la beso amorosamente.

—Gracias por hacerme tita, Martina... —le digo.

—Eres peor que un sabueso, Oli. —me dice mientras me abraza y me besa las mejillas húmedas por mis lágrimas. Hugo, que nos observa desde abajo del escenario, nos dice:

—¡Venga una foto juntas, chicas! Para recordar el momento. Decir patata...

—¡¡¡Patata!!!

—Y ahora a cantar, por favor que hay más gente que quiere salir y vosotras estáis aquí plantadas en el escenario sin cantar —nos suelta un poco borde, uno que parece ser el jefe.

—Relájese, hombre, estamos de celebración, ¿no lo ve, hostias?

—Va, Vera, tranquila, neni. Disculpe ya cantamos. —Alana temple los ánimos.

—¡¡¡Tengo la canción!!! De hecho, es nuestra canción. —Ana nos mira triunfal y pone el *play* al pantallón.

Comienza la música y todas gritamos de emoción al escuchar a Fangoria. Entonamos juntas el tema *Dramas y comedias*. La cantamos cogidas de la mano como si de un himno se tratara. Representa mucho para nosotras. La primera vez que la cantamos fue en una fiesta ochentera hace más de cinco años, allí yo les presenté a Martina, a mi grupo de amigas con la esperanza de que surgiera el *feeling* entre ellas. Era mi monitora del gimnasio y atravesaba un mal momento. Solía quedar con ella los martes por la tarde a tomar una caña al salir de pilates. Lo que comenzó como una relación de buen rollo se convirtió en una bonita amistad. Conectó con mis amigas al instante. Esa noche cantamos la canción por primera vez y fue brutal la sensación de complicidad de las seis. Cinco años después, unidas, felices y más locas que nunca, cantamos de nuevo las *All Star* al completo. ¿Todavía no os he dicho por qué nos llamamos así? Solo puedo deciros que mis amigas son mi familia.

## Capítulo 14



### *Como en una novela...*

Hace un día maravilloso. El sol brilla alto. El cielo totalmente despejado y azul hace ondas con las nubes. Es mediados de septiembre, un mes que me encanta. La temperatura es maravillosa, al menos para mí, la amante del verano. Son las doce de la mañana. Estoy muy nerviosa, muchísimo. Atacada más bien. Pero feliz, enormemente feliz. Quién me iba a decir a mí hace tres meses que mi vida iba a cambiar tanto. Dicen que soñar es gratis. Y lo es. Pero que se cumplan tus sueños es muy difícil, a veces casi imposible.

Las miro y están ahí. Todas. No falta ninguna. Fieles. Emanando fuerza. Haciendo unión. También están ellos, mis protectores, mi corazón. Los veo nerviosos, ansiosos, emocionados y felices.

La ropa que he elegido para la ocasión me parece cómoda, desenfadada, sexy y con un guiño al verano que cambió mi vida.

Llevo un vaquero blanco acampanado precioso que realza mi muy trabajado trasero con unas zapatillas *Converse* en color blancas de plataforma y con bordados de flores en color plateado. Lo he combinado con una blusa en color turquesa anudada al cuello con un escote *halter* que realza mi pecho. Un blazer ligero blanco abierto completa mi vestuario. Llevo unos minúsculos pendientes de corazón que me regaló mi madre cuando cumplí dieciocho años. Un guiño a ella, que creyó siempre en mí. Discretos, elegantes, sutiles. El pelo semi recogido en un moño bajo está sujeto con unos pasadores de mariposas. El maquillaje ligero, pero muy favorecedor me resalta los pómulos y acentúa mis labios en color cereza. Llevo la pulsera que me regalaron mis amigas cuando se enteraron de que mi libro estaba causando furor en redes sociales. Es una mariposa engarzada preciosa con seis corazones entrelazados. El escenario en el que me hacen

subir es muy bonito. Lo han llenado de flores silvestres. Han puesto unas marquesinas entoldadas con velos blancos que flotan en el aire. Es todo muy romántico y bohemio. La mesa que expone mis libros es simplemente maravillosa. Allí me esperan mi editora, Cecilia Alonso, que va como siempre espectacular, con un vestido largo de gasa en color amarillo con flores negras, de tirantes y junto con sus ya habituales taconazos y gafas con estampado de leopardo. El cabello, como siempre, lo lleva perfectamente peinado. Junto a ella, un portavoz de redes sociales, Roy se llama, alto, rubio, con gafas marrones y sonrisa pícara. Ambos me sonríen y mientras aplauden me invitan a subir al escenario. Al subir, las veo, los veo. Me sonríen orgullosos. Y aplauden con mucho fervor. El momento ha llegado por fin. «Tú puedes, Olivia, adelante, es tu momento».

—¡La madre que la parió quien sería! Puto calor de mierda que hace para ser septiembre. Si no fuera por lo mucho que la quiero iba a estar aquí sudando como una cochina.

—Siempre quejándote, Vera...

—Si no me quejase de algo no sería yo, Alana. —Se ríe mientras sujeta de la mano a su chico, Hugo, ese amor de verano que se tornó verdadero, puro, curativo. Sincero y paciente. Ella le mira y sonríe enamorada.

—La cuestión es que esta vez la quejica esta tiene razón. Hace demasiado calor para hacer la presentación de un libro a finales de verano, en el campo y por la mañana tirando a mediodía. Está loca del coño. Menos mal que hay alcohol y tíos buenos —comenta Silvia quién sujeta a sus dos chihuahuas. Al perrito le han buscado pareja.

—¿Qué has dicho, mami?

—¡Ha dicho coño! ¡Coño! —grita una voz angelical mientras corretea alrededor nuestra.

—¡Coñoóooo! —grita el otro entre risas y también se une a correr.

—Medura un poco, Silvia, que tus hijos están aquí —le recomienda Ana.

—Tienes razón, Ana Karateca. ¡Niños, esa boca! ¿Y cómo va el negocio familiar?

—Pues mira, la ferretería va viento en popa. Mi marido a contratado a un estudiante universitario para los fines de semana y alguna hora suelta a diario. Como ya no voy por allí ha tenido que tomar acciones para no perder ventas, y bien, la verdad. Las señoras del barrio adoran a ese chaval alto, moreno y fortachón. Creo que lo imaginan en sus casas montándoles los muebles.

—Y lo que no son los muebles, querida... Tiene pinta de empotrador —le dice picarona Silvia.

—Sea como sea, yo estoy superfeliz trabajando a media jornada en el concesionario vendiendo coches de alta gama y relacionándome con la gente. Ya sabéis que yo soy relaciones públicas, ja, ja, ja... Y encima estoy rodeada de coches, mi gran pasión. Entre eso y las manualidades que hago en el taller los miércoles por la tarde me vuelvo a sentir estupenda. El resto del día sigo siendo una supermami.

—Me alegro mucho por ti, cariño, de verdad. Tienes otra mirada, otra energía.

—Gracias, Alana. ¿Y tú? Si no he visto mal, luces en tu mano algo brillante... ¡Enséñalo! —Ana veloz coge la mano de Alana y la sujeta en alto.

—¿Estás prometida, perrilla? ¿Y no pensabas decir nada o qué? —Martina se pone con los brazos en jarras observándola.

—Habla o habla. —la presiona Vera.

—Dejar a la muchacha hablar —dice Hugo serenamente.

—Gracias, Hugo. Bueno, pues resulta que... ayer... Arnau... me pidió matrimonio. ¡¡¡Y le he dicho que sí!!! —Los gritos de emoción que se producen de repente alertan a todo el mundo. Todas acorralan a Alana mientras la besan, la abrazan y miran el anillo una y otra vez.

—¡Qué bonito, Alana! En serio... qué bonito... Te quiero tanto, tanto... y no sé qué me pasa,

pero no paro de llorar, puñeteras hormonas del embarazo.

—Martina, tranquila, es normal. —Le consuela Ana—. A mí también me pasaba con los bichitos. Una llorera. Estaba de un sensible. Un documental de gatos me dejó hecha polvo una vez, mi marido creía que me pasaba algo malo al llegar a casa del trabajo.

—Yaaa... Pero encima estoy gorda, mirad qué fea.

—¿Fea tú? ¿Me estás vacilando? Si tienes el cuerpo de una modelo, pero con barriguita de tres meses y medio. Mataría por ese cuerpo, así que cierra el pico monada —suelta Silvia con cara de incredulidad.

—Esta es tonta. —Remata Vera.

—¡Dejar en paz a la pequeñina que está embarazada y muy sensible! ¿Verdad preciosa? —sentencia mi madre que aparece por ahí junto a mi padre, mi compañera de trabajo Ingrid y mi hermano, ese ser que veo solo en los días importantes, ya sabéis, Navidades, Reyes, cumpleaños, etc... Pero que el resto del año es una leyenda urbana. Vamos, una excelente relación, sin altibajos ni nada por el estilo. Solo os digo que tengo que preguntarle cuando voy a su casa en qué piso vive... Es lo que tiene verse taaaantooo...

—¡Gracias, Conchi! Eres un amor. Y mi segunda mami. —Se abrazan cariñosamente mientras mi madre la besa en la mejilla.

—Hombre, el señor Pérez en persona, dichosos los ojos. ¿Cómo va por el club de ciclismo? —pregunta Silvia burlona con un apretón de manos fuerte y enérgico.

—Bien, señorita Silvia. Todo estupendamente. —Le sonrío mi padre de manera jovial—. Me alegra muchísimo que estéis todas aquí para apoyar a mi niña. Gracias de corazón. Sois su segunda familia. A veces hasta tengo celos... y las juergas que os corréis...

—Nunca la dejaríamos sola. Somos las *All Stars*. Y prueba de ello es hoy. —Se señala los pies Ana.

Ahí están todas, con sus *Converse All Stars*, cada una de un color, como manda la tradición de aquella fiesta ochentera que os conté la otra vez. En los momentos trascendentales, como hoy, es obligatorio llevarlas. En la boda de Martina, pasada la ceremonia, nos pusimos todas las nuestras. Martina, como no podía ser de otra manera, se las puso azules.

—¡Hola, mamá! Aquí estamos. —María aparece preciosa, con un mono vaquero en color negro, una blusa rosa con estampado de estrellitas negras, unos pendientes a juego también de estrellas con su correspondiente pulsera y unas sandalias atadas al tobillo negras con tachuelas. Un bolsito negro con cadena colgado al hombro completa el *look*. Pero lo mejor es la compañía que trae. Son tres.

—¡Hola, cariño! ¿Habéis llegado bien? Jason, ¿has podido aparcar a la primera? —pregunta Vera.

—Sí, señora, a la primera, está muy *bakano* el sitio. Buahh, de locos... me *putoflipa*. —Jason tiene dieciocho años recién cumplidos. Es alto, moreno y con el pelo a capas que no para de tocarse. Sonrisa franca y un tatuaje enorme de su bulldog francés en la pierna derecha.

—¡Hola, Vera! Hola a todos. —La chica que va con ellos es Tami, de la edad de María, desenfadada, jovial, cabezona y directa. Su melena corta y pelirroja le otorgan mucha personalidad.

—¡Hola! —saludan de manera general todos.

—¡Hola, chicos! Id a pillar algo de beber y coged sitio. —Les recomienda Hugo.

—¡Hola, bro! ¡Va a ser que sí! Esto está *petao*...

—Vamos a pillar sitio, entonces, mamá, estamos acalorados. ¡Besotes, titas! Bye, Conchi... señor Pérez.

—¡Qué requeteguapa está tu niña, me la como! ¿Él es el novio? ¿O ella? Como dijiste que la niña es bisexual... —pregunta Conchi.

—Los dos —contesta Vera sin preámbulos ni paños calientes. Todas se quedan con los ojos abiertos como platos mientras ven alejarse a los tres adolescentes entre risas cómplices y cogidos de la mano.

—¿Perdona? ¿Cómo? —Ana está alucinando.

—¡¡¡Uyyyy, qué cosa más raraaaa!!! ¿Eso se puede, zagala?

—Se puede, Conchi, se puede. —Silvia lo dice con rotundidad.

—Pero a ver... ¿Y tú lo aceptas y ala? Jolines, Vera, estoy muy orgullosa de ti. ¡Qué ejemplo! —Alana la mira y aplaude.

—¡Dejaos de gilipolleces todas! Lo estoy asimilando, no me queda más remedio si quiero ser una madre enrollada y moderna. Me siento como Carlos Sobera en *First Dates*, ese programa de Cuatro en el que van gente de todo tipo. Hay días en que no sé nada y otros en los que sé demasiado.

—Perooo ¿entonces? —suelta Martina.

—¡¡¡Es poliamorosa, joder!!! —grita Vera.

—Bravo por tu hija, hostia, no se conforma con uno que se lleva dos. Es mi ídolo.

—Eso, tú alienta a la niña, Silvia, lo que me faltaba. Al menos la veo feliz y eso me llena. Eso y que Hugo me hace entender las cosas mejor, sus veinticinco años son un plus. —Se besan.

—La vida está cambiando y nosotras con ellos. Hay que ser muy valiente para hacer las cosas como las sentimos y María es un ejemplo de ello. Ole por ella y ole por nosotras que estaremos aquí para apoyar sus decisiones. ¡Y a Vera para sujetarla si le da un parraque! —proclama Alana. Esto provoca la risa general.

Están comentando la jugada cuando también llegan Elena con su novia Alba y Laura y su novio Ian. Se unen al grupo inmediatamente.

—¡Holaaaa! ¿Cómo estáis? ¿Qué tal todo? —saluda alegremente Elena, mientras le da dos besos a cada una y se percata de que Martina está embarazada. Se abrazan y la felicita con emoción. Laura y el resto hacen lo mismo.

—No podíamos faltar. Cuando recibimos la invitación no lo dudamos ni un instante. Ya han comenzado las clases y hemos dejado el camping. Estamos algo a tope de deberes y eso, pero... Era algo especial y no lo hemos dudado. Olivia es una mujer maravillosa —sentencia Laura.

—Digo exactamente lo mismo que Laura —dice Elena con una enorme sonrisa de oreja a oreja.

—Nos alegramos mucho de veros chicas, en serio. ¿Y Manu? ¿Cómo le va? —pregunta Ana directamente.

—Se podría decir que bien. Está en un nuevo comienzo... —Sonríe misteriosa Elena mientras mira a Hugo.

—Genial, pues me alegro. El resto, los que tenemos que estar aquí, estamos —dice Silvia implacable.

Se produce un silencio incómodo, que corta rápido Conchi.

—Venga, chiquillos, ¡a sentarse se ha dicho!

Entonces todos y todas se acomodan en las sillas que hay colocadas en el campo. Han puesto toldos colgantes sobre los asientos para menguar el calor que hace. La emoción es palpable. Han venido por mí, sí, por mí.

—Le damos la bienvenida a este escenario a una escritora novel que ha revolucionado las redes literalmente. Joven, directa, cercana, actual y con una visión muy clara del feminismo y del

mundo que le rodea. Un fuerte aplauso para: ¡Olivia Pérez!

Se oyen aplausos y vítores. Mi padre está de pie aplaudiendo como un loco. Miro a mi gente, están todos allí. Mi madre llorando coge un pañuelo que le tiende Martina, que también está a moco tendido. Vera, Silvia, Alana y Ana aplauden entregadas. Estoy de pie en el centro del escenario hasta que me hacen sentar en una de las sillas dispuestas cerca de la mesa central.

—Gracias, muchísimas gracias a todo el mundo por venir hoy. Sé que hace calor —¡ni que lo jures! Se oye decir a Vera, lo que provoca la risa general—, pero sé que lo habéis hecho por lo muchísimo que me queréis y eso dice mucho de vosotros. Mil gracias de corazón —digo extremadamente nerviosa. El público allí presente rompe en aplausos.

—Ella es Olivia, siempre atenta y empática. Comencemos pues con la entrevista. —Entonces empieza Cecilia a hacer preguntas sobre mi libro, mi vida, etc. La persona de redes sociales apunta lo muchísimo que ha gustado y lo rápido que ha calado entre el público femenino. Se ha convertido en *trending topic* en pocas semanas y en un referente para las mujeres.

Estoy flotando. Aún no me creo ser la protagonista de esto. Miro a mi alrededor y me parece un auténtico sueño. Mi vida ha cambiado en un abrir y cerrar de ojos. Y todo gracias a mi madre y a... Prefiero no decirlo. No he podido olvidarle del todo.

La entrevista sigue avanzando entre anécdotas y preguntas sobre mi libro y mis hobbies, hasta llegar a la parte final. Donde yo le pedí a Cecilia poder dar las gracias a quienes hicieron parte de mi historia. Allá voy. Inspiro con fuerza y suelto el aire lo más calmada que puedo.

—Lo primero que quería decir es que no ha sido un camino fácil. Han sido noches sin dormir, días de búsqueda, de respuestas, de romper barreras, de atreverse a ser valiente, de creer en una misma y de luchar por un sueño, sin pretensiones, solo con una gran ilusión de poder compartir con vosotros lo que quería contar y cómo contarlo. Sois mi todo. Me complementáis. Y dicho esto os voy a dar las gracias a vosotros papás. A ti mamá por creer siempre en mí, por no dejarme sola ni un minuto del día cuando llegué destrozada a casa y con el rabo entre las piernas como un perrillo abandonado. Aunque ha habido días en los que te hubiese matado —risas otra vez entre los asistentes—, sin ti, sin tu amor incondicional, sin tu entrega y sin ser la persona que decidió enviar mi novela autobiográfica, no lo hubiese conseguido. Gracias. Y a mi padre, te doy las gracias por ser ejemplo de bondad y fortaleza, por ser mi héroe y ayudarme a luchar contra viento y marea. Mi Capitán América. Mi todo. Os amo. Y luego están mis amigas, que más que amigas son hermanas. Son mi mitad, las personas que saben todo de mí y aun así no me juzgan, sino que me aceptan con cada uno de mis errores y de mis aciertos. Las que han cuidado de mí en estos últimos tres años de mi vida. Las que me han ayudado a levantarme cuando me he caído. Las que me han limpiado mis lágrimas, las que han cogido mi mano. Las que han saltado a la piscina por mí sin pensárselo. Vosotras y solo vosotras dais valor a lo que significa la palabra amistad. Deciros gracias es quedarse cortos... A ti, Vera, te doy las gracias por tu fuerza, por cogerme el teléfono cada vez que te llamaba, por escuchar mis interminables audios y responderlos sin vacilar. Tu corazón no te cabe en el pecho de lo grande que es... eres más valiente de lo que piensas... A ti, Silvia, mi protectora, mi escudo, que con solo mirarme me conoce mejor que yo misma. Tu energía arrolladora y tu amor hacia nosotras es tan grande que traspasa todos los límites. Gracias por dejarme devolverte todo lo que nos das... A ti, Ana, mi querida Ana. Creativa, amorosa, decidida y sorprendente. Eres de esas personas que dan tanto y piden tan poco a cambio... Sin ti no lo hubiese conseguido, gracias... A ti, Martina, mi «hermana pequeña», la niña consentida del grupo, la que siempre aporta buen rollo, la que busca hacer feliz a todos, la que se merece más que nadie que conozca ser la protagonista de su vida... mi niña bonita que por fin brilla en cada una de las etapas de su vida, gracias... Y a ti, Alana, mi dulce

Alana, la que siempre está para todas, la que me acompaña desde que era una niña, la que sabe todos mis desvelos... La que da consejos que valen oro... Eres de las mejores personas que conozco. Por fin has encontrado lo que tanto ansiabas... mil gracias por quererme tanto... Y a ti, Cecilia, también gracias, sin ti, sin tus consejos, sin tu saber estar no lo habría conseguido. Me has apoyado desde el minuto uno y no me has soltado la mano en ningún momento... Más gente como tú se necesitan en este mundo. Pero también quiero dar las gracias a Elena y Laura, os conocí brevemente, pero me aportasteis en una semana una energía positiva, un cariño, una fuerza y un ejemplo de constancia que pocas personas poseen... Y, por último, a ti, Ingrid, mi compañera de trabajo que aportaba locura a mis días grises y risas a mis desvelos... Este libro es para todos vosotros... GRACIAS... y mil veces gracias.

Mi madre y mis amigas lloran agradecidas hasta que de pronto se oye un sonido ensordecedor que corta el maravilloso momento y provoca el caos alrededor. Todos miramos en busca del alborotador y de repente mis ojos se topan con algo que no esperaba. Una moto de gran cilindrada se para a los pies del escenario atravesando el camino rodeado de sillas, con toda la gente sentada allí y asustada por el caos adyacente. Conozco esa moto, la he montado antes... Él se baja, seguro de sí mismo, chulo, prepotente, sexy, arrebatadoramente sexy. Se saca el casco y su pelo moreno y sedoso, como siempre semi recogido en una coleta baja, acentúan sus ojos verdes que nunca pude olvidar. Me mira burlón y combativo, pero veo en él algo que me hace temblar de los pies a la cabeza. Su mirada oscura y seductora me desnuda por completo. Me siento deseada, lo noto, siempre lo noté...

Entonces la vida se para por un segundo. Solo estamos él y yo...

Le miro y decido que si quiere algo va a sudarlo, que empiece el juego.

—¿Se puede saber qué haces aquí? ¿No estabas en Londres trabajando? —pregunto a bocajarro.

—Gancho directo, me encanta, ratona. Y la respuesta es «estaba», ya no...

—¿Quién te ha dado permiso para llamarme ratona, idiota? —le espeto chulita poniéndome de pie. Todos nos miran estupefactos.

—¿Ese quién es, Conchi? —pregunta mi padre—. Mira a la niña con unos ojos...

—Ese es Manu, el que va a empotrar a tu hija hasta que grite su nombre y los ojos le den vueltas... —Le suelta Silvia bruscamente mientras Vera se parte de la risa sin poder evitarlo.

—¿¿¿Qué!?!? —Consigue decir mi padre.

—¿¿¿Silvia!!! Que es su padre... Un poquito de por favor —clama Ana con las manos al cielo.

—Qué guardadito te lo tenías, ¿eh, Hugo...? Porque seguro que lo sabías.

—Pues claro, Vera, Elena y yo estábamos al tanto de su vuelta.

—Madre mía... a ver cómo acaba esto, porque tienen un ego enorme...

—Tal cual, Vera, tal cual... —dice Martina.

—La conozco mejor que nadie, esto va a ser una pelea de gallos, pero, de que acaban juntos, acaban juntos.

—Pienso igual que Alana, se desean demasiado, estos necesitan un revolcón y ya si eso luego a conocerse en profundidad. Ha venido a buscarla... Lleva dos cascos, sin ella no se va —sentencia Silvia.

—¡Eres peleona, mi ratona! Por eso me encantas. He venido a por ti. En Salou cometí el error de dejarte ir. Ahora vengo a que te subas en mi moto y te dejes amar por mí. ¿Lo intentamos? —me suelta desafiante mientras lo miro babeante. Está guapísimo, el muy cabrito. Y sus labios... joder... cómo ansío poder besarlos... Controla, Olivia, no se lo pongas fácil, que sepa quién eres.

—Una vez te dije que nunca más volvería a subirme en ese cacharro del infierno. ¿Qué te hace

pensar que voy a hacerlo de nuevo? Y segundo, ¿cómo estás tan seguro de que yo estoy tan coladita por tus huesos como para aparecer por aquí, a lo príncipe azul, a lomos de su caballo blanco y pretender que yo caiga rendida a tus pies? Eres un chulo y un creído, Manu.

—No decías lo mismo en aquel audio que me enviaste en julio... Me confesabas tu amor y me pedías algo así como una oportunidad de intentarlo... ¿lo recuerdas? Si quieres saco el móvil y lo oímos todos.

—No serás capaz —le reto.

—¿Segura? Lo llevo en el bolsillo, solo tengo que cogerlo y...

—¡¡¡Para!!! Sí... te pedí que volvieras, te pedí intentarlo, te confesé lo mucho que me gustas, lo mucho que me haces sentir... las ganas de besarte que tengo, de intentarlo todo contigo... Quiero dejar atrás mis miedos, dejar de huir... Quiero volver a amar y ser amada... y quiero que sea contigo, Manu. Aquel día en la playa supe que estaba perdida, perdida sin ti... y me asusté... Pero luego, cuando en un impulso loco te envié ese audio de las narices, tú vas y me haces *ghosting*...

—El mensaje lo escuchó mi hermana... dejé mi móvil en España y decidí embarcarme en un nuevo proyecto de trabajo. Cuando ella lo escuchó me lo hizo llegar. Luego tuve que terminar lo que empecé en Londres. No pensaba hacerlo, pero cuando tú me rechazaste, me sentí vulnerable. Me enamoré de ti el primer día que te vi, allí en la estación de tren, torpe, loca, preciosa... y cuando te vi de nuevo en el camping supe que era mi destino. Tú eres la indicada, tú que me sacas de mis casillas, tú que me haces enloquecer cuando noto tu perfume... la que quiero para madre de mis hijos...

—Para el carro, colega... —le digo con una sonrisa enorme.

—Tú eres mi principio y mi final. Te lo vuelvo a preguntar de nuevo, ratona, ¿te subes a mi moto y te arriesgas a intentarlo todo conmigo? Te juro que no te vas a arrepentir... —Esto último suena muy prometedor la verdad. Me muerdo el labio de puro deseo. Entonces, extiende su mano como para que se la coja...

Bajo del escenario y me dirijo decidida hacia él, que me mira expectante. Veo que todos nos miran con sonrisas en los labios, gestos de tú puedes y a María grabándolo todo con el móvil. Su canal de TikTok lo está petando... y yo vuelvo a ser su protagonista. Esta niña va para reportera, camarógrafa o directora de cine por lo menos.

—Si corres, te juro que te mato al bajar de la moto, no lo dudes, chaval. —Me acerco lentamente hasta pararme frente a él. Sonrío—. Lo quiero todo de ti, todo...

—Mi ratona peleona... te voy a decir lo mismo que te dije la otra vez, pídemelo que te bese y lo haré como nunca te han besado. —Cojo su mano extendida y me coge por la cintura apretándome contra su cuerpo, caliente y seductor. Su boca carnosa y sexy se insinúa ante mí provocando mil sensaciones y haciendo que mi cuerpo tiemble por completo como una hoja de papel.

Sonrílo pícaro y le digo mirándole a los ojos:

—Bésame, tonto...

Y me besa con una pasión con la que no me habían besado antes. Él es mi principio y mi final. Lo sé.

Toda mi gente, la gente que yo decido en mi vida, la que amo, rompe en aplausos y vítores. Yo me muero de la vergüenza mientras le cojo de la mano y me sube en la moto. No es un caballo blanco, pero servirá para correr hacia un nuevo comienzo...

No dejéis de soñar, a veces los sueños sí se cumplen.

***Fin***

# Agradecimientos

Recuerdo el vértigo que sentí la primera vez que pulsé las teclas del ordenador. Por fin reuní el valor de escribir. Comencé con un blog abriendo mi corazón y acabé escribiendo mi primer libro.

Tuve claro que quería que fuese un tributo a la amistad. A esas amigas que estuvieron a mi lado en mis días más oscuros, esas que me cogieron de la mano mientras duró mi metamorfosis como si de una mariposa se tratara.

Sin vosotras nunca hubiese sido posible, MIL GRACIAS a Sandra, Bego, Natalia, Merche, Magda, Cris, Yolanda, Sara, Inma, Leila, Irina, Vero, Eleni... Por estar ahí cuando me caí.

También a toda mi familia, que siempre creyó en mí. A mi madre, que pena saber que nunca sabrás que lo conseguí. Tú has sido y serás la inspiración de mi vida. Gracias por tanto.

Y, en especial, a mi hijo, el único capaz de recordarme que rendirse es de cobardes. Eres mi luz.

A Correcciones Sandra, que ha sido mi bastón en este mi primer libro.

A Hellen Bold por tu ayuda desinteresada.

Y, por último, a ti, mi querido lector, por escoger este libro, espero que las locuras de mis «chicas» te saque una sonrisa.

***Si quieres estar al día de todas las novedades, sígueme en mis redes sociales.***



@munozrodriguezolga

## Biografía



### ***Olga Muro***

Nací en Badalona. Hija de padres andaluces. Estudié Educación Infantil. Amante de la lectura, podría montar una librería en casa por la cantidad de libros que acumulo.

Mi familia y amigos son el motor de mi vida.

Lo que comenzó como una afición pronto se tornó una pasión. Mediante la escritura siento que conecto con mi verdadero yo.